

JACINTO BENAVENTE

• • LA CASA DE LA
DICHA • • DRAMA EN
UN ACTO (1) • • • •

PERSONAJES

CARMEN.

PETRA.

LA PORTERA.

LUISITA, (de 8 á 10 años.)

FEDERICO.

EL INSPECTOR.

Guardias. Vecinos.

En Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO

Sala de una casa modesta pero con cierto buen gusto y esmerada limpieza.—Un piano.

ESCENA PRIMERA

CARMEN y PETRA.

PETRA.—Usted, no me haga cumplidos, si estorbo me echa y si tiene usted que hacer por ahí dentro vamos donde usted quiera, ya sabe usted que me encuentro aquí tan á gusto que no sé marcharme cuando vengo.

(1) Estrenado en el Teatro de las Artes [de Barcelona por la compañía del *Teatre Intim* la noche del 9 de Diciembre de 1903.

CARMEN.—Ahora viene usted tan poco... No tenga usted prisa... He estado cosiendo toda la tarde; nunca falta, y un ratito de descanso se agradece... Y mañana que me espera la tarea del planchado; la única exigencia de mi marido, que las camisolas estén como un espejo.

PETRA.—No me diga usted, que no se ve hombre más relimpio que su marido. El mío es por temporadas, tan pronto le da por componerse y poner reparos á todo, como hay que andar detrás de él para que no vaya hecho un asco y crean que una no le cuida la ropa. ¡Ay, qué hombre! Por supuesto, cuando le da por presumir me tiemblan las carnes, porque ya es sabido..., trapisonda tenemos.

CARMEN.—Pero no se corrige...

PETRA.—Por temporadas, como todos... Yo le digo que es como los gatos... Y mire usted, si la corriera por ahí, anda con Dios, no es el primero, y ya sabemos lo que nos toca hacer á las mujeres, esperar con paciencia á que se les pase la ventolera; pero eso de que no respete su casa, y que hasta sus hijos tengan que enterarse..., mayorcitos como son ya..., le digo á usted, que si yo no gano el cielo no lo gana nadie.

CARMEN.—Sí que es trabajo... Por ese estilo sé que mi Federico me tiene tranquila.

PETRA.—Por ese y por todos... Si es usted la mujer de la suerte... Esta es la casa de la dicha, como yo le digo... Los dos solitos, con su hijita, una nada más, que deben ustedes estar locos con ella, porque criatura más remona... Por no tener, ni criada... y les alabo á ustedes el gusto.

CARMEN.—Ya ve usted, otras amigas dicen que no comprenden el gusto de afanarme tanto, pudiendo pagar una criada.

PETRA.—Calle usted, si vale más lo que dan que hacer que lo que hacen. Está usted en la gloria. Si no fuera porque tres chicos no son lo mismo que una, y porque mi marido cree que si no tengo criada es por

él y se lo llevan los demonios, y dice que si para eso lo gana, para que yo no tenga que trabajar y que si le pongo en ridículo...

CARMEN. — Federico también me regaña por eso algunas veces, pero yo sé que en el fondo se alegra mucho de que vivamos así... Y para mí crea usted que no hay paseos, ni teatros, ni diversiones como los quehaceres de mi casa... Con salir los tres juntos de domingo á domingo tan contenta.

PETRA. — Ya lo creo. Con su marido siempre y él con usted... Al balcón me pongo todos los domingos para verles á ustedes... ¡Qué envidia me da!

CARMEN. — Con su permiso, para que vea usted que la trato de confianza voy á dar un vistazo por la cocina. No tardará en volver Federico con la niña, ha ido á buscarla al colegio como todas las tardes, y enseguida comeremos... Un momentito.

PETRA. — No faltaba más. Sale Carmen y vuelve á poco.

CARMEN. — ¿Mira usted el piano? Es verdad que me había olvidado de enseñárselo.

PETRA. — Ni yo había reparado. Es precioso.

CARMEN. — Lo hemos tomado á plazos, de otro modo no era posible..., por la niña... Dice la profesora que con la disposición que tiene es una lástima que no se examine en el Conservatorio, y es verdad. Da gusto verla al piano, tan formal, estudia que te estudia..., nunca se cansa, hay que reprenderla para que lo deje... Y ya ve usted, como no es nada malo, no es cosa de quitarle la voluntad.

PETRA. — Hacen ustedes bien, pudiendo como pueden. Es un adorno muy bonito para una muchacha, y si llega á ser una profesora, un recurso para el día de mañana. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir! Suena un timbre.

CARMEN. — Ahí los tiene usted, el padre y la hija... Voy corriendo.

PETRA. — Corra usted, corra usted... ¡Qué felicidad!

Sale Carmen.

ESCENA II

PETRA, CARMEN, FEDERICO y LUISITA.

LUISITA. — Mira, mira lo que traemos, mamá... ¡Qué precioso! Lo que tú querías...

CARMEN. — Saluda primero, no seas loca.

PETRA. — Ven acá... rica... Dame un beso. ¿Vienes del colegio? ¿Cómo está usted, Federico?

FEDERICO. — D.^a Petra, ¿Qué tal? ¿Y su esposo?

PETRA. — En el café. Todas las tardes, después de la oficina se reúne allí con los amigos, y hay noches que hasta las nueve no parece y nos tiene sin cenar, á los chicos muertos de sueño... Se engresca allí hablando, ó con el billar, ó sabe Dios... Todos no son santos como usted.

FEDERICO. — ¡Bah! Es cuestión de carácter. Á mí me aburre el café, y no tengo amigos.

LUISITA. — Mira, mira, mamá.

CARMEN. — Vamos á ver... ¡Qué impaciente eres!

LUISITA. — Los ha comprado papá. Uno para ti, otro para mí. Desenvolviendo un paquete y mostrando unos cuellos de piel. Han costado...

FEDERICO. — ¡Calla, chiquilla!

LUISITA. — Dice papá que te vas á enfadar si sabes lo que han costado. Había otros más baratos, pero muy feos.

CARMEN. — Son preciosos...

PETRA. — Y buena piel. En estas cosas no se puede escatimar. Lo barato es caro.

CARMEN. — ¡Pero no se te puede decir nada! Porque el otro día dije que me gustaba...

LUISITA. — Me dejarás que lo lleve al colegio, para que lo vean las otras niñas. Isabelita Martínez lleva uno muy pelado. Teresita Espinosa dice que es de un gato que se les ha muerto en casa.

CARMEN. — ¡Niña; no digas eso! Está muy feo.

PETRA.—Lo que oyen.

FEDERICO.—Ya son mujeres...

CARMEN.—¿Y le has dado las gracias á papá?

LUISITA.—Sí, mamá. Y muchos besos. Y porque he sido buena; le ha dicho la directora que soy la primera en todas las clases.

CARMEN.—¿Es verdad?

FEDERICO.—Sí, sí. Pero hace falta que no se descuide. Ahora, con la novedad del piano, no quiere estudiar otra cosa. Es demasiado viva esta chica y tan impresionable...

PETRA.—La edad. Pero no diga usted, aun cuando está en casa no se la siente.

LUISITA.—¿Me dejas tocar el piano, mamá? Estudió un poco ahora, y después de cenar otro poco; así me acuesto más temprano... ¿Quieres?

CARMEN.—Sí, ahora un poco, y después... mucho y siempre lo mismo... Ahora no se puede, hay visita.

PETRA.—Por mí, no, hija. Si á mí me gusta...

CARMEN.—Es que ahora debe jugar ó estarse quietecita. No queremos que se aficione tanto por la música.

PETRA.—Usted siempre tan ocupado. Anoche, á las tantas, serían más de las dos, vi que tenía usted luz en su cuarto.

FEDERICO.—Sí, no falta, gracias á Dios.

PETRA.—¡Con su habilidad!... Unas amigas se quedaron encantadas con las letras que me dibujó usted... Tuve que decir que esas cosas no las hace usted más que por amistad, que trabaja usted para muchos periódicos y para tiendas, y no tiene usted tiempo, porque querían molestarle á usted, pagándole, por supuesto...

FEDERICO.—No faltaba más. En un rato perdido, yo le dibujaré á usted otras. ¿Qué letras son?

PETRA.—Espere usted, que lo preguntaré, porque son tres hermanas: la mayor, casada, pero la dueña de la casa es la de enmedio, y no sé que letras querrá poner ¡Vaya, que ustedes tendrán que cenar, y yo he pasado aquí toda la tarde.

FEDERICO.—Está usted en su casa.

PETRA.—Yo de noche, ya sabe usted que no salgo... A Federico no le digo nada, porque sé que tiene que trabajar, pero cuando esté usted aburrída, pase usted á mi casa, jugamos á la lotería.

CARMEN.— Ya pasaré... Adiós, Petra. Muchos recuerdos á su marido, besos á los chicos...

PETRA.— Adiós, hermosa. Que sigas tan buena y tan aplicada... Usted siga bien, Federico.

FEDERICO.—Tantas cosas á todos.

Salen todos acompañando á Petra.

ESCENA III

CARMEN Y FEDERICO.

Carmen pone las sillas en orden. Da un vistazo á todo. Federico se sienta.

CARMEN.— ¿Te sientas? ¿Vas á hacerme la visita? Anda, anda al comedor, que esto se estropea.

FEDERICO.—Déjalo. ¿No vamos nosotros á disfrutar de la mejor habitación de la casa? Siéntate tú también, descansa, habrás estado cosiendo toda la tarde.

CARMEN.—Un rato... Luego vino Petra.

FEDERICO.—A decirte pestes de su marido.

CARMEN.—Tiene razón.

FEDERICO.—Pero no está bien que vaya diciéndolo, y á lo mejor delante de sus hijos. ¿Qué respeto van á tener á su padre?

CARMEN.— Eso sí. Pero no te preocupes porque yo no he de imitarla. Yo ni siquiera necesito hablar bien de ti, porque todo el mundo me habla primero. Puede que de mí no te hablen á ti lo mismo.

FEDERICO.—No, todo el mundo me dice en qué estuve pensando cuando me casé contigo; me aconsejan que me separe de ti.

CARMEN.—¡Qué gracioso! Es que los hombres á poquito de bueno que hagáis, ya os tienen por santos.

FEDERICO.--A poquito de bueno. ¿Verdad? Vengan quejas...

CARMEN. — ¿De ti? Dios tendría que castigarme si me quejara. ¿Tienes sueño?

FEDERICO.--Estoy cansado. ¡Anoche me acosté tan tarde...

CARMEN.—Hoy te acuestas temprano. ¿Tienes que trabajar?

FEDERICO.--Hoy no. Pero está muy buena noche. Quería que saliéramos un rato, á ver las tiendas, que te gusta tanto y á comprar algunas cosillas, que te gusta más.

CARMEN. — Déjate de gastos. Hay que pensar en guardar; no lo digo por mí, por nuestra hijita.

FEDERICO.--Si tenemos mucho dinero...

CARMEN.—¿Has visto ya á ese señor que tenías que ver?

FEDERICO.-- Sí, mañana me pagan, muy bien... El verano que viene podremos ir á un puerto de mar, tu ilusión, á que tome la niña los baños.

CARMEN.—Mira, eso sí. Lo que sea, por la salud de nuestra hija.

ESCENA IV

DICHOS y LUISITA.

Que ha oído desde la puerta las últimas palabras.

LUISITA.—Vamos á ver el mar, ¡qué gusto! ¿Cuándo, papá?

CARMEN. — Adiós, ya se ha enterado. Ya tenemos jaqueca...

FEDERICO.--Sí, el mar, si eres muy buena y no vuelves á acordarte hasta que vayamos.

LUISITA.—¿Es verdad que el mar es lo más grande que hay en el mundo, mucho mayor que el mundo?

FEDERICO.--Sí, muy grande...

LUISITA.—Y hay muchos barcos en el mar... Oye, papá, ¿y no se ahoga la gente cuando se baña y cuando se cae de un barco sí se ahoga?

CARMEN.—El catecismo.

LUISITA.—Y cogeré muchas conchas, muy bonitas, como una niña de mi colegio que estuvo en Alicante el año pasado.

CARMEN.—¿Quieres callar? No marees á tu padre...

LUISITA.—Pues déjame tocar el piano, la lección de mañana... anda, abre el piano... Luisita se sienta al piano y empieza á tocar.

CARMEN.—Vamos, anda... ¿Quieres cenar pronto, Federico?

FEDERICO.—En cuanto esté.

CARMEN.—Voy á poner la mesa... Aquí tienes el cenicero, no eches la ceniza en la alfombra.

FEDERICO.—Descuida. Sale Carmen. Luisita sigue tocando, y Federico queda adormecido.

LUISITA.—Papá, papá... ¿Lo ves? Ni un tropezón. ¿Te duermes, papá?

FEDERICO.—No, hija mía... si escucho... es muy bonito... Muy bien, muy bien... ¿Me quieres mucho, hija?

LUISITA.—Mucho, mucho... así de mucho..., como el mar de grande, más grande que el mundo.

FEDERICO.—Dame un beso.

LUISITA.—Déjame ahora... Bueno, ven tú aquí.

FEDERICO se levanta y va á darle un beso.—¿Te gusta el piano?

LUISITA.—Mucho. Una niña y del colegio, la más amiga que tengo, quiere venir á verlo, porque su papá le va á comprar uno igual. Se oye el timbre y á poco la voz de Carmen que habla muy agitada.

FEDERICO.—¿Quién será? ¿Qué es eso? Va á salir y se encuentra con Carmen que entra muy asustada.

ESCENA V

DICHOS, CARMEN, y después el INSPECTOR, AGENTES y después PETRA, la PORTERA y VECINOS.

CARMEN.—¡Federico, Federico de mi alma!

FEDERICO.—¿Qué ocurre? ¿Qué es?

CARMEN.—Escápate..., vete... ¿No sabes?

LUISITA.—¡Mamá, mamá...!

FEDERICO.—¿Qué...? Aparecen el Inspector y los agentes. ¡Ah!

INSPECTOR.—Dese usted preso.

CARMEN.—Federico... calla... ustedes... ¡mi hija!

LUISITA.—¡Papá... papá...!

INSPECTOR.—De orden judicial.

FEDERICO.—¿Yo? ¿Por qué?

INSPECTOR.—Cumpló la orden. En el juzgado sabrá. Usted y su esposa.

CARMEN.—¡Federico de mi alma! ¡Federico mío!

INSPECTOR.—Espero que no me harán ustedes emplear la fuerza, que no habrá escándalo.

FEDERICO.—No, no... déjame, Carmen. Voy, vamos. Un favor; ¿podré salir sin que nadie se entere, en un coche?

INSPECTOR.—Sí, señor. Ustedes cumplan lo mandado, recojan papeles, sellen las habitaciones. ¿Quiere usted entregarme las llaves?

FEDERICO.—No... Registren ustedes, descerrajen ustedes. Yo no tengo nada que ocultar.

INSPECTOR.—Ya oyen ustedes.

Salen los agentes. Entran Petra y la portera.—Algunos vecinos quedan á la puerta, sin atreverse á entrar.

PETRA.—Doña Carmen..... don Federico, ¿qué es esto? Ahora me entero..... ¿Qué les ocurre á ustedes?

FEDERICO.—Nada... nada... Un error. Ya ve usted, estamos tranquilos.

CARMEN.—¡Ay, Petra de mi alma! ¡Ay, hija... mi hija!

LUISITA.—Papá, papá... ¿qué quieren esos hombres?

FEDERICO.—Calla, hija mía, calla...

PORTERA.—Pero, don Federico, doña Carmen... ¿Qué trastorno es este? Si no es posible... una gente tan buena... Esto es alguna mala voluntad.

PETRA.—¿Pero qué es esto?

INSPECTOR.—Vamos, señores... Ustedes nada tienen que hacer aquí.

CARMEN.—¡Mi hija... mi hija...! No me separo de mi hija.

INSPECTOR.—Señora... Si tiene usted con quien dejarla... usted acaso vuelva pronto... yo creo...

CARMEN.—No, mi hija, mi hija...

PETRA.—¿Pero á usted también quieren llevarla? ¡Qué picardía! Eso no puede ser. Y hay hombres que lo están viendo tan tranquilos! Esto es un atropello

INSPECTOR.—Señora, ¿usted qué sabe? Vamos...

PORTERA, que ha hablado con uno de los agentes.—Pero ¿es posible? Yo me vuelvo loca... ¡Vaya usted á fiarse...!

FEDERICO.—Vamos, Carmen, vamos pronto... Petra, cuide usted á mi hija... ¡Hija mía...!

CARMEN.—¡Hija de mi vida!

LUISITA.—¡Papá, mamá...! ¿Dónde vais? Yo quiero ir con vosotros, yo no me quedo aquí...

INSPECTOR.—Vaya...

PETRA.—Ven conmigo, no tengas cuidado..., si vuelven en seguida. No llores... Vamos á casa, verás...

LUISITA.—¡Papá, mamá...! ¡No quiero que se vayan!

CARMEN.—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué has hecho, Federico, qué has hecho?

FEDERICO.—¡Mujer, calla por Dios...! Vamos...

Salen Carmen, Federico, el Inspector y agentes.

LUISITA.—Yo quiero ir también, yo quiero ir...

PETRA.—Calla, hijita, calla... ¿Pero usted sabe?

PORTERA.—Calle usted por Dios... estoy turulata... Si dicen que es un falsificador.

AGENTE.—Sí, señora, sí. Hace tiempo que andábamos detrás de él. ¡Menuda causa tiene! Esa falsificación de billetes que anda ahora...

PETRA.—¿Pero es posible? Yo no puedo creerlo. Si personas más decentes no las había.

PORTERA.—Ni más finas, ni mejores inquilinos, señora, todo hay que decirlo, si yo, vamos, estoy como si soñara.

PETRA.—Yo me he quedado...

AGENTE.—Bueno, señora, hemos de sellar y de cerrar la casa... Hagan el favor...

PETRA.—Sí, sí... Vamos, Luisita.

LUISITA.—¡Papá, mamá...! ¿Dónde han ido? Yo quiero ir...

PETRA.—Esto es lo triste, esta criatura.

PORTERA.—¡Pobre hija! ¿Qué será de ella? Si se pensara en los hijos no se haría nada malo.

PETRA.—¡Quién sabe! También por ellos se hacen muchas cosas.

LUISITA.—¡Mamá, mamá...!

PETRA.—¡Calla, hija mía, calla!... Vea usted, la casa de la dicha... ¡Calla, hija mía, calla...!

TELÓN



JUAN R. JIMENEZ • •

• • • PASTORALES

*Era una dulce ribera
que se pasaba la tarde
soñando; por su corriente
iban flores y cantares.*

*La tristeza de sus álamos
grises se hundía en el valle,
y llevaba tanta bruma,
que los pastores soñaban
en sus novias y en sus madres.*

*Hay campos muertos de pena;
melancólicos paisajes
que hacen llorar, con sus ríos
bellos y tristes, sus sauces*

*de luengas ramas de llanto...
Hay quejas que llaman árboles,
almas nombradas remansos,
corazones como valles.*

*Por esta dulce ribera
iban flores y cantares
y nadie supo de dónde
se los mandaba la tarde.*



*Galán ha pasado ya,
canturreando hacia el cielo,
con la guadaña en el hombro
y la rosa en el sombrero.*

*Pasó ante el jardín, miró
con sus tristes ojos negros
á las flores... y se fué,
canturreando hacia el cielo.*

*Ay! ay! no ha podido dar
á la hija del farolero
su rosa de cuatro hojas
casi marchita de besos.*

*Sueños floridos, ay! ay!
que váis por la senda, sueños
que han dejado entre las flores
unos tristes ojos negros!*

*Galán ha pasado ya...
Olor á campo... silencio...
Sobre los valles, la luna
rosa y triste está naciendo...*



Á LUCITA

*Al abrir esta mañana
mi puerta, estaba nevando...
¡Bendita sea la nieve!
viene vestida de blanco!*

*Por mi calle no pasaba
nadie; todos los tejados
estaban blancos de nieve;
ni sol, ni niños, ni pájaros.*

*La iglesia llamaba á misa;
—¡esquilita de los campos!—
el señor cura pasó
con su paraguas nevado.*

*—Cielo de aldea, qué tienes?
yo no sé qué tienes, algo
que da á la nieve una dulce
nostalgia de humo y de llanto.*

*Alondra, ¿por qué no cantas?
¿y aquel sol de los tejados?
cielo gris, ¿en dónde están
las alboradas de mayo?—*

*¡Estoy tan solo en la aldea!
nieva tanto! nieva tanto!
...Ay! si viniera Estrellita
por un caminito blanco...*



*Tristeza dulce del campo...
La tarde viene cayendo;
de las praderas segadas
llega un suave olor á heno.*

*Los pinares se han dormido;
sobre la colina, el cielo
es tristemente violeta;
canta un ruiseñor despierto.*

*...Vengo detrás de una copla
que había por el sendero,
copla de llanto, aromada
con el olor de este tiempo;*

*una copla que lloraba
no sé qué cariño muerto,
de otras tardes de septiembre
que olieron también á heno.*



*Sobre el cielo gris, el humo
de los hogares es blanco.
Vá á llover, vá á llover; mira
qué tristeza tiene el campo.*

*Cuanta sombra! si da miedo!
la montaña se ha quedado
sola; los pastores llaman
largamente á sus rebaños.*

*Allá en las verdes praderas
hay un són amedrentado
de esquilas... Ay! Dios del cielo!
ay! Virgen santa, un relámpago!*

*Margarita y Blanca rezan,
los niños vienen llorando...
mi madre dice: los pobres
que estén en el mar...*

*Y el llanto
nubla los ojos que miran
á Dios... La noche va entrando...
En el valle está la ermita
de la Virgen de los campos.*



*Qué blanca viene la luna!
Ay! ayer tarde, ayer tarde
se murió la molinera,
rosa y música del valle.*

*El molino nuevo está
llorando como una madre.*

*Cuando sacaron la caja
se puso á llorar el valle;
la caja era blanca y rosa
y la tapa de cristales.*

*El molino nuevo está
llorando como una madre.*

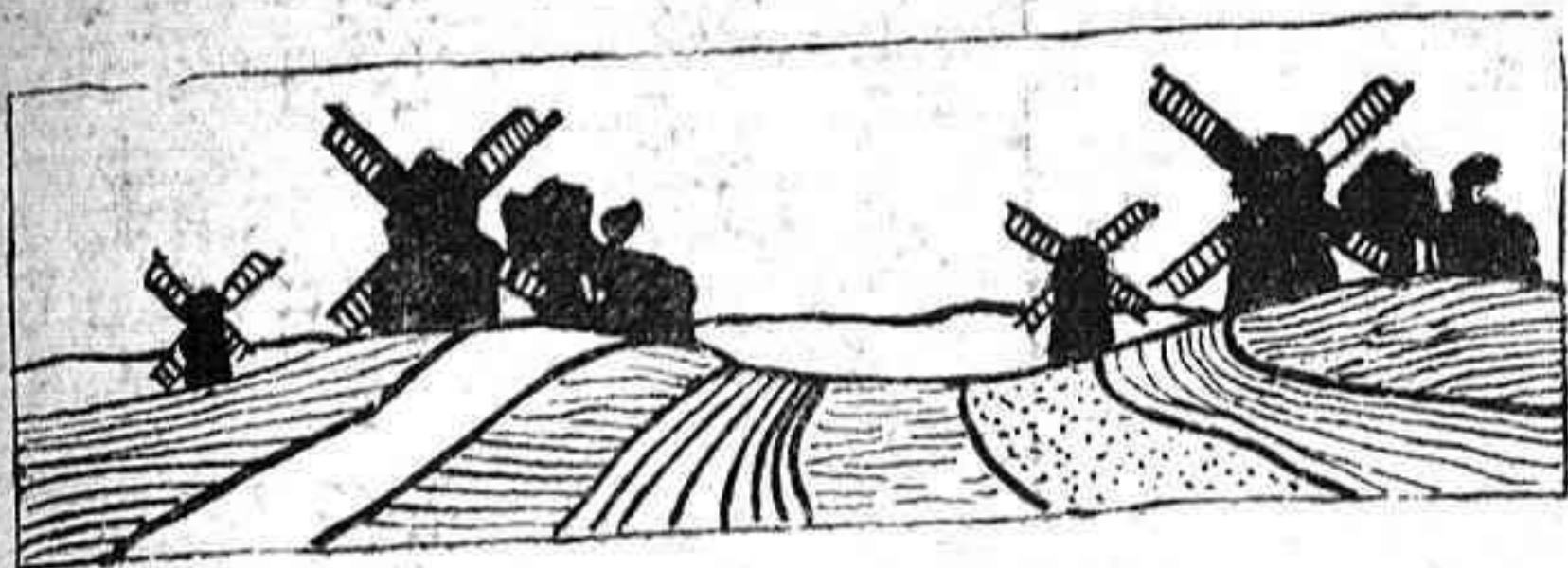
*La molinera iba blanca
en un nido de azahares;
dicen que ningún galán
la había besado... ay!*

*El molino nuevo está
llorando como una madre.*

*Camino del camposanto
volvía el pastor del valle,
cantando una copla triste
á la estrella de la tarde.*

Cómo lloraba el molino!

*El molino nuevo está
llorando como una madre.*



ANGEL GANIVET • •

• • • EPISTOLARIO ⁽¹⁾

Julio 22-93.

HACE días te envié un suplemento literario de la *Independence belge*, en que hay varias cosas que te gustarán, y como sabes aproveché un cartón en que vi una canción picante. Esto se llama mezclar lo útil con lo dulce y un poco más. En lo sucesivo te enviaré algunos suplementos que lo merecen, con los cuales estarás al corriente de varios asuntos del exterior, puesto que la *Independence* no le cede hoy á ninguno de los periódicos de París, y lleva muy bien la batuta en cuestiones de arte. Ya te he dicho que aquí son más papistas que el papa, y que recogen como maná bendito todo lo francés que huele á *esprit*, ó que lleva el sello de moderno, de fresquito, de fin de *siècle*; y en la trasmisión, aunque se pierde alguna pureza que es sustituida por un equivalente de ordinariez, se va ganando en claridad. Dadas las maravillas que realiza la división del trabajo, un cualquiera, dedicado exclusivamente á buscar el espíritu de la semana, llega á encontrarlo, y en un artículo de recortes como el

(1) Véanse los números 3, 5, 7, 9 y 11 de HELIOS.

Journal des Journaux te sopla (esta es mi palabra) todo cuanto tiene punta, entre lo infinito que se escribe por salir del día. Prepárate, pues, á recibir recursos muy útiles para tu redondeamiento espiritual, porque debo advertirte que tú sin salir de ahí, y yo antes de venir aquí, estábamos metidos de patas en medio de la «corriente de la vida contemporánea», ya sea por un fenómeno de auto-sugestión, ya por virtud de un principio panteista, cada día más patente, según el cual á un mismo tiempo viven en las más apartadas comarcas del mundo plantas de una misma familia y pensamientos de un mismo orden, porque es la naturaleza las que crea á aquéllas y es el espíritu el que engendra éstos.

En todo el tiempo que llevo aquí, y leyendo á diario mucho de literatura *jornalera*, lo único que recuerdo como cosa original es un artículo de crítica, que tiene trazas y pretensiones de extravagante. Jean Psichari, en el que desenvuelve «con gran copia de razonamientos» el dicho vulgar de que de lo ridículo á lo sublime no hay más que un paso. Para ser gran artista hay que arrojarse en brazos de lo ridículo, y sólo el que tiene valor para crear tipos profundamente ridículos, crea tipos duraderos. El que se queda á la mitad del camino, y cubre piadosamente las bajezas del hombre, es el que nos hace reir y no con buena intención. Psichari no cita el *Quijote*, que le vendría de perilla, pero aduce mil ejemplos. Werther no es ni más ni menos que un joven que hace el oso; Fausto un majadero como tantos otros que cultivan la ciencia con la seriedad del asno. Otelo pasa por los trances que nos hacen reir, cuando los vemos en nuestro vecino de enfrente ó de al lado, y Hamlet parece un jovenzuelo que erige el escepticismo en *pose*. Á mi juicio, lo que hay en esto de exacto es que lo sublime es una forma de locura, puesto que su efecto es la tristeza. Cuando se intenta presentar un hombre juicioso, realizando acciones heroicas, se cae en el ridículo,

porque el heroísmo produce una tensión fuerte, y el buen juicio una impresión suave; en total, una gran diferencia en la velocidad de dos máquinas, que, por tanto, no pueden ir juntas. Los autores que presentan un tipo ridículo, pero dejando entrever que en el fondo hay algo de locura, consiguen indefectiblemente impresionarnos y hasta hacernos llorar. En verdad, su arte consiste en repetir un hecho muy corriente, que ha experimentado todo el que haya visto un loco en su vida. Fíjate y verás cómo la lectura, y mejor la representación del Hamlet, produce el mismo estado de ánimo que una visita al Nuncio de Toledo. Quería uno reír al principio, de los disparates é incongruencias que ve, pero luego viene el dolor producido, más que por reflexión, por la mirada del loco, esa mirada tan característica y tan sugestiva, y se sienten ganas de llorar y de huir.

Al lado de esta impresión, nada significa la del incendio del buque con mil pasajeros, ni el desplome de un edificio en que mueren aplastadas diez mil personas. Tan convencido estoy de que en todo lo que va dicho hay una gran doctrina estética, que voy á decirte que los que la siguen son hoy los únicos que descuellan en el arte. Los principales personajes de Zola son locos. El recurso supremo de Ibsen es la locura, y Tolstoi es él mismo un hombre ridículo, del que se reiría todo el mundo si no le defendiera la locura mística de que se halla poseído.

Era cosa convenida entre los estéticos que el loco no podía ser asunto del arte. Luego vinieron los de la escuela antropológica á decir que el genio es un loco *sui generis*. Sin embargo, lo que hay de verdad es que el loco es el gran asunto del arte, y que el artista no necesita serlo, aunque se den casos en que la obra inventada nos impresione tanto que pretendamos ponerla en práctica. Si Tolstoi practica lo que escribe, la mayor parte se ha contentado con escribir, sin cometer locuras de ningún género. El quid está en saber

explotar lo locura del hombre, y á mí me parece que ese quid consiste en presentar primero las ridiculeces y cortar á punto nuestra risa con aquella mirada siniestra que lanza el loco enjaulado, ó bien con la mirada cosquillosa del loco risueño y pacífico. Repasa en tu memoria los tipos más salientes de la literatura y verás cómo encuentras algo de esto en todos ellos. Y esta es la razón también de que la impresión total y final de las obras humorísticas, en el sentido noble de esta palabra, desde el *Quijote* hasta la *Feria de vanidades*, de Thackeray, desde Swift á Heine, sea siempre más triste que la de las obras pretendidamente serias. Cuando el autor es subjetivo, el loco que asoma la cabeza es él mismo, como ocurre en estos dos últimos; cuando es objetivo, los locos son los personajes; pero el resultado es igual. No niego que haya exposición en hacer afirmaciones absolutas, y creo también que como la realidad tiene muchas caras, cuando se toma un punto de vista sistemáticamente, todo se deja ver por este punto, y por consecuencia todas las obras artísticas serían jaulas de locos. En Galdós, por ejemplo, sacaríamos bastantes, los mejores, «Orozco», «Viera», «Guillermína», «Leré», «El padre de las *Miau*», etc. Pero lo substancioso en esta cuestión es que el punto de vista ofrece un criterio fijo para crear tipos con probabilidad de acierto, y por otro lado, la observación se facilita, circunscribiéndose á los rasgos ridículos y á las locuras humanas; puesto que su combinación parece ser que da una idea completa y perfecta de lo que somos.

Un ejemplo fresco de lo dicho es el anunciado *Docteur Pascal*, de Zola, que acaba de aparecer. He leído dos artículos críticos, y con ellos basta para hacerme cargo de la cosa. El doctor vive en Plassans, separado de su familia, cuyas miserias conoce de sobra, y pensando aprovechar este conocimiento para fundar la gran ley de la herencia. Con lo cual su madre se enfurece, porque, considerándose autora de toda la

trama, no quiere que sirva para comidilla del público. Pero la ciencia ante todo—dice Pascal,—iniciando el tema serio, esto es, la chifladura que le ha cabido en suerte. Una hija de Arístides Rougon (el Saccard de «Argent») es la única que vive con su tío, pero se pone de parte de la abuela y pretende robar á éste los *documentos humanos*, coleccionados para vergüenza de toda la casta. Pascal la sorprende, la explica la grandeza de su objeto, el bien de la Humanidad—continúa él tan serio,—y la convence. No sólo la convence, la enamora — y aquí entra lo risible. El tío se enamora como un mentecato, y entre tío y sobrina alimentan un idilio, eminentemente ridículo..., si no fuera porque al final viene la separación. ¿Por qué? Porque Pascal, entre la mujer y la ciencia, antepone ésta, esto es, porque cuando la ridiculez se iba á adocenar, terminando por una aventura de chicuelos, la manía científica endereza la situación, y Pascal continúa siendo héroe de la ciencia, más héroe que si no hubiera realizado las precedentes chiquilladas. Cae Pascal enfermo, y á pesar de su enfermedad continúa la obra científica; su deseo sería vivir sólo para terminarla. Pero la muerte se le echa encima al mismo tiempo que la noticia de que Clotilde, la sobrina, está preñada de él. Enternecimiento, llamada, y quién sabe si proyectos de paternidad burguesa y de abandono de la ciencia. La muerte, lo serio, corta oportunamente la situación, y queda sólo Clotilde y después de ella, un hijo de Pascal, la herencia que éste trataba de descifrar, hecha carne, convertida en una incógnita, en la eterna X que aparece al fin de la ciencia, como protesta de nuestra debilidad contra nuestra presunción. Después de esto, riete de los que hablan de obras inconscientes del genio. La obra esta está tan bien calculada como una operación matemática. Si Zola hubiese escrito, como decían, la epopeya de la ciencia, en serio, nadie sabe dónde hubiera ido á parar, aunque á nada bueno de seguro. Un hombre

que se llama amante de la ciencia y entusiasta por el progreso ha tenido que dar una solución escéptica ó irónica, formada por el contraste entre las ridiculeces que como hombres hemos de cometer, y la gravedad con que queremos cubrirlas mediante manías particulares que nos adornan. La solución de Zola es pesimista y filosóficamente estaba ya dada en la «Metafísica del amor», de Schopenhauer. Nosotros somos miserables siervos de la especie á la cual servimos para proporcionarnos un placer engañoso y brutal. Pascal se pasa la vida trabajando para la ciencia ó para su propia gloria (esto es lo más propio), y al cabo resulta... con un hijo, esto es, como un nuevo servidor de la especie humana, que acaso sea peor que todos los Rougones anteriores. Lo cual no quita para que el público tome la cosa por el lado simbólico y vea en todo ello una expresión de los elementos que han entrado ó debían entrar á componer la X, la Francia posterior al Imperio fallecido en Sedán.

Según todo lo que va dicho, no me parece bueno tu sistema de dejar á la naturaleza que obre como tenga por conveniente. Lo que se cuaja espontáneamente dentro del arca de los ajos es la forma particular de la obra, pero para que cuaje hay que meter dentro algo sustancioso. La impresión recibida no basta, pues podría ocurrir que dicha impresión fuese huera, y á pesar de las tres semanas de empolladura no saliera el pollo. Hay personas que conocen los huevos fecundados, y éstas son las que deben dirigir la echadura. Para distinguir el valor de las impresiones hay que tener criterio, sin contar con que la impresión misma lleva en sí cierta traza de nuestro criterio; lo que motiva que las impresiones ó emociones sean distintas en las distintas personas. Pero aunque la impresión haya sido tomada según nuestra manera de ver, no lleva en sí la cantidad suficiente de idea en todas ocasiones, porque hay momentos en que estamos desequilibrados ó apasionados, y no vemos las

cosas con serenidad. Cuando nos ocurre una gran desgracia, vemos tristezas que antes no veíamos en todo lo que nos rodea y recogemos impresiones falsas, que luego desechamos por inútiles y á veces como ridículas. Para componer se necesita estar lleno de impresiones, pero éstas no dicen nada mientras no las fecunda esa idea constante, de que yo te hablaba. Por eso, los que escriben excitados por la pasión caen en el sentimentalismo y en la hinchazón. Yo recuerdo que cuando mi paisano A..... M..... perdió á su mujer, se incomunicó del resto de sus semejantes, y *aprovechó* las impresiones y la exacerbación de aquellos momentos para componer de un tirón un poema, que él cree su obra maestra, y que es una majadería con circunstancias agravantes. Esto no depende sólo de que se trate de un poeta muy malo, sino de que no es posible llenar con fuegos fatuos el espacio que debe ocupar el pensamiento. Hay temperamentos que componen en frío, otros que componen en caliente; lo que no puede variar es la primera materia.

Como demostración práctica de esto tú puedes servir de ejemplo. Hallándote á 37° era natural que sintieras calor, que los estragos del sol te impresionaran; pero esta impresión es circunstancial, y en circunstancias normales te parecerá impropia para la poesía. Dado este precedente, los materiales empleados en revestir la impresión son perdidos. Esta opinión mía no tiene nada de particular, pues ni el Himno al Sol, de Espronceda, que toma al astro-rey por todo lo alto me deja satisfecho. Si la poesía de la naturaleza es filosófica, exige grandes cuadros, poemas enteros, y si es descriptiva, no puede formar ó no conviene que forme temas separados, sino ir engarzada en composiciones de otro género.

En el «Ahogado» hay pensamiento y hay impresión. *Il y á du natural*, como es moda decir hoy á todo pasto.

Siguiendo mi discurso, creo que el pensamiento es claro y bueno, pues ha servido para obras magistra-

les, Rebajar al hombre hasta donde se merece y un poco más es el eterno filón de la sátira. Si antes se hacía esto en forma directa y con tono sentencioso se *flagelaban los vicios humanos*, hoy este recurso no alcanza, porque todo lo que huele á sermón parece insoportable. Ha habido que recurrir á medios indirectos, ó á los contrastes en que se muestra la estupidez de nuestra especie de una manera clara y precisa, para que el lector se encargue de sacar la punta, ó á la defensa de lo indefendible con el sano propósito de acabar de rematarlo. Esta forma de sátira es la más enérgica, y se reduce á un mecanismo tan sencillo como la suerte de varas: el picador debe defender al penco y parece que lo defiende, pero como el penco no tiene resistencia, todo Dios viene al suelo; el picador, bien ó mal escapa, y el penco se queda pataleando. Para emplear este recurso hay que ser un poco canalla, pero el arte no tiene entrañas, y la sátira las tiene de hiel. Ya recordarás que el severo Taine disculpa con gusto á Swift diciendo que «bello es también un palacio cuando arde.» Y luego pone en boca de un tercero, que acaso sea él mismo: «Sobre todo, cuando arde.»

Noto que para buscar comparaciones me voy siempre á las alturas; y es que creo, como te he dicho mil veces, que mejor es no ser nada que ser una medianía, y que de lo que se trata es de saber si hay fuerzas para llegar muy alto, ó si debe uno quedarse en su casa. Ninguna persona decente debe aspirar á ser Palacio, ni Ferrari, ni Rueda, ni Cano, ni Codina, etcétera, etc., aunque alguno de estos coma un poco mejor que el común de los mortales. No se debe buscar la justificación de lo que se hace, bueno, mediano ó malo, que esto es trabajo de abogado, y sabido es que el abogado, por el hecho de serlo, es una bestia nociva para el arte (ejemplo, nuestro excelente amigo D...). A mí me produce gran perplejidad la impresión que te ha servido para exponer ese pensamiento de tu

composición. El contraste entre la gentuza y el cadáver producen el efecto apetecido; el de los *hombres oscuros* no me gusta, porque la idea se particulariza á una *clase* y pierde la *generalidad* que debe tener. Supongamos que el asunto fuera la ejecución de un condenado á muerte. El contraste entre la canalla y la víctima produce la misma impresión, aunque el tema sea más gastado. ¿Pero la produciría el contraste entre el condenado y el sacerdote, los hermanos de la Paz y Caridad, la fuerza pública y aun el mismo verdugo? Yo creo que no, porque estos llenan una misión necesaria, dado un sistema social. En un sentido muy alto, es cierto que en la ejecución la única persona digna parece ser el muerto, y que nos parece estúpida la intervención de quienquiera que sea. Pero el desprecio recae sobre la chusma que voluntariamente saborea el espectáculo, no contra los que intervienen por caridad, por mandato ó por necesidad. La sátira contra estos iría contra la pena de muerte, y la sátira contra los hombres oscuros ó el desprecio contra las aves de la curia recae sobre la justicia, ó lo que es peor, va contra la necesidad imprescindible del procedimiento penal y del levantamiento del cadáver, que no se ha de dejar abandonado para que llene el aire de miasmas. Todo esto parece alambicado, pero no dejará de ocurrírsele así á bulto al lector y quitará fuerza al pensamiento. Tu composición parecería intachable á los coloristas que no ven en la palabra más que la virtualidad para expresar un rasgo ó un matiz, y juzgan el summum del arte la transmisión exacta y viviente de lo visto; pero tu objeto no es ese, pues desde el verso «que desde allí arriba parecía risible y grotesco», se inicia á las claras el sentido satírico que se completa en las dos estrofas siguientes. Yo creo que la composición ganaría suprimiendo las dos estrofas penúltimas y ampliando en dos el cuadro indicado en la que las precede, y sin necesidad de esta ampliación te puedo asegurar que á mí me satis-

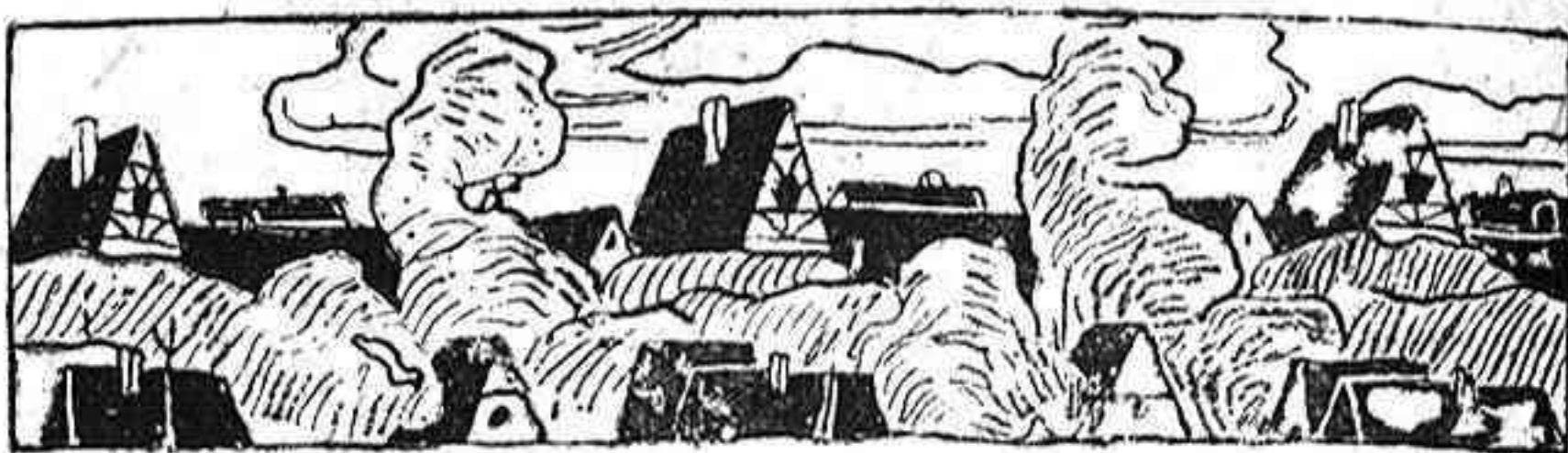
face mucho más sustituir esas dos estrofas por una hilera de puntos y leer en seguida la última, que es la mejor de todas. Vuelve á leer la composición en la forma que yo te digo y dime lo que te parece. El cuadro queda convertido en mancha, pero la mancha expresa más que el cuadro. Y conste que soy yo en esta ocasión el partidario de la *incoherencia*.

En cuanto á la estructura, esas dos mismas estrofas, condenadas á muerte, son las que menos me agradan, y de las restantes, á la única que encuentro peros es á la tercera: «con crueldad acusaba la forma—proporciones tan raras é insólitas; — llena de zozobra—contemplar absorta»—son versos que se prestan á algunos reparos.

He leído lo que dices de Goethe, y precisamente estos días he pensado yo sobre el asunto con motivo de la publicación de varias anécdotas que al hacer la crítica del *Werther*, de Massenet, han desempolvado los críticos. Esa misma idea que hoy se tiene de Goethe, después de escudriñar toda su vida la tuvo, por impresión, como es natural en las mujeres, Carlota Buff, cuando Goethe tenía solo veinte ó veinticuatro años. El genio trató de suplantar en el corazón de Carlota á un tal Kutzner, mozo fornido y de los que se entregan sin reservas, y Carlota, á pesar de los destellos que brillaban en los ojos del genio, le dió unas magníficas calabazas y hasta le trató con dureza un día que Goethe se atrevió á darla un beso. Kutzner la hizo madre de una docena de robustos infantes y Goethe se desahogó escribiendo el *Werther*, en el que no hay de verdad más que el beso. Y cuentan que siendo ya muy jamona se reía Carlota de los cuadros de cenador en que aparecía ella como una enamorada romántica, víctima de su deber conyugal. En toda su vida no se le ocurrió siquiera comparar á su marido, hombre de corazón, con Goethe, hombre de cabeza. Y en verdad que este rasgo sería bastante para recon-

ciliarnos con el sexo débil si no estuviera averiguado que es un rasgo constante en la mujer y que es obra del instinto, que no busca satisfacciones platónicas, que impone el deber de la maternidad, que abre los ojos para buscar el hombre útil, el hombre *trabajador*, dispuesto á gastar su pólvora en descargas y no en salvas.

Sobre costumbres de viajes te diré que sus efectos son monótonos, si se leen autores que sólo van á descubrir y pasan por encima de todo; pero hoy casi todos los Estados europeos tienen establecimientos permanentes y se pueden publicar estudios de interés. Yo he leído una colección de viajes publicada en Barcelona por una Sociedad de literatura, los cuatro ó seis tomos de Montaner y Simón y otros varios. Aquí he leído los viajes de Stanley y me han parecido una brutalidad, porque Stanley es un hombre inculto y cruel, é iba también derecho á su objeto, sin fijarse en lo que veía y dejándose la caravana á girones muerta de cansancio y de hambre. Lo que sí interesa es la obra de los europeos residentes, que han estudiado los idiomas y se pueden hacer cargo de la vida de los indígenas, la cual tiene el mérito, por lo menos, de no parecerse á la nuestra.



RAMON PEREZ DE AYALA

• • • • ESPÍRITU RECIO

Sonó el silbido de la locomotora, surgieron dos discos rojos en la revuelta de la vía, y entre el azulado claror de la luna, que inundaba el paisaje, avanzó rauda la mole negra del tren. Paróse de pronto, casi en seco, al llegar á la luz, que el guardavía mostraba en alto, frente por frente de una misérrima casuca, pobremente iluminada; la estación de Cenciella. Allí cruzaban el ferrocarril económico, que va desde la capital á Parres, con el carbonero, que recorre las cuencas mineras y llega hasta la costa. Algunos aldeanos bajaron del tren. Un viejecito cantaba de un lado á otro.—*El Correo, La Opinión.* ¿Quién lo quiere?—Nadie lo quería.

Sobre el cuadro amarillento de una ventanilla destacóse el tronco fornido de un caballero, escudriñando en la noche. Así que lo vió un hombrecillo, que por el andén paseaba, corrió hacia él, con alternadas inclinaciones á derecha é izquierda, como los palmípedos.

—Señorito. Creí que no viniera. Buscábale hace un buen pedazo sin dar con usted.

—¿Vino el otro tren?

—No, señorito. Podemos caminar por la vía sin medrana. Siempre trae mucho retraso. Custión de plano inclinao.

—¿Y las señoritas?

—Ya puede usted fe gurarse...

Pusiéronse en camino: atravesaron una avenida de negrillos, con piso de escoria crugiente. Llegaron á la estación carbonera. Las vías estaban llenas de grandes vagones, atiborrados de carbón. La locomotora de un tren de mercancías maniobraba majestuosa, dando al aire su aliento en bocanadas espesas, que subían al cielo, lentamente, como nubes.

—Fuencislo, cualquiera pasa por aquí.

—Déjese guiar, señorito. Sígame, y ya verá.

La luna lanzaba sus rayos entre vagón y vagón, y tendía sobre el suelo la silueta almenada de los trenes. Fuencislo guiábase por los claros de la luna, y así, de uno en otro, siempre seguido del caballero, llegaron prontamente á la vía libre. Entonces caminaron por parejo entre los dos railes brillantes que, heridos por la luna, parecían de plata, é iban á perderse á lo lejos, en la masa confusa, violácea, de una arboleda. Para llegar á Cenciella faltaba un buen trecho de camino. Pasaron debajo de un puente á tiempo que un carromato cruzaba por encima. Luego siguieron un desmonte, en derecha, precedidos por sus sombras, que sobre la escoria de la vía se arrastraban, de un tono metálico. A los lados subía, cortada á pico, la colina mutilada, hendida, mostrando la incisión roja de sus entrañas. En lo alto, en los bordes de la herida, los matorrales enmarañados blanqueaban espolvoreados de luz lunar. El caballero sollozó.

—¿Qué le ocurre, D. José? —preguntó el hombre-cillo, como sorprendiéndose.

D. José llevó su pañuelo á los ojos. Los suspiros y las lágrimas se deshacían entre los pliegues de la fina batista aromada de violeta. ¡Qué bien *agüele* eso! pensó Fuencislo.

En aquel momento el alma de los dos hombres seguía muy diferentes veredas psicológicas. Fuencislo, el aldeano, rebelde á la ambiente melancolía lacrimosa del terruño, seco de espíritu como las tierras estivales, y árido de sentimientos como país de sol, asombrábase de la ternura doliente y efusiva del señorito.

Parecíale cosa extraordinaria que un hombre llorase. Él no recordaba haber llorado nunca; como no fuese en la cuna..., que es cuando *berran* todos; pero, luego... Bien está que lloren las mujeres; al fin y al cabo no saben hacer otra cosa. Pero un hombre... ¿Que á D. José se le había muerto la madre? ¿y qué? Por ese camino todos van, y á Fuencislo no le cogía nunca de sorpresa, porque con ello contaba siempre. También á él se le había muerto la madre de una *puntá* (pulmonía). La estaban viendo *dirse menuto por menuto*, y por eso, antes de que se marchase de una vez, obligáronla á testamentar. En su casa nadie había llorado; el día del entierro, su padre cogió la primera *mirla*, de viudo. Luego como si tal cosa. De esto hacía ya muchos años.

El caballero entregábase de lleno á su dolor, deleitándose amargamente en la historia de las viejas horas descuidadas. Tres años, sobre poco más ó menos, le habían tenido los negocios en el Mediodía de España, ausente de su madre. En el momento de la despedida, habíala dejado arrugadita, achacosa, pero animada, fuerte para tirar diez años aún, creía él. Luego, en la ausencia, las cartas de sus hermanas, las dos solteronas, Josefa y Marcelina, llegaban periódicamente con la dulce noticia de la vejez detenida, dispuesta á perdurar mucho tiempo en una estacionada caduquez. «Mamá sigue como siempre; no pasan días por ella, ni envejece. Se acuerda mucho de ti.» Siempre igual. Un día llegó una carta fuera de turno, inesperada. «Mamá se ha puesto mal de repente. A su edad cualquiera cosa es grave. Estamos intranquilas.» Era una carta llena de inquietud, empapada de ter-

nura filial, temblorosa como una lágrima. D. José sintió al leerla gran angustia, como líquida, que le inundaba por dentro, le ahogaba, se escurría por los ojos en dos regueros ardientes y amargos. No era un triste presentimiento con cabrilleo de esperanzas en su negrura; era certidumbre. Cosa refleja, sensual, absurda, pesimismo irreflexivo, le decían el cerebro y la conciencia. Quería encarrilar al corazón por la vía del raciocinio. Pero la certidumbre, certidumbre fatal, se afirmaba rotunda al fin. Algo se le rompía en lo más profundo, en lo más íntimo y recóndito de su alma, dejándole un inefable dolor de orfandad, que á él se le figuraba pesadilla infantil, cuando creía encontrarse perdido en la lobreguez medrosa de una noche de invierno. El mismo día púsose en viaje. Cuando llegó á Oviedo supo que su madre había muerto.

La vía desembocaba del desmonte sobre un terraplén tapizado de yerba en sus declives. Abajo se extendían las praderas suaves, de vega blancura, cercadas por las lindes de sebes, que corrían serpeando como riachuelos de sombra. De trecho en trecho, los macizos de arbustos erguíanse soñadores sobre el vaho de la luna. Un regato canturreaba oculto. Á un lado, la carretera extendíase limpia, como un camino de nieve no hollado, en el paisaje.

La noche era encalmada y el cielo destilaba inciertas gotas de luz blanca.

—¿Cómo sigue Joaquín, tu hijo? — preguntó el caballero por decir algo.

—Marchó á Buenos aires, señor.

—Marcelina, en una de sus últimas cartas, me escribía que estaba bastante mal el muchacho. ¿Cómo le has dejado ir?

—Allá él. Empeñóse. Yo díjele: vete bendito de Dios.

Calló D. José, meditabundo, sin sospechar una doble intención de bárbaro estoicismo en las respuestas de aquel hombre, cuyo hijo había muerto tísico, en plena primavera, unos días antes. Luego añadió:

—Por fin, Benigna se casó, gracias á Dios.

—Miré usted, señorito; á mí teníame sin cudiao. El mozo entraba en casa á todas horas. Cuando la neña resultó así, marchóse. Yo no me apuré maldita de Dios la cosa. Tengo visto tantas en ese mismo estado... Y fueron felices.

Caminaron en silencio, porque el señorito no encontraba nada que responder. Concluído el desmonte, ocultábase la vía bajo un tupido túnel de seculares álamos enyedrados. La luna, filtrada de través por las coyunturas del bosque, hendía la oscuridad con franjas de luz, dibujando en el suelo sombrío escamas luminosas. Á lo lejos sonó un rumor creciente. Los dos hombres, apartándose de la vía, fueron á guardarse al pie de un álamo, y desde allí vieron cruzar el tren en vertiginosa carrera, que agitaba el aire y hacía temblar las hojas en los álamos. Un vagón pasó despidiendo chispas por el juego delantero. Detrás desfilaron los coches, iluminados mortecinamente, con algunos viajeros en las ventanillas. Aquella visión transitoria cruzó ante la vista de D. José como un dolor errante, dejando la inquietud de las cosas que se alejan para perderse en el misterio de donde han surgido.

Llegaron al pueblo. Unos labriegos vociferaban en una taberna de la entrada.

—¿Y las señoritas?—preguntó D. José, tembloroso, estremecido.

—La señorita Marcelina mal, por no decir mentira. Desde ayer que murió la señora diéronla *patatuses* sin parar un momento. La otra ya más serena.

Don José detúvose un momento para apoyarse en el hombro de Fuencislo.

—Ellas ¿me esperan hoy?

—A la estación fuí por orden suya.

—A ti te parece que me presente así, de repente, sin avisar, sin prepararla...

Fuencislo no respondía.

—Pss... A mí que se me figura que tiene usted miedo, señorito.

Sí, lo tenía, y grande. Le temblaban las piernas, el corazón le estallaba en el pecho, la boca seca negábase á articular palabra, le ardía la frente. Aun no sabía si su madre estaba enterrada. No había osado preguntarlo.

—Sí tengo miedo, Fuencislo, me falta valor,—y se echó á llorar como un chiquillo.

—Ta, ta, ta. ¿Esas tenemos?

—¿Dónde está mi madre?

—Allí está, señor, allí esta. Quedóse como un pajarín. Paez que está durmiendo.

Detuviéronse frente á una verja cubierta de madreselva en flor. Fuencislo abrió el portón de hierro, que rechinó al girar, subieron la dulce pendiente de pomarada, agachándose para no tropezar con los retorcidos manzanos, hundiendo los pies en la mullida hierba primaveral sembrada de rocío, que hacía sentir su frescor á través del cuero de las botas. Entre la hojarasca de las ramas veíase la mole cuadrada del caserón, del *palacio*, destacando la línea dentada de sus aleros y la mate blancura de sus muros, en el cielo pálido. Tres balcones estaban iluminados. Uno de ellos, abierto de par en par, los otros divididos por la cuadrícula de las vidrieras. Don José conocía muy bien aquellos tres balcones; eran los del salón grande, donde de niño entraba furtivamente á robar las peras y manzanas cogidas antes de sazón, por temor á los ladrones, puestas á madurar en lo oscuro, sobre lechos de hierba seca. Aun le cosquilleaba en el olfato el fino olor otoñal de las manzanas y del heno, y creía ver las estrias polvorientas de luz que se colaban por las rendijas, é iluminaban á lo largo una fila de frutos dorados y rojizos.

Delante de la casa el jardín. Los senderos de arena plateados como ríos callados. Sobre los macizos verde oscuros manchas blanquecinas posadas como palomas

dormidas. En el aire aromas penetrantes y fecundos. D. José paróse un momento. En el balcón abierto apareció una forma negra que desapareció súbita lanzando alaridos.

La escalera era grande y desmantelada, tenía los peldaños de granito desgastado y la techumbre en bóveda. D. José subía trabajosamente, apoyándose en la recia balaustrada para no dar en tierra. Su hermana Marcelina salió corriendo. Traía los ojos estraviados, la boca abierta, el cabello en marañas, desgredado, y los brazos en cruz, prontos al abrazo frenético de amor y de dolor á un tiempo mismo. Arrojóse sobre su hermano y apoyó el rostro en su pecho varonil. Acudió entonces Josefa la mayor. No dijo una palabra. Estaba rígida, tiesa, con los brazos—muy flacos—tendidos á lo largo del cuerpo, las ojos rojizos, la boca prieta y exangüe. Acompañábala un cura tuerto, llena de lamparones grasientos la sotana verdosa, y al ver los apasionados y dolorosos extremos á que Marcelina se entregaba dirigióse á ella exortándola con voz paternal.

—Tenga resignación, piense en Dios, doña Marcelina.

Gracias al duro trance porque atravesaba la huérfana doncellona libróse el clérigo de una dura lección de urbanidad y cortesanía. Marcelina no podía sufrir que antepusiesen á su nombre el calificativo honorífico de doña.

Los dos hermanos permanecían estrechamente abrazados. Marcelina preludiaba un ataque nervioso, don José sorbía las lágrimas, dominándose, haciéndose el fuerte.—Por Dios, D. José, doña Marcelina,—suplicaba plañidero el sacerdote, llamado D. Ataulfo.—Doña Josefa dígame usted algo. Que traigan agua de azahar.

Josefa no oyó los requerimientos suplicantes, las aceleradas solicitudes del atribulado presbítero tuerto. De oírlo, no se muerde los labios y le repite la tantas veces prodigada lección, «señorita tal y señorita cual,

D. Ataulfo, no doña, que no hemos contraído.» Ni para contraer. Pero no había quien sacase provecho del bendito cura: en cuanto se distraía, zas, soltaba la *patada*, así decían las solteronas.

Josefa con leve resbalar de aparición fué á sus hermanos. Abrazáronse los tres formando un apiñado racimo y menudearon lamentaciones y sollozos, con lo cual D. Ataulfo en el paroxismo de su aturdimiento llevóse las manos á la cabeza, como desesperado, hizo al grupo nuevas exortaciones en tono de la más humilde súplica, y juzgando inútiles todo género de ruegos, ya que no se le oía, dirigióse á Fuencislo. Estaba éste, desde un buen rato, apoyado en el muro de la escalera, con la mueca más socarrona en el rostro, y el pensamiento más primitivo y rudimentario en el cerebro, como que las células grises al entrechocarse no producían más sonido articulado que la siguiente sílaba, repetida innumerables veces,—«Ba, ba, ba, ba.»

—¿Pero ves esto, Fuencislo?—murmuró el desolado D. Ataulfo.—¿Qué hacemos? ¡Qué poca resignación cristiana!

—Déjelos, déjelos señor cura, todo eso son pamemas. Don Ataulfo abrió un palmo de boca dando salida á penetrantes efluvios alcohólicos. Luego volvió á cerrarla para decir.

—Bruto, más que bruto.

Josefa y Marcelina habían cogido á D. José, cada una por un brazo y le conducían á la cámara mortuoria, al salón donde se extendían en otro tiempo las peras y manzanas para madurar, sobre heno fragante. Don Ataulfo iba detrás junto á Fuencislo, mirándole de soslayo con su única pupila inyectada de cólera sacerdotal, que era bonachona en él, con el párpado del lado tuerto convulso sobre la cuenca vacía: de buena gana le hubiera pellizcado por bruto... «naturalmente un hombre que nunca asoma por la iglesia,» pensaba el sacerdote.

El cadáver de doña *Juana, la del palacio*, como se la llamaba en Cenciella, yacía en el centro de la espaciosa estancia, sobre un paño negro, rodeado de blandones amarillos. Estaba vestido con hábito franciscano, la capucha caída hasta la barba redonduela, arrugada y seca como camuesa invernal, las manos enlazábanse nudosas sobre el escapulario sosteniendo un crucifijo, los pies asomaban por bajo, con medias negras de estambre tosco.

Así que apareció D. José en la puerta, lanzóse sobre el cuerpo inerte de su madre, levantóle el tronco rodeándolo con su brazo, echó atrás la capucha para descubrirle el rostro y pegó sus labios á él, silenciosamente, como en una sublime comunión. Púsolo luego en la almohada con meticoloso esmero y levantándose presto, corrió á la puerta estremeciendo el tillado con su carrera. Las arandelas tintinearón sobre los candelabros. Los cirios flamearon como banderas de fuego.

Don Ataulfo arremangaba ya la mugrienta sotana para correr más libremente en pos de aquel loco, que se iba á suicidar sin duda, cuando Marcelina vino al suelo con gran estrépito, lanzando dolorosos quejidos, y retorciéndose de una manera extraña, y poco casta, á decir verdad, con lo cual quedóse el sacerdote en la más apurada y divertida guisa que criatura humana puede tener: perplejo, vacilante, sin atreverse á dar un paso, como clavado en tierra, con la sotana recogida, los pantalones remendados al aire en toda su afrentosa fealdad, y el rostro demudado por el terror.

Josefa no oía, ni veía, ni entendía. Estaba muda, tiesa, parecía un fantasma. Fuencislo enarcaba las cejas cerdosas, dilataba la boca sensual con gesto de picardía, y entornaba los ojos lascivos hacia la jamona que se retorció en el suelo, mostrando la torneada exuberancia de su pantorrilla, y una cinta de carne entre la media y el pantalón, carne blanca, casi tan-

to como la ola de las enaguas, revueltas en torbellino espumoso.

En esto llegó D. José. Traía un brazado de rosas blancas, de alelíos blancos, de claveles blancos, fragantes, perlados de rocío, y fué arrojándolos sobre el cadáver de su madre. Los ojos de Josefa parpadearon levemente, se humedecieron, dieron curso á dos raudales de lágrimas, y como si la antigua rigidez estatuaria, siniestra, se le hubiera escurrido por los ojos, arrodillóse junto á su madre con dulce gesto y la besó en los pies, sobre el estambre tosco, luego en las manos, luego en la frente, orlada de sedeña blancura.

Marcelina, pasada la primera tormenta, extendióse con gesto de laxitud, de desmayo. D. José la levantó del suelo y la mantuvo en el aire cogida por los sobacos.

—Josefa —dijo— acompáñame al cuarto de Marcelina.

Los dos, sosteniéndola, desaparecieron. D. José volvió al poco tiempo. Venía sereno, con dulce expresión resignada. Era alto y muy bien proporcionado de miembros, de ojos negros, velados, profundos, tristes, de cetrino color, algo calvo, de bigote ceniciento, así como el cabello, caído abundantemente sobre las rojas orejas, más grandes de lo que fuera menester. Parecíasele mucho Fuencislo, y pudiera tomarse por su padre si las almas de entrambos no asomasen al rostro para desmentir el parentesco físico, dando al caballero un noble gesto de sencillez y bondad, que en el viejo servidor se trocaba en mueca de cinismo socarrón, de edonismo marrullero. Despedían sus ojuelos brillo montaraz y codicioso; bajo el bigote amarillento y tostado, por entre los gruesos labios cárdenos blanqueaban los dientes incólumes, pese á los setenta años, con una opacidad fría arma de hoja, cual si se mostrasen siempre prontos á dar una dentellada; eran los dientes de un can, apretados, amenazadores y agudos. En aquel momento, pudiera creer-

se que codiciaban la carne blanca y tibia de la solterona; así como los ojos, que se habían entornado para acariciar la dulce visión, perenne aún; y las manos calludas, que se crispaban con la ideal sensación de aquel raso algo antiguo, pero lustroso, intacto.

Don Ataulfo, que había vuelto la mugrienta sotana á su estado normal, hallábase en extremo embarazado, sin saber qué gesto adoptar, qué frase decir, y sobre todo qué hacer de aquellas pícaras manos, que vagaban en redor del tronco; aturdidadas, revoloteando sin pararse en parte alguna, como palominos atontados. Por fin, y á la vuelta de infinitas vacilaciones, fueron á enlazarse en la curva inferior del vientre hemisférico, y allí, bajo la amable protección de aquella bóveda á la inversa, los pulgares, olvidada la antigua inquietud, pusiéronse á dar vueltas vertiginosas girando el uno sobre el otro, persiguiéndose sin encontrarse, ora hacia la atmósfera, ora hacia la oronda tripa, juguetones, descuidados.

Los tres hombres salieron al corredor. Acodóse D. José sobre el hierro mohoso de la reja, y elevó su cabeza entristecida hacia la luna. En el lienzo mural que las puertas del corredor dejaban entre sí, pendían varias colmenas. Sobre el suelo estaban dos cajones llenos de tierra, con geranios. Fuencislo apoyó su espalda contra la pared, bajo una colmena. D. Ataulfo permanecía de pié, con los pulgares siempre retozones bajo la panza negra; esto era un desahogo para él.

La luna difundía en el paisaje su luz lechosa. La tierra parecía un vasto trabajo de orfebrería repujado sobre plata deslustrada. Un perro ahulló, lastimero. D. Ataulfo, estremecido, volvió sus ojos hacia don José, que permanecía absorto, mirando á la luna, y por decir algo, masculló con voz balbuciente y hueca:

—Buen viajecito, ¿verdad, D. José?

—¿A la luna?

Don José no bromeaba. Creía sinceramente que la pregunta del sacerdote era una invitación amable, en

tono familiar, á dulces expansiones idealistas para su alma atribulada. Pensó por el momento que aquel bendito quería decirle, sirviéndose de un simbolismo algo tosco, de púlpito de aldea: «elévase usted á las serenas regiones del cielo, donde está su madre, de seguro; olvide dolores mezquinos, puramente humanos, fisiológicos, y regocíjese en el seno de Dios, donde mora D.^a Juana, después del último y definitivo viaje.»

Don Ataulfo se puso colorado hasta las orejas: no le habían pasado por las mientes tales metafísicas. Así, añadió, algo confuso:

—Digo el que habrá traído usted desde Alicante.

—¡Ah! Echese de cuenta... tres días...

Tornaron al silencio.

Esta vez habló Fuencislo, y dijo:

—Señorito, ayer marchóse un enjambre, mañana marcharase otro. Las señoritas no piensan en nada con tanto lloriqueo.

No pudo contestar el señorito, porque D. Ataulfo, en su furor sagrado, clerical, dirigiéndose al desenfadado hombrecillo, habló de esta suerte:

—Cállate, bárbaro, más que bárbaro. Vaya unas cantinelas que saca ahora el muy cafre. De buena gana te atizaba un soplamocos si no estuviera delante D. José.

Aunque Fuencislo no formaba parte de la comunión católica de Cenciella, y se reía de todas las iglesias militantes (el único sacramento que tenía era el del bautismo, y eso porque no sabía hablar entonces, que de poseer el don de lenguas en aquel trance no deja salir de sus labios el esencial y simbólico *volo* del rito romano), no osaba nunca replicar á D. Ataulfo, y si bien para sus adentros se burlaba de él, respetábale en apariencia. Este ascendiente sobre el herejote le llenaba de santo orgullo al bonachón de D. Ataulfo.

Juzgando ciega sumisión lo que solo era mutismo malicioso, envalentonado por el alcance de su honda

espiritual el buen pastor de almas, continuó apostrofando á la descarriada oveja.

—Es un zulú, D. José, un salvaje. ¿Qué digo salvaje? Mucho peor, muchísimo peor. Escuche usted un caso, y verá lo que es ese...—D. Ataulfo escudriñó su vocabulario de voces insultantes hasta tropezar con una que le parecía de perlas—ese *voltariano*. Hace poco nació en el cementerio, entre la sepultura de Nuño, *el chorizo*, y la de Pacha *de clito*, una *piescal*, sin saber cómo ni cuándo; algún rapazuco que echó el hueso por encima de la tapia. Vaya usted á averiguar. El caso es que era una *piescal* preciosa, la verdad sea dicha, verde y lozana como ninguna. Al año de nacer floreció y dió fruto. Como dos docenas de *piescos* serían. Gordos, muy gordos, eso sí; pero, ¡qué color, Dios me valga! Amarillos, amarillos, igual que un difunto, y con pelusa como el moho de las losas del campo santo. Aquellos *piescos*, que eran carne de cadáver, podredumbre humana, sacos de pus, nos daban miedo á todos los de Cenciella. Un día faltaron los *piescos*, no habían dejado ninguno. ¿Quién era el sacrílego ladrón? No podía ser fiel de cristiandad. Y cuando todos, horrorizados, nos lo preguntábamos, sale este perro judío, por mitad de la calle, sí señor, por mitad de la calle, comiendo los *piescos* y asegurando á quien le quería oír, que eran los más sabrosos que había probado en su vida. ¡Y habían salido del corazón, del hígado, de los intestinos, quizá de algún sitio peor de dos muertos, Nuño, *el chorizo*, y Pacha *de clito*! ¿Quién lo duda?

D. José miró á Fuencislo, fijamente, sin pestañear. Este sonreía con los ojos bajos: era una sonrisa que derramaba voluptuosidad por el rostro, como si la boca se le hiciese agua al recuerdo de los melocotones macabros, agridulces. D. Ataulfo se animaba.

—Ahí le tiene usted tan campante. Hace diez días se le murió su hijo Joaquín, y como si tal cosa.

El caballero frunció las cejas. Le temblaba la voz.

—Me habías dicho que estaba en Buenos Aires.

—Si quiere usted mejores aires, señorito...—exclamó Fuencis!o mostrando la fresca pincelada de sus dientes caninos.

A D. José desarrugósele el entrecejo, sintió los ojos nublados, húmedos y el corazón henchido de tibia amargura. Era terror y admiración al mismo tiempo, ante la fortaleza de alma de aquel cínico, cuyos dientes apretados, amenazadores y agudos, blanqueaban bajo la luna.

—Eres un espíritu recio.

D. Ataulfo, que no entendía bien en ocasiones, creyó corroborar afirmando.

—Es un pegote de carne pecadora y egoista —y se quedó tan satisfecho, pensando, que su frase, de un ascetismo sublime, encerraba el más profundo desdén hacia la carne, uno de los enemigos de! alma, el más terrible en su opinión.

Los pulgares de D. Ataulfo continuaban, en el silencio, girando vertiginosamente, regordetes y traviosos como niños mal educados. Los ademanes, no se mostraban jamás propicios á realzar sus frases; divorciábanse de la evolución del discurso. Careció de acción. Y esto que le molestaba, embarazándole, en las visitas de cumplido, le producía verdadera desazón y malestar cuando subía á la sagrada cátedra, allá de pascuas á ramos, á predicar un aprendido sermón. Desde el exordio, hasta que bajaba del púlpito, permanecía agarrotado, adherido fuertemente á la barandilla como un náufrago á una tabla, completamente dejado de la alada ligereza del santo espíritu. Pero en cambio, su hombría de bien y su tierna sensibilidad, daban al rostro gesto dulce y evangélico, de mansedumbre no exenta de unción, y su ojo único sabía mirar al cielo tristemente, como un desterrado. Era hombre piadoso y efusivo: embriagábase unas veces elevando su espíritu á Dios, y otras sumiéndose en el espíritu alcohólico de la sidra; ligero defectillo,

este último, que nadie se hubiera atrevido á reprocharle, dadas sus buenas prendas.

En la torre del pueblo la campana dobló once veces. Fueron once gotas de metal vibrantes y temblorosas como estrellas, que permanecieron largo tiempo flotando en la noche. Los perros aullaban en las alquerías.

—Las once ya, D. José. Acuéstese, acuéstese, que bien molido ha de estar. Yo velaré á la señora, que en gloria esté, con éste, con Fuencislo.

—Gracias, D. Ataulfo.

—No hace falta, señor cura; las señoritas saben que me basto yo y me sobro. Así como quiera, no temo á los defuntos, y menos á D.^a Juana, que en vida me tuvo tanta querencia.

D. José, lentamente, seguido del clérigo y el servidor, penetró en la triste estancia.

—¿No le parece, D. Ataulfo, que recemos todos el rosario?

—Nada mejor, para la eterna salud de la señora, que en gloria esté, á los ojos de Jesucristo y su amantísima madre.

D. José fué en busca de sus hermanas. Las vírgenes jamonas, pasado el síncope de Marcelina, rezaban en su pequeño gabinete, ante una vieja imagen de San Antonio, del cual eran muy devotas, alumbrado por una lamparilla.

Arrodilláronse todos á los pies de la muerta. Don Ataulfo dió paz á sus pulgares para extraer de la profundidad temerosa de su faltriquera un rosario hecho con pepitas de aceitunas del huerto de las olivas, regalo del párroco de San Martín de Anes.

El rezo fué deslizándose dulcemente con el monótono rumor de un arroyo, que fuese de agua bendita. La oración es un fresco manantial para apagar la sed ardorosa que dan las tribulaciones.

Los tres hermanos besaron á su madre en la frente antes de marchar. D. Ataulfo acompañó á D. José

hasta su cuarto. No tardó en asomar de nuevo en el umbral de la puerta, con la teja debajo del brazo, sin disimular su inquietud.

—Oye tú, el perro no estará suelto... ¿eh?

—No señor. Descuide.

El sacerdote desapareció en la sombra de las estancias silenciosas.

Fuencislo empezó á pasearse por el destartalado salón, á grandes pasos que hacían gemir los tablones de nogal bajo sus pies. Buena noche se le presentaba por delante. Unas cuantas horas en vela, de pie, porque allí no había ni una mala silla de paja para sentarse y dormir.

D. Ataulfo vino á cortar las peripatéticas consideraciones. Traía el rostro demudado, el ojo sano fuera de su órbita, la cuenca vacía más convulsa que nunca, las manos trémulas; no acertaba á hablar.

—Fuen... cislo... yo creo... que el perro... rro... está... suelto...

—No señor, no está. Se lo digo yo.

—Pues... lo que es solo, no salgo—afirmó con una supervivencia de pretéritas energías.

—Sí, sí—exclamó admirable de socarronería el viejo cínico—al perro tiene usted miedo. Buen perro nos dé Dios. A quien tiene usted miedo es á las ánimas.

Ruborizóse el clérigo, y su asentimiento mudo era súplica vehemente, parecía un niño.

—Ande, que yo la acompañaré hasta la puerta.

—Dios te lo pague.

D. Ataulfo hubiera deseado llevarle consigo hasta la misma rectoral.

Volvió á la estancia mortuoria, y á sus desesperados paseos. Cansado, recostóse en una gabeta de caoba con incrustaciones ebúrneas; era un mueble vetusto. Fuencislo lo conocía muy bien. Dentro estaba lleno de cajoncitos, de puertecillas, de columnas retorci-

das como caramelos. En el medio había una puerta mayor que las otras, en forma de sagrario; era de marfil y tenía dibujada una mujer desnuda que desde un maravilloso corcel tordo mataba ciervos á flechazos. De allí sacaba la señora las pesetucas para dárselas á él, con pródiga frecuencia. Miró á la anciana tendida en el suelo, entre los blandones lúgubres. Pensó, «quién dirá que es aquella misma de hace años.»

Sobre la aldea, un canto campesino derritió su caudal de melancolías y de ensueños. Las dulces cadencias amorosas penetraban por el balcón mezcladas con la luz de la luna, é iban á besar á la muerta.

Francislo escuchaba, vagamente acariciado por añoranzas de su adolescencia. La voz decía:

Adiós rosina,
adiós clavel,
que te vengo á ver
de mañana y tarde;
de noche no puede ser
que me riñe el amor
y me riñe tu padre.

La tierra tornó al silencio.

Fuencislo cerraba los ojos y veía cosas viejas, marchitas, remotas, que se iban remozando, refrescando, viniendo hacia él. Aquella voz nocturna era un cauce misterioso por donde el tiempo corría hacia atrás, raudamente, para estancarse en el dulce remanso de la juventud efímera.

Salió de nuevo en sus venas sangre impetuosa, turbulenta; el manzano decrepito de su alma estéril se vistió de blanco, floreciendo: los ojos de su imaginación veían escenas casi olvidadas, lances de amoríos, pendencias. Era de nuevo el más guapo, el más arrogante mozo del concejo, con el señorío dominante de su gesto malicioso y burlador. Los hombres le temían, las mujeres le deseaban. Una noche, á la revuelta de una calleja, por detrás de unos robles asomaron va-

rios fantasmas vestidos de blanco. Era una noche sin luna, y en la oscuridad las apariciones tan pronto se encogían hasta desaparecer casi, como se dilataban medrosas. «Espera, espera: yo os daré pantasma»—había dicho Ceslín, que así le llamaban entonces—y enarbolando el nudoso palo, garrotazo aquí, garrotazo allá, descalabró á tres... amigotes del cura. En la calleja quedaron *berrando como gochos*.

No creía en las cosas de ultratumba, y procuraba disfrutar en vida. Era un misántropo irreflexivo, pero de acción; gozábale en hacer mal á sus semejantes. Al pasear por los caminos fangosos de Cenciella, pensaba que sus pies se escurrían sobre corazones sangrando, que con sus almadreñas enterraba en el fango á muchas almas enamoradas de mujer, otras muchas envidiosas de hombres.

Sólo una criatura le infundía extraño respeto; la señorita Juana, la *del Polación*. Cuando Ceslín pasaba cerca de la pomarada, veíala siempre al pie de un pumar, tendida sobre la hierba, con su vestido azul como un cacho de cielo ó de agua, leyendo un libro que tenía *santos*. Debía de aburrirse mucho la pobre señorita casada con aquel americano tan feo, tan asqueroso. Por el pueblo decían que era cosa del padre de D.^a Juana, noble tronado, que pretendía lustrar sus blasones con oro flamante y rico. El caso es que la señorita estaba leyendo á todas horas bajo el pumar, sin su marido. Cuando Ceslín pasaba, levantaba ella la vista del libro para saludarlo, y él estremecido de pies á cabeza, llevábase la mano á la gorra sin atreverse á decir palabra. Un día la señorita le llamó. — ¿Quieres entrar á mi servicio? — Ya lo creo que quería. Desde el día siguiente, dejaron el uno sus correrías y la otra sus lecturas. Ceslín no cabía en sí de gozo. La señora venía muchos días á verle trabajar y le miraba con unos ojos muy tristes. El tiempo corría; su turbación delante de la señorita acrecentábase con el tiempo. Se devanaba la mollera á solas, escudri-

ñando allá adentro, inquiriendo la causa; pero su inquietud era cada vez mayor. No dormía por las noches, repugnábale la comida. Figurábase antes, que entre pecho y espalda no había más que tripas, muchas tripas, y el aire que entraba por las narices; nada en sustancia. Y había algo más; algo que él no sintiera hasta entonces, y que se le paseaba de arriba á abajo, como dueño absoluto; subía á la cabeza mareándola, asomaba á los ojos empañándolos, á flor de piel con un cosquilleo suave, muy suave y dulce, que le infundía un ansia bárbara de apretar contra sí, de apretar fuertemente hasta desfallecer de laxitud, lo que más próximo se hallaba, cualquiera cosa, la almohada en el lecho, la *fesoría* en el trabajo. Llegó una ocasión que á Fuencislo no se le olvidaría nunca, aunque viviera cien años; estaba por encima de la génesis humana del tiempo, fuera de las desinencias verbales de los gramáticos, de los hombres, era una infinitud presente, una eternidad cristalizada en una hora, cosa divina. Cerrando los ojos *lo contemplaba* plasmado en varios cuadros, como las sucesivas estampas de una historia, estático, patinoso de una lontananza amable. «Juana busca á Fuencislo; desea trasplantar unos rosales. Fuencislo requiere el azadón. Van al jardín. La señorita tiene los ojos más tristes, más negros, más profundos, más melancólicos; lleva el cabello suelto en ondas tenebrosas que se esparcen sobre la espalda azul: en pos de sí deja una estela fragante, turbadora. Hay un capullo tierno, frágil, quebradizo. La señorita lo coje—«¡Ay!» se ha clavado una espina. Brotan de la herida rubíes redonduelos, muy diáfanos, como gotas de sangre. La señorita no quiere mirarlos; tiende la mano al servidor, que sin contenerse, loco, bebe aquellas gotas cristalinas, rojas. La señorita empalidece.—¡Me pongo mal! ¡Llévame á mi cuarto! ¡Por Dios!— balbuce. Fuencislo la coge en brazos, corre enardecido por aquel peso dulce, suave; atraviesa el jardín, sube la

escalera señorial, sigue los pasillos oscuros. Se le aflojan las piernas. El aroma que exhala el cuerpo de la señorita le marea. Siente en la boca un sabor acre, ácido...»

El perro ladró en el jardín. Fuencislo abrió los ojos. No podía consigo de sueño.

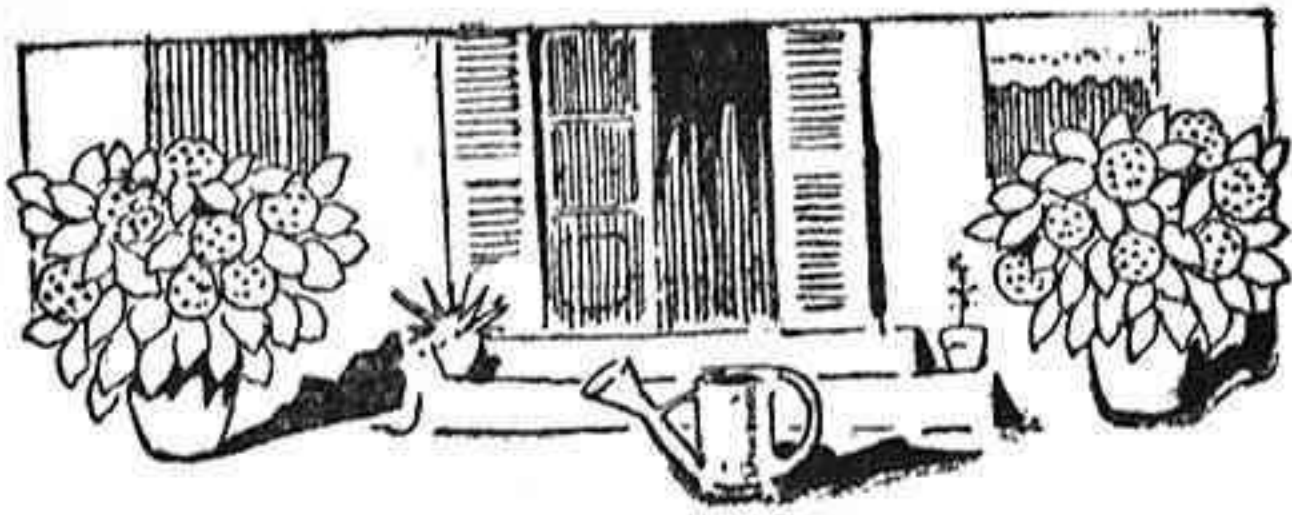
La muerta tenía los párpados entreabiertos, la pupila turbia, la nariz amoratada, el maxilar caído: era el gesto repugnante de algunas viejas cuando dormitan. Fuencislo la miró de hito en hito con sonrisa adusta. «¡Si esos supieran...!»

Los cirios se consumían de malísima gana, con chisporroteos protestantes. Fuencislo no se tenía en pie. «¿Dónde duermo yo?» La almohada sobresalía por entrambos lados de la cabeza de la muerta. Mostrábase mullida, tentadora, blanca. «No... pues... yo así no paso la noche... Mira, tú, ¡échate pallá!» Y dió un empujón al cadáver, que rodó como un cilindro, dejando caer el crucifijo; en seguida, echóse sobre el paño negro, de espaldas á la señora, y durmió pensando: «Así como quiera, no es la primera vez.» Al poco tiempo, los ronquidos rodaban multiplicándose de viga en viga por el techo del viejo salón donde las frutas tempranas maduraban sobre el heno fragante.

Marcelina se levantó antes que sus hermanos. Era muy de mañana. Los gallos madrugeros derramaban en la matizada cristalina la música de su canción heráldica, nuncios del sol. Sobre los vidrios emplomados las gotas de rocío tiritaban. Marcelina estaba aterida, el frescor matinal la transía hasta los huesos. Fué al salón á ver á su madre. En el umbral se detuvo espantada. El cadáver, derribado sobre el hombro derecho, tenía la cabeza echada hacia atrás, cubierta por un enjambre. Las abejas hormigueaban negruzcas sobre la carne amarilla, de color de cera, entra-

ban y salían por la sima amoratada de la boca, recorrían los ojos, los lagrimales pustulentos, zumbaban volando en aureola. Un hombre roncaba junto á la muerta.

En el perezoso sopor del palacio flotaron los alaridos de aquella virgen vetusta.



G. MARTÍNEZ SIERRA

• • • MEDITACION

DE ABRIL • • • • •

... **T**IENES razón: estamos en la época florida del vivir: somos felices, completamente felices. Y pienso yo: ¿será verdad que nuestra vida es una extraña excepción, un desusado privilegio? Todo el mundo se queja más ó menos, es sentencia unánime el «nadie está contento con su suerte.» Entonces ¿es que á nadie le acontece el bien que á nosotros? ¿O será que el gozo le llevamos dentro, en la masa no sé si de la sangre ó del espíritu? Acaso: la lucha y el camino y el trabajo nos deleitan, no por la esperanza de lo que han de lograrnos, sino por ellos mismos. Yo, al menos, pienso, y estoy seguro de que piensas conmigo:— Este que es mi camino, es mi jardín.— Y nunca digo:—Apresurarnos hemos: al fin habrá algo que será recompensa de nuestro afán—sino:—Vayamos viviendo, que en el mismo camino del vivir hay algo muy hermoso, que es como el pan nuestro de cada día.

La vida es el premio del vivir: viviendo se merece y viviendo se goza. ¡Bendita tú la actividad, porque

eres como un fruto que naciese de nuevo á cada hora, fruto que sabe al mismo tiempo á deseo y á posesión!

Y esta peculiar conformación del ánimo, esta constante disposición al saboreo de las cosas actuales, ¿acaso no es la mayor de las dichas, y á quien la suerte se la otorga, no le ha dado con ella lo más que puede darle?

¿Por qué será el camino tan fácil para algunos? Yo, en ocasiones, quisiera sentirme un poco místico, y prepararme para tiempos difíciles que acaso han de venir, mirando cara á cara á la adversidad. ¿Cómo sería yo en la desdicha? Y no tengo valor para imaginarlo. Dicen que la aflicción es el contraste de las almas: pero á veces me complazco en creer que es el destino como padre piadoso y que gusta de oír cómo ríen los hombres, y ofrezco mi gozo, agradecidamente, como un incienso, como una oración.

...¡Como un incienso!... En los días muy claros de verano, cuando hace mucho sol, en la hora de siesta, cuando todos duermen y se callan, yo he estado muchas veces en un jardín. Parece que las plantas también duermen, porque á esa hora no dan perfume: entre las ramas, ya muy frondosas, verde muy oscuro de los rosales, hay pocas rosas rojas que se inclinan como agobiadas por el calor: las ramas de salvia, sobre el terciopelo polvoriento de sus hojas, que parecen lanzas, tienen las varas de flor violeta, y también los romeros están en flor. Los geráneos desafían al aire abrasado y la arena de las sendas refulge: el aire está todo tan hecho de luz, que no se sabe de dónde viene el sol; y entonces mirándole muy fijo, se le ve vibrar ¡sí, el aire vibra como sobre la llama de una hoguera, en ondas tenues que parecen burbujas de luz, burbujas que van subiendo, subiendo, subiendo... son azules, y tienen coronas doradas. Hay un ruido muy ténue: el aleteo de una abeja que está entre las flores de salvia y romero; pero no se la ve, y parece su runrunear el ruido de las burbu-

jas de aire que están subiendo, y que son el incienso de la tierra llena de gozo.

Y en tales horas, mi corazón ha sido, como la tierra, un reposorio para el aire azul, y de mi alma han salido, camino del cielo, más burbujas de luz con coronas de oro que todas las que había sobre el jardín: y he besado mil veces las hojas de salvia que estaban ásperas y tibias, y he mordido las hojas de romero, que son amargas y aromáticas y ensanchan el pecho con este su aroma, y he abrazado los troncos de los árboles y he corrido, loco, por todo el jardín, y he dicho versos á voz en grito, y me he echado á llorar, vibrando como el aire y sollozando, lleno de júbilo: ¡Gracias, gracias por tanto sol! Y este ha sido el incienso de mi alma.

... A cada nueva primavera parece que el alma florece de nuevo como los árboles del amor, que ahora acaban de florecer: y es como una rosa hecha de mil rosas, porque vienen recuerdos de cosas que parecían olvidadas á hablar con ella y á despertarla: las amistades que acaso nacieron en otras primaveras, adormecidas por la costumbre, con el pasar de nuevo de los olores de aquellas flores mismas que estaban en la tierra cuando ellas nacieron, vuelven á encenderse, y saben á nuevas y á bienvenidas: los entusiasmos surgen claros y susurradores como fuentes que rompen el hielo, y las esperanzas son como las crestas azules de las montañas que hay en el horizonte de Castilla. Esta es la hora propicia para soñar. ¿Por qué habrá quien dice que los sueños son malsanos? Tanto valdría decir que es malsana la felicidad. Porque ¿dónde está la diferencia entre soñar y vivir? El goce de un suceso, de un hecho, no está precisamente en el hecho mismo—pocas veces el gozo coexiste con el momento de la acción—sino en el saboreo del recuerdo: ¿y qué son los sueños sino recuerdos de hechos que no han

existido? ¿Y qué diferencia sensible hay entre el recuerdo de lo que acaeció y la remembranza de lo que pudo acaecer? Falsa es la vida si falso es el ensueño, porque, ¿quién responde de que la verdad de su recuerdo sea la verdad de lo que aconteció? Siendo esto así, puesto que los sueños nos hacen felices, ¡soñemos, alma!

Hay quien arguye sabiamente. Para ensoñar el alma se prende alas que no son suyas; y sucede siempre que á la mejor altura las alas se rompen, y el alma se hiere al caer. Verdad; pero estas almas que así ensoñan son como vírgenes locas; yo sé de otra manera de ensoñar, subiendo paso á paso por sendas floridas hasta la cumbre de la bienandanza, y una vez en lo alto, sabiendo que la cima es ilusoria, sin aguardar á que se desmorone, emprender nuevamente la bajada, despacio, por las mismas sendas que nos elevaron en la subida, viendo las mismas flores que ahora están un poco pálidas; el mismo sol, que ya se está poniendo. Lo peligroso del ensueño está en juzgarle vida: el gran secreto de la vida está en vivirla como si fuera sueño.

Libre de todo necio convencionalismo, la vida es feliz porque está serena frente á la verdad, que dulce ó amarga es siempre amiga; pero cuesta alcanzar esta liberación, puesto que la primera mitad de la vida la gasta el mundo, y en especial aquellos que más nos aman, en ligarnos al error con lazos todopoderosos; las sutiles argucias que edifican dentro de nosotros el palacio de las equivocaciones seculares, son como hilos de araña que estuviesen hilados en diamante; y de tal manera tenemos prendidas sus tramas en el corazón, que cuando la luz viene quisiéramos cerrar los ojos por no verla, y sentimos el dolor del desgarramiento aun antes de haberlas comenzado á arrancar. Los amados nos miran con tristeza hosca y suspiran;

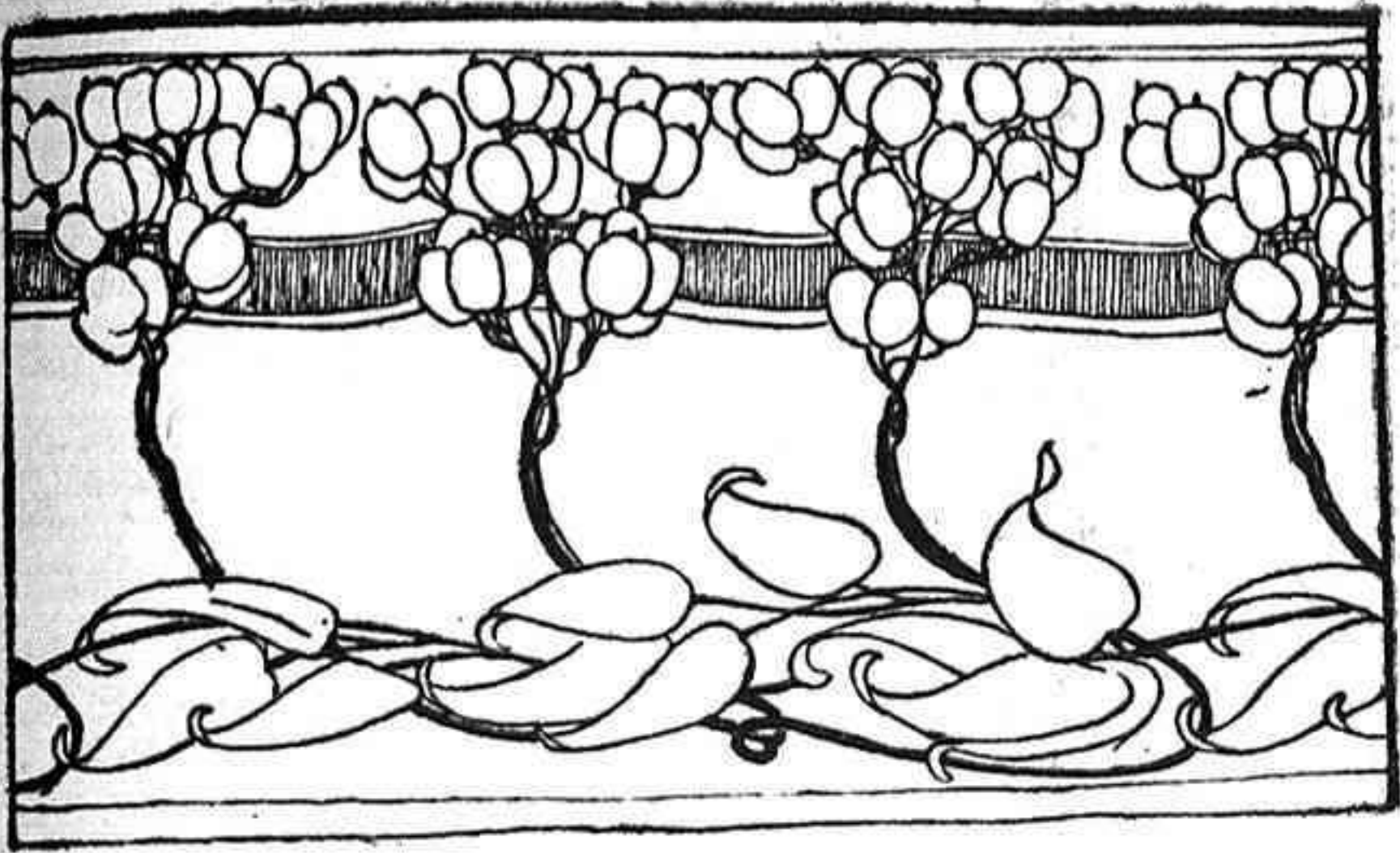
los razonables *amigos de la casa* hacen pronósticos fatídicos; las señoras formales cabecean, y, en las tertulias íntimas, se dan el gozo de murmurar, comentando los síntomas de nuestra sinrazón; algunos niños que nos querían, como oyen decir que ya no somos buenos, acaso sin dejar de querernos, huyen de nosotros, y todos los necios de la tierra nos miran desdeñosamente desde lo alto de su necedad. ¡Al cabo ellos son personas que viven de acuerdo con todos los santos pareceres del mundo! Son días tristes y amargos de pasar éstos de la lucha entre nuestra verdad y la verdad de aquellos á quienes amamos: todas las horas de ellos son grises y hay un dolor en cada palabra: nuestra alma atormentada es á veces injusta y á veces débil; á días intenta dormirse de nuevo en las blanduras del error, y entonces la verdad clama con gritos inefables; y luego lloran lágrimas elocuentes los que se creen lastimados en la abnegación que para nosotros tuvieron; y hay que oírles llorar, y hay que llorar con ellos y sobre ellos, y hay que sacar vivo su amor de la batalla! Esta es la prueba de los grandes amores.

El día decisivo hay un flujo y reflujo de almas que se despiden de nosotros, ellas creen que para siempre: alguna, la que más nos amó, llega á paso furtivo y nos abraza avergonzándose: otra, que ha visto lucir la verdad, y que no se atreve á seguirla, nos aprieta la mano, y murmura: Haces bien. Y luego todas se van. Sabemos que acaso nos maldicen y las compadecemos aunque ellas piensan que hay entre nosotros barrera infranqueable de rencores. La soledad es nuestra buena amiga y nos enseña lo que antes no sabíamos, á comprender y á perdonar. Pasan días y días: aquellos que huyeron vuelven á nosotros, y apenas nos hacen sonreír su vuelta; se sientan á nuestra mesa algo desconcertados porque vinieron buscando reconciliación y nosotros que ignoramos la ofensa que nos hicieron sus corazones, no sentimos necesidad de reconciliar-

nos: otros llegan majestuosamente como á dar sanción á nuestra locura «puesto que al cabo nos hace felices» y estos se van furiosos porque no nos importa su sanción; y acaece también que alguno de aquellos necios desdeñosos, viendo nuestra paz, olvida á qué costa la hemos logrado, y dándonos palmadas en el hombro, viene á decirnos confidencial:—¡Qué suerte tienes! Hay también *torres de marfil*, que encastilladas en su sabiduría del error, persisten en su digna actitud condenadora: y su inflexibilidad nos regocija como el llanto de un *Augusto* en el circo.

El alma, en presencia de la verdad que halló, es como una pradera cara al cielo; pasan sobre ella mariposas blancas y nubes negras: y ella se deja acariciar por la sombra de las alas blancas y por la sombra de las nubes.





RAMON DE GODOY .

• • • • ELEGIACAS

*Desde que tú no estás al lado mío,
todo en mi negro luto se ensombrece:
pasa más quedo y silencioso el río
y es más huraño el mar... y me parece
más triste el sol, más lánguido el paisaje,
más cerradas y pálidas las rosas...
¡todas las cosas tienen un mensaje
de dolor para mí...! ¡todas las cosas...!*

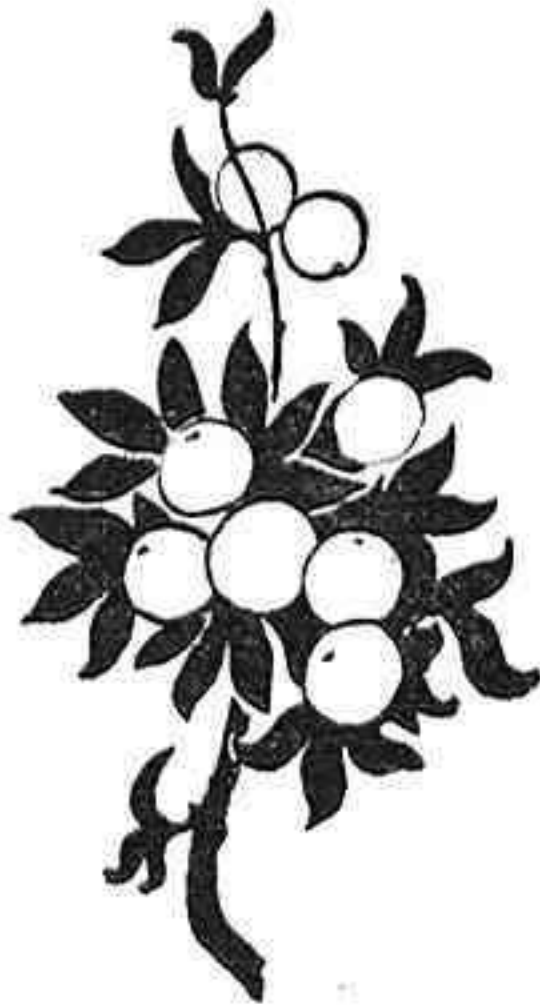


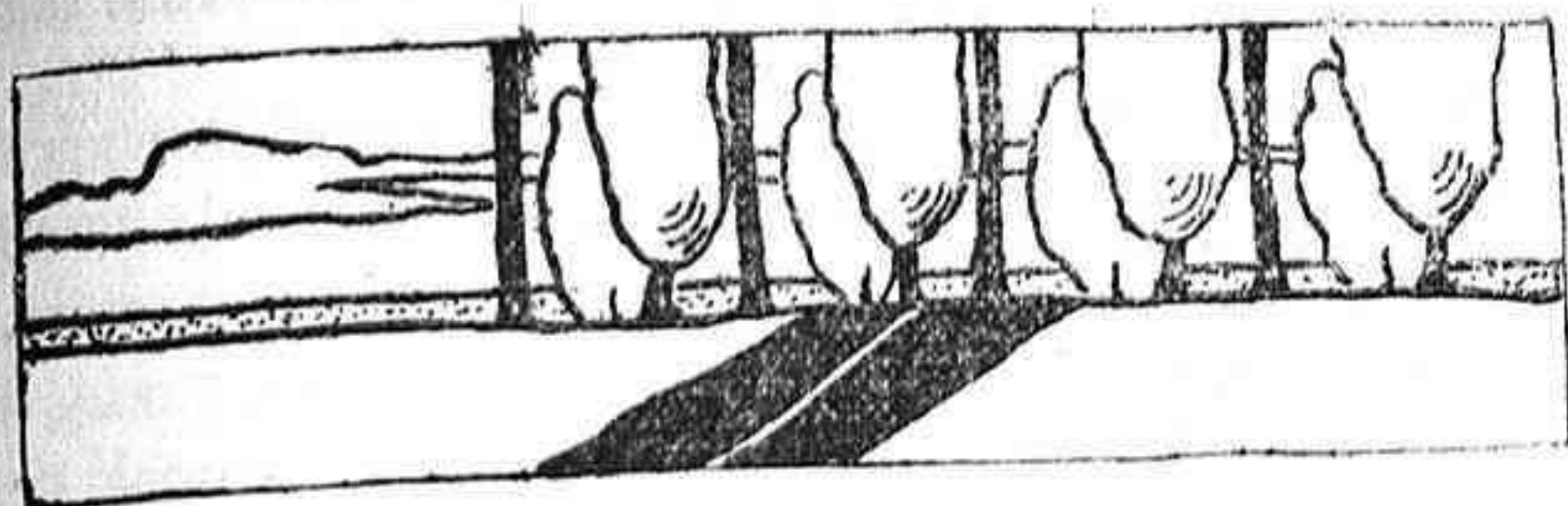
*Ya no abrirán mis ojos tus clementes
besos, cual soplo de la blanda brisa,
en aquellas mañanas sonrientes
que alumbraba la paz de tu sonrisa...!*

*¡No veré más al despertar del sueño,
tus ojos sobre mí, cual dos auroras;
ni en tu gesto profético y risueño
alentará la fé de aquellas horas...!*

*¡Ya no...! ¡ya no...! Cuando el dolor sombrío
me envuelva en sus crespones funerales,
no vendrás á sentarte al lado mío
pronunciando palabras maternales...!*

*¡Ni tus besos cual soplo de la brisa
podrán secar mis lágrimas ardientes,
ni brillará la paz de tu sonrisa
sobre aquellas mañanas sonrientes...!*





• • ANGEL GUERRA • •
GENTE DE LETRAS • • •
ANGELO DE GUBERNATIS

CONTINÚA, año tras año, con fe de convencido, su labor de unir en un esfuerzo común á los artistas del Mediodía europeo, iniciando un nuevo renacimiento de la civilización heleno-latina.

Gubernatis es, desde luego, un gran cerebro y un gran artista. Lo que sí me parece, á juzgar por sus tan férvidos entusiasmos, es que le sobra corazón. ¡Su quimérica empresa, esa aventura de la nueva andante caballería en pro del latinismo, tiene en su fondo tanto de visión soñada por un poeta!

Indiscutible en su valer de crítico, no se le puede reconocer su infalibilidad de apóstol. Conoce la historia de los pueblos y el arte en todos los siglos y países; evoca una época con todo su color y su espíritu, sabe rastrear la huella de una personalidad literaria, desentrañando sus influencias en el curso del arte. No le supera en estos empeños, muchas veces, el mismo talento de Macaulay.

No obstante, y ya confesada la alteza de mi respeto para tan notable crítico, quiero hacer franqueza de la incredulidad, y no aclaro con otra palabra el concepto

con que le escucho constantemente su prédica en pro de una resurrección, con dominio universal, como antaño, del espíritu greco-latino, que tan inmortales obras dió al mundo, allá cuando Dios quería.

Es de creer que en este apostolado de Angelo de Gubernatis haya más generosidad de corazón que convicción intelectual. Surge en el propagandista del ideal latino un poeta que sueña, disimulando la ironía del crítico convencido.

Habían quedado las nuestras por vasallas de las literaturas del Norte. Ni siquiera les podíamos discutir esa universal supremacía. Taine había proclamado á los poetas ingleses como los mejores en las letras contemporáneas, así como Marchand recababa cetro y corona también para los líricos austriacos; Brandes ungía por primeros maestros en el teatro á los dramaturgos noruegos, con Ibsen á la cabeza, y Melchor de Vogué reconocía la inmensa superioridad de la novela eslava sobre el decadente arte de novelar que hoy ponen en uso los latinos.

Lo que hay es que se siente odio, en nuestros países de acá, contra el pensamiento conquistador que viene de arriba, desde las regiones de las nieves.

No gustan de filosofías los buenos meridionales. Las ideas no arraigan bien en cerebros latinos, y se contentan con ociosear en aventuras como las de *Tartarin*.

El arte y la filosofía de los hombres del Norte, en las que parece se llama á la vida á una humanidad nueva, que intentan revolucionar los espíritus, marcándoles una orientación hacia más grandes destinos, no puede conseguirse que prendan en el alma latina; alma de artista, es verdad, que sueña, que idealiza, mística con misticismo que mira á los cielos, pero sin calor humano, sin intentar siquiera vivir en la tierra.

Nosotros somos los decadentes, los que van á morir, y, sin embargo, tenemos la osadía de saludar burlonamente al César.

No vienen ahora los «bárbaros» del Norte en irrupción de hordas, en un nuevo diluvio de sangre, agostando todo al paso bajo los cascos del caballo de Atila, como en los siglos medios llegaron á los países del sol los pueblos salvajes de las riberas del Carpio, ni quieren tampoco realizar la conquista á golpe de lanza y en embestidas formidables. Malos fueron los furros con que vencieron las últimas energías del imperio en ruinas, pero los estragos de la guerra y el despotismo de los opresores es necesario confesar que fueron providencialmente salvadores. Sobre los principios del *jus romano* se desarrolló la moral de los códigos visigóticos; frente al unitarismo imperial que coartaba toda vida amplia y generosa, se alzaron las nacionalidades, y dentro de éstas el feudalismo con sus fraccionamientos y sus autonomías, concediendo fueros y libertades.

Llegaron también los días en que volviesen de nuevo los «bárbaros» á salvar estas naciones decadentes en sus postrimerías. Pero, ya no son los tártaros, alanos ni hunos, los que llegan al galope en sus caballos de guerra, ni vienen en són de conquista por la fuerza. Son los pensadores, los artistas, los apóstoles del nuevo evangelio humano, los que llegan con voces piadosas llamando los hombres á la paz. Nos traen ideas de mejoramiento social, de verdadera redención que al fin ha de triunfar, á pesar de la befa, contra todas las burlas. El alma estéril ya de los latinos necesita del vigor de las otras razas para fecundarse, crear y vivir.

Poco importa que se cierren las puertas á la invasión, ni que se establezca el rigor en las fronteras. Las ideas corren, llaman á los espíritus con requerimientos de amor que es imposible desoir, y una vez dentro, ellas son las que impulsan la vida.

¿Qué resistencia á esa invasión, que arrastra con ímpetu de corriente desbordada, vamos á oponer los latinos? ¡Lo viejo! Glorioso, sin duda, pero ajeno á

la renovación de sangría, necesariamente ha perdido todo vigor saludable y toda belleza de juventud.

Es ley que los fuertes triunfen. La historia no se escribe; se vive. En ella busquemos hechos de hombres, no canciones de poetas. Cuando llega el momento álgido de las batallas, de nada sirve la música de los batallones, ni aun la misma bandera desplegada y tremolando á los vientos.

Para dirigir los pueblos á la conquista de sus destinos es necesario pensadores, nunca poetas.

Las ideas sembradas arraigan, fecundan el alma de las multitudes. El lirismo es simiente estéril, vano ruido de aguas que se despeñan al mar, sin empapar la tierra.

Á veces hasta debe bendecirse el látigo del conquistador en pueblos y razas envilecidos.

Nosotros, los latinos, con Angelo de Gubernatis en Italia y con Hannotaux en Francia, escupimos ahora á teutónicos, sajones y eslavos, algo así como un desprecio. ¡Que retoñe y reine el espíritu de los latinos! ¡que obtenga la primacía en el mundo el arte de nuestras gentes!

Francia, madre hoy de los latinos, cansóse un día de las novelas sentimentales de Lamartine y del romanticismo con ribetes sociológicos de Víctor Hugo, y trájose para asolearlas en las tierras del Mediodía latino, cerca de la Provenza cálida de Mistral y de Daudet, todo el arte eslavo aherrojado bajo el poder de la majestad imperial.

De ese modo llegaron á dominar universalmente Tourgueneff y Tolstoy, infundiendo un espíritu nuevo, saludable y fuerte, á la literatura latina en decadencia. Pero, bien pronto la rebeldía, más bien la reacción se impuso, y nuestro arte, vigoroso en Zola, ha caído en un refinamiento bizantino, en una pobreza de sangre que sólo ha dado las exóticas narraciones de Pierre Loti y las sensuales páginas de Prevost, dolientes con fatigas de placer.

Si al fin se consigue desterrar en los países latinos la novela extranjera, no acierto qué escritores de los nuestros podrán hacer la sustitución en ventajosa competencia. En esa moderna liza de caballeros en plaza ¿quién será el vencedor? Repaso los nombres de los novelistas más prestigiosos en Francia, muerto ya Zola, único entre los grandes como escritor de creación y de combate, y no encuentro una gran figura, ni en Bourget, ni en Mirbeau, que pueda hacer sombra á la gigantea personalidad de Tolstoy, no sólo como pensador, sino como inimitable artista. No pedirán tampoco el primer puesto los novelistas italianos, aunque me parecen superiores á los franceses de hoy. Ni Fogazzaro, ni Matilde Serao, de mérito sobresaliente; ni Grazia Deledda, que revela una gran personalidad en sus comienzos; ni Luigi Capuana, ya más mediocre, á mi entender como narrador y como colorista, buen crítico y pensador, no obstante, son los creadores de esa novela superior á la de los eslavos y aun á la de los ingleses. ¿Será España? ¿Será Portugal?

Creo que no, aunque puede que nos asista mejor derecho, pero para esta aventura noto que no se nos ha tenido en cuenta.

No para aquí el movimiento de defensa contra la invasión de los septentrionales. Donde más dominan éstos es en el teatro, y de la escena es necesario también barrer su arte.

Jean Richepin, el poeta de las blasfemias, y Serge Basset, un crítico mediocre, vuelven de nuevo á soñar, como el viejo Sarcey, con el enseñoramiento de la escena por parte del teatro latino. Nos han traído, no hace mucho la buena nueva... ¡*Excelsior!* debíamos decir, al parecer, como el héroe de Longfellow.

«¿Tocará á su fin, exclama uno de esos escritores, el reinado tan célebre de Ibsen y de Bjørnstjerne Bjørnson?...» Todo pasa, es verdad, y para las modas, más que para otras cosas, se dijo el famoso *sit*

transit gloria mundi. Mas, no creáis, porque las modas en el arte pasan, pero la evolución literaria no es reprimible en sus orientaciones nuevas para las ideas y con su cambio doides en las formas.

Cansados también algún tiempo de los efectismos escénicos de Sardou y las moralistas homilías en diálogo de Dumas, necesitóse en Francia recurrir á los dramaturgos del Norte en busca de otro ambiente más sano, de un completo teatro de ideas. Y vinieron entonces Ibsen y Bjørnson desde su país escandinavo, y más tarde Tolstoy desde los confines de la estepa rusa, con espíritu, hostigando la revolución del pensamiento.

Pero ya comienza la reacción contra ellos; se les quiere expulsar á viva fuerza. ¿Para qué? Sin duda para que imperen el lirismo gárrulo de Rostand, y las creaciones de Riviere y de Bouchoir, místicas con misticismo á la moderna.

Trátase, según afirman, y el mismo Angelo De Gubernatis lo ha proclamado alguna vez, de dar la batalla á la filosofía y las brumas en pro de la poesía y la luz. No está bien comprendido en Francia ese teatro nebuloso de los noruegos, y se impone la restauración del propio, vivo y dramático, lleno de sol. Es necesario renovar, por lo visto, las tendencias en la escena, y dejando á un lado la lucha de ideas, que tiene originalidad y grandeza, volver al conflicto de pasiones, estéril ya como seno de madre fecunda.

Pero ¿no hay belleza en las ideas? Dígalo Platón y repítalo Kant. Yo creo que encierra más intensidad dramática el temblor de un alma clavada á la cruz de una idea que el sacudimiento de los nervios violentados por una pasión en delirio. Dentro vibra ésta; pero, surco, rastro, sólo los dejan las ideas.

¿Será que como somos una raza de soñadores, de poetas, no comprendemos á los filósofos, ni podremos llegar nunca á pensar? Nuestro cielo, azul, alto y sereno, nos hace derramar el espíritu fuera de nosotros

y por impulso inconsciente somos místicos, mientras que los pueblos de los países del Norte, envueltos en la bruma, solitarios de alma, que no pueden romper las nieblas para ver más allá, reconcentran su espíritu, viven vida interior. Sienten la necesidad de pensar, y son filósofos; sondean su alma, y al encontrar una corriente de sentimiento la convierten en poesía subjetiva, y son líricos.

¿Con qué vamos á sustituir el teatro de ideas? ¿Puede renunciarse á esa orientación del arte escénico, á ese movimiento evolutivo de la estética contemporánea, que ha cambiado totalmente el ideal en las letras?

¡No más símbolos! ¡basta de abstracciones! ¡no más representaciones de ideas! ha tiempo se viene gritando por los rutinarios. Queremos, añaden, acción, vida pasional, caracteres benéficos ó maléficos, como los dividía Taine, pero caracteres al fin, hombres de carne y hueso, movidos por la pasión y el instinto, como para el teatro naturalista pedía, defendiendo su credo literario Zola.

No hemos caído en la cuenta de que Ibsen no representa una moda pasajera, sino toda una escuela de estética, un verdadero impulso en la evolución del arte, que es de todo punto imposible contener y que, dado el paso en el camino del ideal, aunque un caso de atavismo en el gusto, algo así como la resistencia que el hierro viejo, enmohecido y con orín, opone á la lima, se empeñarán en declarar la crisis, y sobre todo provocarán la incertidumbre entre el progreso y la reacción, es claro que triunfaría la nueva tendencia, quizás más humana, sin duda más sociológica, y en todo caso más altruista y más espiritual.

¿No es Ibsen el que se va, si eso se consigue. Es toda una literatura y toda una crítica.

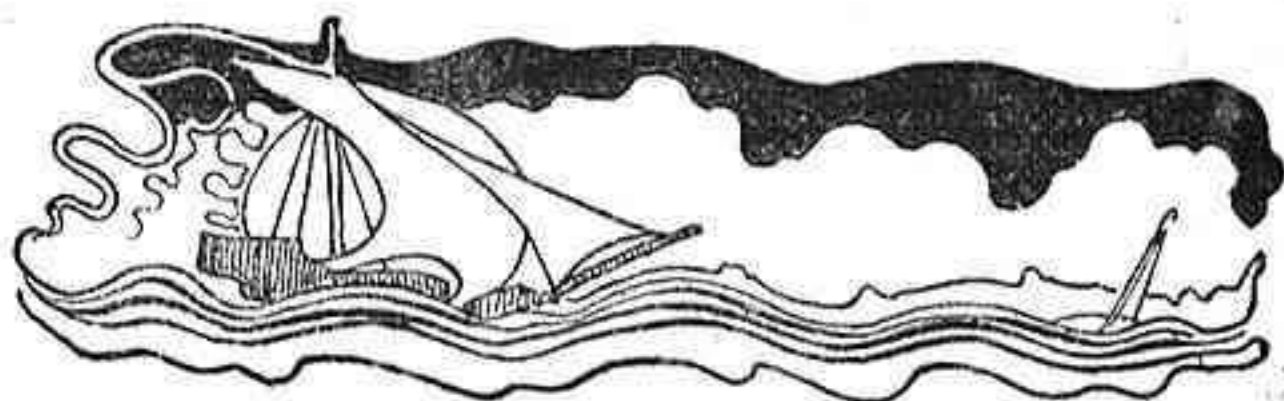
Tras el teatro de ideas y tras los símbolos de la dramaturgia escandinava, que encarna Ibsen y continúa Bjørnson, prolongándose en los dramas de

Strindberg, ha venido el teatro del «nuevo evangelio humano» en Tolstoy; la escena universal se ha remozado con las luchas de los sentimientos y de las ideas en el fondo del espíritu, apenas transparentadas, pero desoladamente trágicas, que hacen estremecer el alma del público con piedad y con angustia ante las obras de Sudermann y Hauptman; viene después la labor extraña y compleja de Maeterlinck que encuentra el *sentido del misterio*, el miedo de lo vago, de lo inconsciente, el terror á lo que no se conoce, un arte raro que en *La intrusa* y en *Los ciegos* ni siquiera nos roza levemente los nervios, pero nos escalofría espiritualmente.

Bien está que Angelo De Gubernatis predique un nuevo renacimiento heleno-latino. Lo que falta es hacer un arte grande, y lleve el alma de raza que quiera.

Me da pena la fatiga y el asco con que estos latinos reniegan de las ideas y de las brumas del Norte, sabiendo que aún no ha terminado el período de su máximo esplendor en el arte universal. ¡Sí, por allá hasta son de seis meses los días!...

Me hacen el efecto del pobre *Oswald*, en el drama de Ibsen, que en la agonía dice como sediento: *¡madre, dame el sol!*






GLOSARIO DEL MES

ANIVERSARIO DE HELIOS. Ha cumplido un año. Nació en primavera y parece que no quiere negar las rosas de su cuna. Ha dado algunos buenos pasos, ha tropezado, ha caído, se ha vuelto á levantar... Todo, claro está, con cierta gallardía. Y á los doce meses de nacer, se encuentra con que es un niño; está rosa, está sonriente, tiene los cabellos de oro. Resistió sus nodrizas... y algún ayo—aunque prematuramente.—Cuando esos cuadrúpedos negros han querido asustarlo sonoramente, los ha despedido á flores. Anduvo siempre entre jardines; despreció el cieno de la tierra... Ha cantado bien, ha reído discretamente, ha llorado sobre toda la blancura marchita de la vida.

Si pasáis las hojas de este libro de un año, hallaréis sólo fragancia; está por todas partes florido de bellas flores, de madrigales á ojos de mujer, de amoríos sentimentales, y, en el verano, de alguna que otra amapola;—no hay quien se liberte de la tiranía del sol.—

Su palabra ha sido suave; ha sido una palabrería de estrellas y de rosas. Y si este niño ha herido alguna vez, ha puesto una flor sobre la herida, ó su puñal ha sido un lirio.

Como sólo tiene doce meses, aun le queda juventud. Hay alguien que está dispuesto á matarlo cuando cumpla veinte años.

 Como estamos de aniversario primaveral, queremos hacer un glosario florido y todo lo alegre posible... Pues abril está celeste, rosa y oro, luzcamos sobre el corazón nuestra seda de fiesta. Abril. El huerto de esas monjitas blancas, despierta lleno de brotes tiernos y carnales; es de un verdor naciente y como blanco de escarcha; es fresco, es siempre matinal, está siempre dispuesto á darnos los buenos días... Y los jardines... oh! los jardines... ¿Qué novia de Andalucía ha dado á los árboles la frescura-en-rosa de su cuerpo desnudo? Porque los árboles han hablado hace poco al oído de una novia risueña; aun tienen abiertas sus flores...

Sin embargo, no sé por qué, he conocido que la vida lleva un abril más. Esta mañana he visto que las flores tenían como hilos de plata, una ceniza de nieve sobre los cálices en rosa temprano y en malva. Tal vez son cosas del alma y del cielo. Abriendo bien los ojos y sacudiendo telaraña en flor de los sueños, la vida está bastante bella. El cielo es de un azul de España, azulmente romántico, favorable para nuestra gitanería de primavera; y la tierra contesta al cielo azul con requiebros de rosas, que los poetas tienen la osadía de arrancar para sus primeras novias.

Esta mañana ha llamado á mi balcón una brisa de quince años... Tendré que acudir á la invitación de la primavera. Por eso traigo sobre el corazón mi banda de rosa y de oro, abril.

Lo demás es sentimentalismo. En los puestos de flores hay aroma de claveles, de mujeres que se llaman Carmen, que se llaman María, que se llaman Pilar, que se llaman Dolores. Y entre la fragancia carnal de los claveles regados y las miradas floridas de las mujeres jóvenes, sentimos que el corazón es rojo y amarillo—lejos el patriotismo—y hablamos una lengua rica y fervorosa, cuyas palabras terminan en ía, en ín, en egio, en isa, con acentos fuertes y música alborotadora. Es la oposición de la carne al gesto melancólico del alma, á la mente en gris, al dejo de llanto y al aire de abandono. Y entonces vienen los madrigales que abren rosas sangrientas á los ojos negros y que tienen en su rima galante consonancias carnales.

¿Recuerdas todavía, corazón, los nardos que prendiste en su vestido negro, aquella tarde violetamente romántica? Ella tenía los ojos azules...

MARÍA del Rocío, ¿vienes conmigo á la pradera?

En las mañanas de abril, cuando las alondras han dejado su estela de trinos en el aire celeste, un olor á hierba y á rosas viene del suelo verde-en-flor; un olor que se pudiera decir claro, como una seda rosa, como un raso malva; un olor á virgen, á niña, á alba, á nido. Hay rocío entre la hierba de verdores pálidos, enternecidos por la blancura estrellada de las margaritas... Y se siente un deseo alegre y juvenil de pacer margaritas y hojas de rosa silvestre... Por eso he llamado á María del Rocío. Le gusta tanto comer rosas...

—María del Rocío, ¿vienes conmigo á la pradera?

Y esta noche, el cielo ha querido llorar sobre las flores. Pero le ha resultado un llanto de primavera...

Mirad bien: estamos bajo los árboles engalanados ya con su pompa de abril. El cielo es negro; y sobre el cielo, los primeros verdores son de un oro ensortijado y como de encaje, en la galanura pomposa y enloquecedora de su florecimiento. Y este oro, cuando la lluvia ha caído, tiembla al paso del aire cual una diamantería irisada y fantástica. Además, el agua olía bien. Era una lluvia que refrescaba la frente y entreabría los ojos á las rosas.

Por lo tanto, las lágrimas del cielo han sido lágrimas de alegría... Mañana, cuando la alborada pase sobre el mundo con su aura despertadora de lirios, la tierra mojada le dará los buenos días de la alondra en besos de agua fragante, del agua buena, del agua santa que ha estado dormida en tallos de hierba y en hojas de rosa.

ESTE Abril nos festeja con todas las risas de una primavera ideal. La primer semana fué la semana de Pascua florida. El cielo es cristal y el aire tibieza; van los niños vestidos de blanco, y de gris las mujeres; en los jardines ha florecido el árbol del amor; en el cementerio los ladrillos de las sepulturas han saltado hechos trizas al empuje de la hierba florida; pero ¡ay de mí! el rey va á Barcelona y la prensa, en lugar de ocuparse de las flores que nacen, se ocupa del catalanismo, que, según dicen, se está muriendo; Madrid y Barcelona se tirotean mutuamente en papeles infames; en Valencia andan á tiros en las procesiones; á Maura le han dado una puñalada; en el español estrena una comedia Linares Astray... y yo pienso: ¿Qué nos ha hecho la primavera para que de tal modo profanemos sus horas azules y fragantes?

MURIÓ Isabel II. Y dicen los periódicos: París se dispone á tributar á la muerta grandes honores de soberana y será norma de ellos lo que se hizo á la muerte del emperador Pedro II del Brasil. Humorismos del régimen. El gorro frigio ampara las cenizas de los reyes que no tienen corona, y la fiera república enfila sus soldados para honrar el entierro de los muertos que fueron reyes, ¡Oh, Francia, la ceremoniosa, la siempre versallesca, la amiga eterna de pompas cortesanas! Tu frívolo espíritu, mal avenido con la austeridad que trajeron los tiempos á tu vida política, añora acaso majestades para tu trono vacío y va clarineando marchas reales á la muerte de las majestades que perdieron su trono. Siempre serás—como si por ventura fueses mujer—rebelde y poeta; y por eso te amamos los poetas, rebeldes como tú.

Yo soy maurista—aunque republicano—sencillamente porque creo que Maura es el menos malo de los males que en el gobierno de nuestra triste España pueden sobrevenir. Y luego porque Maura me inspira cierta admiración supersticiosa por la persistencia de su buena suerte. Es como una mascota política á cuyo paso las nubes mas henchidas de conflictos se desvanecen en rocío; pero rocío que cae con pompa de tempestad y le cubre de fáciles glorias. Maura hace unas elecciones; gánanlas los republicanos; conflicto gordo, nube negra: más los republicanos van á las cortes, vociferan, se agitan... y resulta que quien perdió las elecciones fué la república. Maura nombra un obispo, el país cree que ha encumbrado á un traidor á la patria; tumulto nuevo, nuevo conflicto... y nuevo rocío. Maura va á Cataluña en busca de una silba y se encuentra con una puñalada ¡conflicto—tragedia!; pero no, el uniforme está enguatado, tiene bordados de oro, la anarquía se estrella en su pecho contra los símbolos del poder; la prensa su

enemiga le aclama, el pueblo se conmueve... Maura sonríe y España acaso piensa: ¿Por qué no seré yo tan afortunada como este hombre? Y acaso también repite la copla gitana:

¿No hay quien me pegue un tiritito
en mitá del corazón?

ENTRE las flores de este claro día de primavera, ha resonado la armonía de plata de una voz latina, de una palabra que sale al encuentro del sol...—Por el fondo de la avenida, lentamente, viene un hombre hablando con el agua de las fuentes. Lo ha anunciado su mismo lenguaje, bello como las rosas. Es Don Emilio Castelar.

Y Don Emilio Castelar ha encantado un momento el jardín, dejando en él como una fragante estela estrellada. Y ha pasado...

Entonces, cuando todo en el jardín era música de primavera, han salido al encuentro del poeta cinco distinguidos señores, lira en mano: tres eran envíos de la Real Academia de la Lengua; los otros dos pudieran serlo también. Y estos señores han dicho al poeta de palabra de rosa:

El primero: Tu voz, cuyo recuerdo aun nos admira...

el segundo: coloso—con tu genio portentoso...

el tercero: insigne español...

el cuarto: genio que aun el mundo—detiéndose á escuchar...

y el quinto: Si: levantad perpetuo monumento

donde quede perenne la memoria

que de él guarda la patria, á cuya gloria

consagró su virtud y su talento.

Funde en bronce su imagen, noble España... etc.

Don Emilio Castelar los ha mirado lleno de asombro. Luego les ha vuelto la espalda y ha seguido hablando con el agua de las fuentes...

Alguien dijo después que estos cinco señores eran algo así como una representación de la poesía española contemporánea. Y hasta las rosas se echaron á reír...

INFORMACION LITERARIA

Dr. R. Barrio

LA TRISTEZA ANDALUZA

• • • • • UN POETA

HABÉIS oído á un «cantaor»? Si lo habéis oído os recordaré esa voz larga y gimiente, esa cara rapada y seria, esa mano que mueve el bastón para llevar el compás. Parece que el hombre se está muriendo, parece que se va á acabar, parece que se acabó. A mí me ha conturbado tal gemido de otro mundo, tal hilo de alma, cosa de armonía enferma, copla llena de rota música que no se sabe con qué afanes va á hundirse en los abismos del espacio. El cantaor, aeda de estas tierras extrañas ha recogido el alma triste de la España mora y la echa por la boca en quejidos, en largos ayes, en lamentos desesperados de pasión. Más que una pena personal es una pena nacional la que estos hombres van gimiendo al son de las históricas guitarras. Son cosas antiguas, son cosas melodiosas ó furiosas de palacios de árabes... He oído á Juan Breva, el cantador de más renombre, el que acompañó en sus juergas al rey alegre D. Alfonso XII. Juan Breva aulla ó se queja, lobo ó pájaro de amor, dejando entrever todo el pasado de estas regiones asoleadas, toda la morería, toda la inmensa tristeza que hay en la tierra andaluza; tristeza del suelo fatigado de las llamas solares, tristeza de las melancólicas hembras de grandes ojos, tristeza especial de los mismos cantos, pues no se puede escuchar uno que no diga muerte, cuchillada, luto, virgen penosa, ó nota crepuscular. A la orilla

del mar he oído cantar á un mozo pescador que descansaba junto á una barca; y su canción era tan triste, tan amarga como las coplas de Juan Breva. Cantan lo mismo las muchachas frescas, rosadas de vida, que ponen claveles en las ventanas y que tienen un novio. Porque así es aquí la vida y el amor, todo lo contrario de lo que piensan los que sólo han visto una Andalucía á la francesa, de Exposición Universal ó de caja de pasas. En verdad os digo que este es el reino del desconsuelo y de la muerte. El amor popular es inquieto y fatal. La mujer ama con ardor y con miedo. Sabe que si engaña al novio, le partirá el pecho ó el vientre de un navajazo. «Una puñalaita.» Hace algún tiempo, en un florido patio malagueño se celebraba una fiesta, y cierta gallarda moza se puso á cantar. Cantaba maravillosamente. De pronto gimió una copla que dice en dos de sus versos:

¿No hay quien me pegue un tiritito
en medio del corazón?

Un loco, ó un enamorado novio, estaba allí, y sacó una pistola, y le pegó el tiro, en medio del corazón. Estos salvajes amorosos son así. Antaño no habría sido pistola sino gumía. Todos los poetas de estas regiones son dolorosos y excesivos, fatalistas, ó violentos. Todos son amados del Sol. Todos no: he aquí uno amado de la Luna...

En uno de estos crepúsculos de invierno, en que el Mediterráneo ensaya un aspecto gris que borrará la aurora del siguiente día, he comenzado á leer el libro de un poeta nuevo de tierra andaluza, el cual acaba de aparecer y es ya el más sutil y exquisito de todos los portaliras españoles. Al hojear su libro «Arias tristes» lo juzgaríais de un poeta extranjero. Fijáos más; es un poeta completamente de su tierra, como su nombre. Se llama Juan, como el Arcipreste, y Jimé-

nez, como el Cardenal. Surge en momentos en que á su país comienzan á llegar ráfagas de afuera, sobre más de una parte derrumbada de la antigua muralla chinesca que construyó la intransigencia y amacizó el exagerado y falso orgullo nacional. Quiero decir que llega á tiempo para el triunfo de su esfuerzo. Como todo jóven poeta de fines del siglo xix y comienzos del xx, ha puesto el oído atento á la siringa francesa de Verlaine. Más, lejos del desdoro de la imitación y ajeno á la indigencia del calco, ha aprendido á ser él mismo—*être soi même*—y dice su alma en versos sencillos como lirios y musicales como aguas de fuente. Este poeta está enfermo, vive en un sanatorio, allá en Madrid. Así en su poesía no busquéis salud gozosa ni rosas de risa. Cuando más, á veces, una sonrisa, una sonrisa de convaleciente:

Convalescente di squisiti mali...

pero en la cual se insinúa uno de los más grandes misterios de la vida. Cuando Camille Mauclair, el crítico meditativo del «Arte en silencio» se complacía en escribir versos, colocó un volumen de verbales sonotinas de otoño bajo la invocación de Schumann; Jiménez tiene como patrono de su libro musical y melancólico, al melodioso Schubert. Antes de cada división de sus poemas, aparecen, á manera de introducción, las notas de «El elogio de las lágrimas», de la «Serenata», de «Tu eres la paz». Se penetra así á la influencia de la música, á uno como parque de dulzura y de pena en donde, al amor de la luna, un alma dice, como el ruiseñor, sus arias crepusculares ó nocturnas. Nunca como ahora se ha cumplido el precepto de Pauvre Lelian: *De la musique avant toute chose...* Ya antes dijo el celeste Shakespeare:

The man that hath no music in himself,
 Nor is not mov'd with concord of sweet sounds, §
 Is fit for treasons, stratagems, and spoils,
 The motions of his spirit are dull as night,
 And his affections dark as Erebus...

Conozco de esos seres. Y veo, en cambio, á través de esta poesía de sinceridad y de reserva á un tiempo mismo, la transparencia de un espíritu fino como un diamante y deliciosamente sensitivo. He aquí un lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine, y que permanece no solamente español sino andaluz, andaluz de la triste Andalucía. Es de los que cantan la verdad de su existencia y claman el secreto de su ilusión, adornando su poesía con flores de su jardín interior, lejos de la especulación «literaria» y del mundo del arribismo intelectual. Su cultura le universaliza, su vocabulario es el de la aristocracia artística de todas partes, pero la expresión y el fondo son suyos como el perfume de su tierra y el ritmo de su sangre.

Desde Becquer no se ha escuchado en este ambiente un son de arpa, un eco de mandolina, más personal, más individual. Pudiendo ser obscuro y complicado es cristalino y casi ingenuo. Se diría que tiene timideces de orfandad, como el Maestro,—*¡priez pour le pauvre Gaspard!*—si no se viesen brillar, á la luz de la luna, las espuelas de oro de sus pies de príncipe que estimulan los bríos de un pegaso joven y ardiente cuyas crines están húmedas de rocío matinal.—El poeta dice, como la Ifigenia de Moreas: «Es dulce el sol», pero sus ansias y sus visiones están alumbradas por el *clair de lune*. Y hay allí en esos versos admirables y exquisitos, las mismas visiones y las mismas ansias que en las coplas populares que cantan las mozas enamoradas y los sonoros y aullantes cantaores. Allí está la irremediable obsesión de la muerte, de la podredumbre sepulcral, de los corazones partidos, de la tristeza matadora. Solo que el artista tiene una cultura europea, y si no fuese su «acento» mental no se le conocería el origen y la patria y sus arias podrían ser lieder germánicos, ó sonatinas parisienses que acompañaría la música de Debussy. Hay un olor á violetas. Hay paisajes entrevistos como por una ventana, cielos y campos de viñeta. Hay una gran castidad poeana, á pesar de los

gritos de la vida; hay valles que tienen un ensueño y un corazón:

El valle tiene un ensueño
y un corazón, sueña y sabe
dar con su sueño un son triste
de flautas y de cantares;

hay flautas pánicas, dulces flautas campesinas. Deliciosos romances:

Rio encantado; las ramas
soñolientas de los sauces,
en los remansos dormidos
besan los claros cristales.

Y el cielo es plácido y dulce,
un cielo bajo y flotante,
que con su bruma de plata
va acariciando los árboles.

Ese romance suena á la música del divino Góngora, y para nosotros, los americanos, á la música de un rimador de encantos y de tristezas, de un adorable orfeo cubano. Esas notas las hemos oído en las cuerdas que acariciaba la mano de Zenea.

Oíd á Jiménez:

Llora el ángelus de otoño
la campana de la iglesia,
un ángelus mustio, muerto
entre la lluvia y la niebla.

Recordad á Zenea:

Baja Arturo al occidente
Bañado en púrpura regia
Y al soplar el manso alisio
Las eolias arpas suenan...

En todo el libro de Jiménez hay una, diríase sonrisa psíquica, llena de la suavidad melancólica que da el anhelo de lo imposible, antigua enfermedad de soñador. Los que hablan de un arte enfermo juzgo que se equivocan. No hay arte enfermo, hay artistas enfermos; y en las almas es como en la naturaleza. Hay maneras de expresión que da el oscuro destino. Los an-

tiguos no andaban errados cuando hablaban de la influencia de los astros. Hay maneras de expresión que da el obscuro destino, y no exijáis á una pálida flor de lis que tenga los colores violentos de una rosa roja, ni modestia á la cola del pavo real, ni un solo de rruiseñor al papagayo. El poeta nace, sí; todas las cosas naturales nacen; lo que no nace es lo artificial. Así, no penséis en que Francis Jammes ó Juan R. Jiménez, harían mejor en pensar en el porvenir político de sus respectivas naciones, que en decir los sentimientos que brotan al calor apacible de sus dulces musas. No seas alegre, poeta, que naciste absolutamente amado de la tristeza, por tu tierra, por la morena y amadora y triste Andalucía; y porque tu sino te ha puesto al nacer un rayo lunático y visionario dentro del cerebro.

Hay en este libro vagas reminiscencias literarias, por ahí pasa por un momento un enlutado misterioso; semejante al de la estrofa mussetiana, el enlutado «qui me ressemble comme un frère»; suena uno que otro acorde de fiesta galante,—íntima, sin decoración ni preciosismo;—y se alzan bajo la claridad lunar, los chorros de agua de Lelian, «sveltes parmi les marbres.» Y Febe, aquí, allá, más allá, siempre:

Las noches de luna tienea
una lumbre de azucena,
que inunda de paz el alma
y de ensueño la tristeza.

Yo no sé que hay en la luna
que tanto calma y consuela,
que da unos besos tan dulces
á las almas que la besan.

Si hubiera siempre una luna,
una luna blanca y buena,
triste lágrima del cielo
temblando sobre la tierra,
los corazones que saben
por qué las flores se secan,
mirando siempre la luna
se morirían de pena.

Mi jardín tiene una fuente
 y la fuente una quimera
 y la quimera un amante
 que se muere de tristeza.

Hay de cuando en cuando, entre los sedosos romances, estrofas que hacen vibrar sus consonantes de armónica, sus acordes de ocarina. Lo preciso se junta á lo indeciso. Y el amor del astro en todos los siglos misterioso lo melancoliza todo. El poeta explicará su atracción: «Libro monótono, lleno de luna y de tristeza. Si no existiera la luna, no sé que sería de los soñadores, pues de tal modo entra el rayo de luna en el alma triste, que, aunque la apena más, la inunda de consuelo: un consuelo lleno de lágrimas, como la luna. Los que os hayáis estremecido bajo las estrellas, oyendo venir en la brisa la sonata de un piano, sintiendo qué pobre es la vida entre la noche y ante la muerte, dejad caer la mirada sobre estas rimas iguales, de un mismo color, sin otros matices que los que en la noche surgen confusamente de los macizos del jardín, allá donde están las flores casi ahogadas en la negrura. Y soñad conmigo con las visiones blancas de siempre y con los poetas muertos—Enrique Heine, Gustavo Becquer, Paul Verlaine, Alfredo de Musset;—y lloremos juntos por nosotros y por todos los que nunca lloran». Mirad con simpatía esa juventud que en estos impudentes tiempos, tiene el franco valor de las lágrimas: *Lacrimabiliter*. Juzgad que ha elegido bien el patronato de Schubert. «Llave de plata de la fuente de las lágrimas», dice Shelley de la música. El poeta nuevo toca esa llave y hace caer el agua de la fuente, una vez más. Así, Andalucía, entre todos los tocadores de guitarra y de pandereta, entre todos los que hacen literatura alegre con tu color y tu exuberancia, te ha nacido un sonador de viola, de arpa, que sabe contar noble y deliciosamente, á la sordina, la recóndita nostalgia, la melancolía que llevas en el fondo de tu pecho. En tu copioso y fuertemente perfumado jardín lleno de

claveles, ha abierto sus pétalos armoniosos una rosa de plata pálida espolvoreada de azur. Y yo tengo fe en la vida y en el porvenir. Quizá pronto, una nueva aurora pondrá un poco de su color de rosa en esa flor de poesía nostálgica. Y al ruiseñor que canta por la noche al hechizo de la luna, sucederá una alondra matutina que se embriague de sol.

RUBEN DARÍO.

¡ Málaga, Febrero, 1904.

X

• • APRENDIZAJE (1)

PERO antes de que ambas partes convinieran en lo esencial, se presentó inopinadamente una grave dificultad, con la que el señor Antonino no contaba. Vivía, como ya dijimos, con su hermana mayor, Verónica, á quien una vecina de las que todo lo saben, por ser grandemente corretonas, le refirió el haber visto entrar en el café de Correos á su hermano, doña Eusebia y la Jenarilla. ¿Qué significaba aquel convite tan desusado en las costumbres de un hombre ahorrativo como Antonino?

A la hora de comer cerró la puerta Verónica y trató de indagar la verdad del cuento que corría por la vecindad. Sorprendido el memorialista por aquel interrogatorio, confesó que había algo de muy posible y hacedero, andando el tiempo, en la tal suposición, y que desde luego pensaba háberselo indicado á ella antes que á nadie, en el momento en que el asunto se formalizase.

—¡Ah! ¿Con que era verdad? ¿Con que tú?... Pues mira, si tenías intención de dar ese paso, debiste prevenirme con tiempo, con mucho tiempo. ¡Vaya una salida de pífano! Por supuesto que á mí no me extraña, porque andan por ahí sueltas cada culiparda en busca de un tonto que las saque de penas...

Todo esto fué dicho acaloradamente de una tirada, sin tomar aliento, y debió sonar en los oídos del hermano á manera de una descarga. Éste repuso á su vez algo sofocadillo:

—Mujer, no digas disparates. Si sabré yo lo que me hago. Sé razonable y comprende que un hombre...

—Vamos, á tus años, y con una chiquilla que aún debe tener la leche en los labios. Por lo que dicen, porque yo, á Dios gracias, no la conozco.

—Pues si la conocieras no hablarías así.

—No, si lo comprendo; tú estás ya engatusado. Corriente: no me meto donde no me llaman; pero has de saber para

(1) Este es el título de la última novela de D. José M. Matheu. En el próximo número publicaremos un juicio crítico sobre ella. Hoy reproducimos uno de sus bellos capítulos como homenaje al talento de este muy notable novelista.

tu gobierno que si esa mujer entra aquí por una puerta, yo me salgo por la otra.

—Algún motivo tendrás para obrar de ese modo.

Ninguno.

—Pero, mujer, sé razonable. Mi compromiso no es tan grande que no pueda aprovechar cualquiera advertencia... ¿Qué tienes que decir de ellas?

—Nada, yo nada—repitió la hermana—, pues hasta aquel momento no había razonado el motivo fundamental de su oposición, ni sabía ningún hecho grave que afeara el buen nombre y la honra de las que iban á formar parte de su familia. Su repentina aversión contra las intrusas nacía de un cierto instinto de mujer feúcha y hombruna que presiente el peligro de una constante comparación entre ella y la agraciada. Enamorada de ésta su hermano como mujer propia que era y señora de la casa, ¿no acabaría por considerársele al fin y al cabo como una simple criada? Además de este temor veía claramente que los ingresos serían iguales, pero no así los gastos, que habrían de subir de una manera alarmante si la muchacha carecía de cálculo, como era de presumir. En esta parte también la hermana, atrozmente interesada, propendía por el ahorro contante, imprescindible, reservado para el día de mañana.

Con los gastos excesivos—pensaba luego ella—, vendrá la tasa del vinillo, que era el *gaudeamus* que repetía con más frecuencia, y entonces ya ¿qué le quedaba?

Viendo, pues, que Verónica se negaba á dar más explicaciones, encendió el señor Antonino su cigarrillo de costumbre y se dirigió á la puerta para bajar á su modesto despacho, covacha, chiribitil ó como quiera llamarse. Bien mirado, semejante contrariedad le colocaba entre la espada y la pared. Por una parte la amenaza de Verónica que, aun con su carácter algo desigual, era una excelente ama de gobierno para su casa; y, por otra, la pérdida de aquella buena proporción, de aquel afecto naciente que pudiera resarcirle de las tristezas y soledades de su pasada vida. Consolábale, sin embargo, la esperanza de aquietar el ánimo perturbado y receloso de su hermana y traerla con buenas razones al convencimiento en que él estaba de ser poco menos que una necesidad aquel temido paso. Buscaba al propio tiempo el verdadero motivo de su oposición y no daba con él. Ya le había asegurado bajo su palabra que nada perdería de sus prerrogativas y de su discreta dirección en el gobierno de la casa. ¿Qué más podía apetecer?

Dos días después de esta declaración hallábase el señor Antonino con la pluma en la mano redactando uno de tantos memoriales de los que se presentaban á la reina, entre la cliente, una antigua encajera que se veía en medianas circunstancias, y doña Eusebia, que algo más retirada, se había sentado á la izquierda de la mesa. A su lado, cuchicheando y riéndose á ratos, estaba su hija Jenara. Terminado el memorial y leído dos veces con sus puntos y comas, pagó la

pobre mujer el precio convenido, ponderando sus penas y la necesidad de recurrir á estos extremos por primera vez en su vida. Confiaba en el buen corazón de la *Señora*, pero tendría que pasar por tantas manos en Palacio antes que llegase á las suyas... Por unos cuantos minutos quedáronse solas hija y madre, y esperaban que el señor Antonino les explicase lo que sucedía con su hermana Verónica. Empezaba á oscurecer y tenía encendido largo rato hacía el quinqué de petróleo, medianísimo petróleo que esparcía por todo el chiribitil un perfume muy poco agradable.

En tal momento se presentó con un mantoncillo de cuadros y pañuelo á la cabeza de color morado, como iba á la plazuela por la mañana, la hermana del señor Antonino. Antes de abrir la boca clavó su vista, que era de lince, en compensación á su ligera falta de oído, en doña Eusebia y en su hija Jenara. Vestían éstas, mantilla como de costumbre, la madre se abrigaba con un mantón negro de lana, reliquia de sus mejores tiempos, mientras la hija se engalanaba con un juboncillo de color de pasa, de faldones largos, como por entonces se usaban. Después de saludarlas con alguna sequedad, dirigióse la hermana al señor Antonino para indicarle que la cena en que habían convenido no podía ser por estar el lomo por las nubes, á un precio escandaloso, y que traía un cuarterón de vaca;—¿qué te parece?, ¿te apetecía otra cosa?—le preguntó Verónica con un tono dulzón y casi humilde, que no era precisamente el que ella gastaba á diario.

Conformándose el hermano con el ofrecido cambio, volvió á saludar y salió del chiribitil á buen paso, muy contenta de haber satisfecho la curiosidad de conocer á aquellas dos perdularias, como las llamaba la vecina que proporcionó la noticia á Verónica. Se ve, pues, que lo de la cena no fué más que un pretexto para entrar á la precisa hora en que solían estar de charla D.^a Eusebia y su hijita. Tenía intención el memorialista de preparar los ánimos de aquéllas por lo que pudiera ocurrir; pero la aparición de Verónica produjo, por lo inesperada, tan grave perturbación en sus ideas, que ya no acertó con la manera más discreta y natural de abordar este difícil problema. «Algún ruido, cavilaba él, me va á traer esta dichosa visita.» D.^a Eusebia, que no era tonta, comprendió que algo pasaba por el buen Antonino, más callado que de ordinario, y apuntó la idea que bullía en la imaginación.

—¿Sabe usted que después de los días que venimos nunca habíamos tenido el gusto de ver á su hermana por este rinconcito?

—Verdad, sí, señora. Mi hermana tiene sus rarezas, y es según le da. A veces se le pasan meses y meses enteros sin que pise este portal.

—Vaya, vaya, con su señora hermanita;—y diciendo esto pensaba para sí la voluminosa viuda:—¿si le habremos caído en gracia á la Sra. Verónica?

Después, á la hora de la cena, no hubo ruido ni nuevo interrogatorio, ni la amena discusión que se temía el señor Antonino. Verónica se reservaba, sin duda, como los diputados más expertos, el reunir todos los datos y antecedentes para iniciar el tremendo y peligroso debate. Y como si esta dificultad no fuera bastante, presentóse en estos días otra no menos grave por las consecuencias económicas que pudiera traer á la familia. En estos diez ó doce años transcurridos, el hijo de su hermana, de quien era padrino, había dado un buen estirón, haciéndose un hombrecillo, y le buscaron una casa para que se colocase bien recomendado. Este muchacho, de nombre Feliciano, educado por sus tíos sin dirección de ninguna clase, viviendo diariamente en el arroyo, codeándose con otros merodeadores de la calle, hubo de adquirir ciertos hábitos de indisciplina y de vagancia, difíciles de desarraigar cuando se medra y vive con ellos desde niño.

Entró de aprendiz en un comercio de ultramarinos en cuanto tuvo la edad suficiente; pero al mes y medio se presentó una noche en su casa diciendo que, á pesar de tanto comestible como allí se vendía, á él lo mataban de hambre. Un amigo de su tío lo recomendó á una sastrería de bastante crédito; pero tardaba tanto en volver de los recados cada vez que iba á llevar alguna prenda, que el maestro se vió en la triste necesidad de despedirlo. Como el chiquillo mostrase alguna afición al dibujo y á hacer palas y trompos de madera, lo llevaron á un taller de ebanistería. Estuvo aquí ocho meses justos, debido, sin duda, á que había dos muchachos de su edad que en cuanto hallaban ocasión se ponían á jugar al toro, á dar volteretas, á saltar por los bancos, haciendo equilibrios, ejercicios gimnásticos y mil diabluras. Cargadísimo y enojado el amo al ver la imposibilidad absoluta de sacar partido de aquellos holgazanotes, ni por buenas ni por malas, los plantó á los tres en la calle en un mismo día. Cuando el tío de Feliciano fué á preguntar la causa de aquella brusca despedida, le contestó resueltamente: «Mire usted, se juntaban aquí tres buenas piezas... Así, será él ebanista como yo obispo.» Por indicación del muchacho se le buscó otro maestro que fuera más tolerante con las chiquilladas propias de la edad. Y al fin, después de rodar por varios talleres de menor cuantía, tropezó con uno que era la suma tolerancia para los oficiales y aprendices, que vivía con algún desorden, pero que no dejaba de ser inteligente y activo cuando quería, por lo cual nunca le faltaba trabajo. Con este raro ejemplar estuvo Feliciano varios meses, cerca de un año. Al cabo llegó á cansarse, sin duda, de ver las mismas caras todos los días, y dió por excusa á su señor tío, muy extrañado de su salida, que el tal maestro era un solemnísimo borrachete, que cada martes y cada jueves tomaba una *papalina* y se olvidaba de pagarles los jornales.

La amistad de un compañero de Feliciano, que era cajista de una imprenta, le hizo variar de oficio. Entró, pues, por

recomendación de este amigo en la misma imprenta para traer y llevar pruebas, cargar papel y otros menesteres por el estilo. En estos dos meses, como mostrara bastante afición, aprendió á componer y á manejar la forma casi con la misma corrección que sus compañeros. Era aquella casa de escaso movimiento y los jornales muy módicos, por lo mismo que no publicaban obras de empeño, de una esmerada tipografía, sino libros baratos de texto y de lectura corriente para las escuelas. Parecíanle á Feliciano que eran demasiadas horas de trabajo y de sujeción para ganar un jornal tan corto. De esto se quejó á su tío y quedaron en avistarse con el Sr. Antonino, que debía tener relaciones, según ellos creían, con la gente de letras. Así es que, cuando se presentaron en la covacha con semejante deducción, quedóse el memorialista asombradísimo:

— Aquí venimos — indicó el tío — porque hemos pensao que usted que escribe tanto y pa tantas personas, había usted de conocer á estos que escriben libros y van á las imprentas. Feliciano decía que pué que no, que no las conociera, pero yo me dije pa mí: pué que sí. Y aquí venimos por esto.

Estimaba y quería el Sr. Antonino á su ahijado y no supo negarse á aquella demanda, como siempre que acudían invocando sus generosos sentimientos. En vez de contestar que no existía relación de ningún género entre uno y otro oficio, le expuso la pobreza de sus medios, aunque sin desesperar por completo:

— Pocos conocimientos tengo con esos impresores, y dispongo de poco tiempo para andar por ahí, como ya sabe Feliciano, pero yo haré lo posible. Ahora, que tú has de cumplir como un hombre, ¿eh?, desde que yo te recomiendo.

— Palabra, sí, señor. Yo sabré cumplir, porque me gusta ese arte. Lo malo es el jornalillo que ganan. Si supiera usted, padrino, las horas que está uno encerrao allí...

— Sí, ya sé. Pero no lo has de mirar por ese lado. Como malos..., todos los oficios son malos. Ocho, nueve, diez horas de trabajo, no hay nadie que te las quite.

— Oiga, padrino, en cuanto yo sea amo, no se trabaja en mi taller más que seis horas y aún sobran dos; ¿para qué más?

Ambos parientes, el tío y el sobrino, soltaron la risa al escuchar tan peregrina proposición lanzada con grave y simpático desenfado. Aquella misma noche después de las nueve, fué el señor Antonino á avistarse con su gran amigo y paisano Manuel Balaca, que conocía á un impresor de los buenos, dueño de una imprenta nueva que se hallaba en la calle de la Flor Baja. Disfrutaba de algún crédito, por ser el amo hombre tan activo y trabajador como amigo de cumplir con la mayor exactitud los compromisos adquiridos. Por lo tanto, verificada á los dos días la consiguiente entrevista, el amigo Balaca y el señor Antonino presentaron al impresor su recomendado, que no dejó de agradarle á pri-

mera vista por su aspecto de muchacho despierto y alegre. Quedó, pues, admitido con iguales condiciones que sus compañeros de trabajo. Aquel mismo sábado por la noche Feliciano subió á ver á su padrino á la hora de cenar.

—¿Y qué tal?—le preguntó éste en seguida.—¿Cómo pinta la cosa? Ya habrás cobrado hoy mismo, porque allí...

—Sí, señor, allí no hay atrasos. Vaya, como que es poco formal el hombre. Poquitas palabras y cada uno en su puesto, y ojo al Cristo que si te distraes una miaja...

—Pues, ya me dijo Manolo que, aunque tiene poquita labia, es un hombre incansable para el trabajo; que entiende de su arte como el primero y que con el tiempo hará un capitalito y se pondrá á la cabeza. Por supuesto, que como impresor ya tiene un crédito bien ganado. Con que á ver si cumples y te aplicas y sales de allí hecho un maestro.

—¡Aprieta manco, pues no dice usted poco! Pínteme usted un maestro, á ver si me parezco. ¡Caracoletas, pues, no dice nada!

—Chico, chico, de menos nos hizo Dios; todos empezamos por eso, por garrapatear el oficio.

Sonriendo bondadosamente dióle el señor Antonino excelentes consejos, como dictados por la viva y profunda simpatía con que miraba á aquel picaroncillo de su ahijado, hecho un hombre y á quien él había montado tantas veces de niño en sus rodillas. Ya era un hombre, ¡quién lo diría! Pero á pesar de tales consejos y recomendaciones, no podía el cajista dominar por completo su antigua inclinación á tomar una buena ración de aire y de campo raso de vez en cuando. Le sucedía lo que á los indios ó tagalos de Filipinas. Cuentan los que allí han vivido y tenido domicilio propio con sus criados y servidores correspondientes, que á lo mejor, una mañana cualquiera sin saber cómo, se encuentra el amo con que el cocinero y el pinche y el que limpia las cuerdas y todo bicho viviente desaparecieron de la casa. De tal modo sienten la nostalgia de sus bosques y de su vida de indio, que irremediablemente se van á holgar, á bañarse, á tumbarse á la sombra y á comer arroz, mangos ó plátanos ricos.

Al cabo de cierto tiempo, cansado del trabajo, echaba de menos Feliciano aquella amada libertad que disfrutaba de chico en la plazuela, y se reunía con cualquier alegre camarada, á quien por casualidad hubo de encontrar á la salida de la imprenta, para comer juntos y corretear á sus anchas, olvidados del mundo y sus desengaños. La segunda vez que faltó á su obligación, preguntóle el impresor si había estado enfermo, porque en tal caso debía de avisar por anticipado. Feliciano contestó que padecía de reuma en el brazo derecho cuando estaba el tiempo lluvioso. «¿Cómo es eso, tan joven, un chiquillo como quien dice, y ya con reuma?», repuso el impresor grandemente sorprendido. Pero como hombre activo y de alguna experiencia envió un recadito con un muchacho al amigo Balaca, á fin de que se pasara por la

imprensa cuando tuviera ocasión. No sospechándose el objeto de la cita, al día siguiente, después de cerrar los viejos estantes de la calle de Atocha, Manolo Balaca se dirigió á la calle de la Flor Baja. Ya en el camino tuvo la sospecha de si sería algún asunto referente á su recomendado, de modo que al saludar al impresor, le dijo sonriendo.

—Ya me figuro por lo que será, D. Felipe, y por eso no me dí gran prisa. ¿Qué tal marcha nuestro Feliciano?

—Justamente, de ese caballerito se trata. No tiene malas condiciones si quisiera aprovecharlas; y dispense, ¿pero sabe usted si padece de reuma ó de algún mal crónico que le obligue á guardar cama?

—Cá, no señor, si está más sano que una manzana.

—Bueno, nada más por ahora; y dispense usted, amigo Balaca, la intempestiva llamada. Si no tuviera interés por el muchacho, basta que viene recomendado por usted, y que no tiene padres, no le haría venir para saber la verdad lisa y llana, además de verle por mi casa que siempre es gusto para mí; entraremos ahora al comedor y charlaremos un poco de política como buenos españoles. ¿Qué ha oído usted por hay amigo Balaca, cae, ó no cae el ministerio?

—Por mí, cuanto antes; me tiene sin cuidao. Pero bien sabe usted que para este tinglao no hay compostura, hasta que no venga una muy gorda, ¡pero muy gorda!

—Pues vendrá, no le quepa á usted duda. Y después de muchas vueltas y revueltas volveremos á lo mismo. Los españoles somos así, lo llevamos en la masa de la sangre. Como mandrias nosotros, como tumbones nosotros, como envidiosos nosotros; y amigo mío, lo mejorcito de todo no se consigue de bóbilis bóbilis.

—¿Y qué es lo mejor de todo? — preguntó el librero con alguna curiosidad.

—Buena y saneada administración, justicia barata, mucha moralidad, fomento del trabajo, progreso en todos los órdenes y pan para todos.

—No pide usted casi ná.

—Lo indispensable para un pueblo civilizado. No vaya usted á creer que pido gollerías.

Era un hombre de muy buen sentido este impresor, y le agradaba escuchar atentamente la opinión de los demás, por ignorantes y humildes que aparecieran á sus ojos. Charlaron, pues, un rato hasta que Balaca creyó oportuno emprender la retirada hacia sus cuarteles.

Antes de acabar el mes, faltó Feliciano dos veces seguidas á la imprenta, precisamente un lunes y un martes, y al presentarse el miércoles por la mañana lo llamó el impresor al cuartito que tenía á modo de despacho en el piso bajo, al lado de las cajas, y le dijo con alguna seriedad:

—Creo que es esta la tercera vez que falta usted á la hora del trabajo sin avisarnos. Procure usted aliviarse cuanto antes del reuma ese que padece, y no vuelva usted por aquí hasta que se halle completamente restablecido.

—Mire usted que ayer fué una...

—Nada, nada; es un consejo de amigo y de amigo que le aprecia. — Feliciano no se atrevió á insistir con otra excusa mejor preparada, adivinando en el rostro grave del impresor una decisión inquebrantable. Hubo de confiar demasiado en la recomendación del amigo Balaca, y fué una falta, sin género de duda, el repetir la suerte con verdadero apresuramiento. Dejara transcurrir tres ó cuatro meses por lo menos, y quizá hubiese encontrado en el amo la suspirada dispensa. Empezaba aquella semana medianamente, y acabó por no cobrar en los restantes días ni el más pequeño jornal, no hallando una imprenta de tanto movimiento y tanta formalidad en sus tratos como esta de D. Felipe.

Fué, pues, el domingo á visitar á su padrino, que no estaba de muy buen humor, á causa de las jaquecas que le proporcionaba alguna que otra noche su hermana Verónica. Lo recibió, sin embargo, con el afecto y el interés que se recibe á un hijo querido, y le prometió ayudarle con toda su eficacia en la empresa de dar con una buena imprenta donde se le admitiera, desde luego, ó entrara en turno para cuando faltase un obrero. Ya se sabía que en alguna de las mejores se triplicaba á veces el trabajo, se velaba hasta las diez ó las once de la noche y echábase mano de tres ó cuatro obreros, de los que fueran precisos. Necesitaba también un trajecillo de invierno, porque en la diaria tarea se gasta mucho la ropa, y como no había cobrado un triste jornal en tres semanas... Oyendo esta historia al Sr. Antonino, se levantó de su silla, salió á la calle y subió á su habitación, al piso cuarto de la casa, para coger cinco ó seis duros que le faltaban, según sus cálculos más aproximados. Como le abrió la puerta la propia Verónica, pudo observar lo que su hermano buscaba, pues no había para qué hacer secreto de estas generosidades habituales en él. Después, á la hora de la cena, volvió su señora hermana á recordarle lo que el otro no olvidaba, ni muchísimo menos.

—¿Ha estado abajo Feliciano? Ya me lo figuraba; hacía tiempo que no venía á buscar algo. Ya lo ves, y mucha gente creerá, y eso como si lo viera, que tú no tienes obligaciones. Pero las tienes, lo mismo que el primero. Por un hijo propio no harías más que haces por ese dichoso ahijado.

—Eso es natural, mujer. Soy el hermano de su padre; ¿á quién quieres que recurra el pobre muchacho? Su tío Ruperto lo mantiene, le da alguna ropa, pero es hombre de cortos medios.

—Su tío podía hacer mucho más por él. Pero se tercia que estás tú primero como padrino, que viene aquí, que necesita diez duros, como si necesitara una peseta. Tú no sabes negarte. Y ahora di si no tienes obligaciones.

—Sí, mujer; pero otros están en el mismo caso y no dejan por eso de casarse.

—Pues cástate el día que te parezca. Ya te lo dije.

—¿Pero vas á dejar por eso nuestra casa? porque entonces... Ya conoces á la Jenarilla, que es una joven muy prudente, muy callada, de cuyo buen carácter... Hay que tratarla como yo la he tratado, para saber lo que vale. Creo que habías de hallar en ella mucho respeto y mucha consideración y mucho aquel, quiere decirse, lo que puede dar de sí una buena persona.

Verónica no contestó nada, pero quedó pensando para sí. «Este hombre está ciego perdido por esa... que bien pudiera ser otra boba. Si la cosa no tiene remedio... veremos de sacar el mejor partido posible...» Así es que por indicación de Verónica se avistaron en el despachillo del señor Antonino; unas y otras charlaron de algunas pequeñeces, se observaron con el rabillo del ojo, transigió D.^a Eusebia con las varias proposiciones que la susodicha Verónica fué dejando caer en la conversación, como quien no dice nada, y el negocio vino por últimas á un amistoso arreglo. Una de las proposiciones fué referente á las criadas. «Mire usted, decía la hermana; nosotros nos pasamos sin criada, porque hoy día ya se sabe que ó son golosas, ó sisonas, ó lo otro. Ya usted me comprende, señora. Yo voy á la plazuela, y como sé los gustos de Antonino, elijo lo que me conviene, ¿no es eso?»

D.^a Eusebia decía que sí, que la sobraba razón hasta por encima de los pelos. Tampoco ellas necesitaban pagar un servicio que siempre salía caro. Mayor pena sintieron hija y madre cuando entabladas las relaciones de buena amistad, que debía trocarse en parentesco, después de haber estado en casa de Verónica, fué ésta á visitarlas á la suya. Vivían en un cuartejo interior de la Costanilla de San Pedro, tan miserable que aquello parecía una guardilla trastera, aunque compensada esta estrechez con la diversidad de muebles y adornos, algunos todavía vistosos.

Hay que añadir que el servicio para las aguas lo tenían en el corredor, como en las peores casas de vecindad. ¡Qué vergüenza para la distinguida viuda de D. Aquilino Borrás, funcionario del Ministerio del Ultramar! No hubo más remedio que recibir á la visitante en aquella humilde chocita; pero ya la advirtió D.^a Eusebia que pensaba cambiarse de cuarto al día siguiente ¡qué casualidad!, y no tenían ya más que lo indispensable. Claro es que á la señora Verónica no le convencieron del todo estas oportunas razones de la viuda, puesto que á las pocas horas, por la noche, al contárselo á su hermano, añadió por vía de comentario: «A esa D.^a Eusebia deben faltarle treinta y cuatro cuartos para una peseta, porque no valdrá mucho más todo lo que tiene en su casa.»

Al señor Antonino le escoció un poquito la graciosa salida de su hermana, como ocurre cuando nos desilusiona y aplanan la realidad, á veces tan dura y tan amarga para el que mira estos negocios de la vida con un fondo inagotable de optimismo. Así, pues, unos esperanzados y otros transi-

giendo, amaneció el día feliz en que con los papeles precisos en la vicaría, verificadas las amonestaciones y convenidos los testigos, se celebró en la iglesia de San Andrés el discutido enlace del memorialista con la simpática Jenarilla. Bien hubiera querido D.^a Eusebia echar las campanas á vuelo, vestir de rica seda, haber ido en coche á la boda y festejar á los novios con una gran comida en los Viveros; pero los unos por pura economía y los otros por la imposibilidad material de derrochar treinta y cinco duros, convinieron gustosamente, al parecer, en que la boda se celebraría con los testigos de rúbrica, muy de mañanita, sin ruido, ni músicas, ni convites extemporáneos. Manolo Balaca con su capa parda y Anastasio Martínez con un jaique de paño de color castaña de aquellos que estuvieron de moda por el año 48, fueron los únicos acompañantes por parte del novio. La prima hermana de D.^a Eusebia y dos sobrinas ó primas segundas se presentaron por parte de la novia, y no invitaron á más, pues nadie ignora que en tales casos nunca faltan parientes y primos y contraparientes, dispuestos á acompañar, aunque sean seis leguas de mal camino, con tal de hallarse al final del viaje con una opípara y sabrosa pitanza.

Hemos llamado simpática á la novia, no porque fuese fea, sino porque realmente su aspecto de muchacha honestita, sin alarde de lujo, ni de malicia, ni de coquetería, en medio de su natural sencillez, que acaso fuera aparente, obtuvo la simpatía y la estimación de los concurrentes. Por de pronto, la señora Verónica no quedó descontenta de su impresión en estos primeros días del matrimonio. Dado el carácter de Jenarilla y la benevolencia afectuosa de su hermano, bien podía asegurarse que quedaba ella por segunda vez como dueña y administradora de la casa.

JOSÉ M. MATHEU.

• • • EL CUERVO (1)

*Una vez, durante una media noche lúgubre
mientras yo meditaba abrumado y enfermo
sobre un extraño y curioso
volumen de olvidado saber...
mientras parpadeaba, casi adormecido,
he aquí de pronto, un golpe,
como de alguien que estuviese dulcemente llamando...
tocando en la puerta de mi cámara...
«Es algún visitador», murmuro,
«algún visitador que llama en la puerta de mi cámara...
tan sólo esto... nada más...»*



*¡Ah! intensamente lo recuerdo...
fué en una noche del helado Diciembre.
Las mortecinas ascuas
proyectaban sus sombras sobre el suelo.
Ardientemente invocara la mañana.
En vano buscara
entre mis libros, consuelo á mi tristeza
á mi tristeza por la Leonor perdida...
¡extraordinaria y resplandeciente virgen
á quien los ángeles llamaron Leonor
ya hoy sin nombre para siempre!*



*Las sedosas é inciertas
doblecés de los tapices purpúreos
extremeciánme llenando mi espíritu de terrores fantásticos
nunca antes sentidos...*

(1) Véase en el número de Marzo de HELIOS, *Notas y ensayos sobre una traducción de «El cuervo», de Edgard Poë, por Viriato Díaz-Pérez.*

*Tanto que ahora, conteniendo aun los latidos
de mi corazón, repetía:*

*«Es algún visitador que suplica
aguardando en la entrada de mi cámara,
algún extraviado visitador que suplica
aguardando en la entrada de mi cámara*

esto es... y nada más...



*Repentinamente tranquilizado mi espíritu,
no vacilando ya más tiempo*

*«Señor» exclamo, «Señor ó Señora
en verdad vuestro perdón imploro,
mas estaba adormecido*

y tan dulcemente habéis llamado...

tan lánguidamente habéis tocado...

*rozado.... en la puerta de mi cámara
que apenas creo haber oído...»*

Y así hablando abro ampliamente:

Oscuridad y nada más...



*Estremecido entonces, largo tiempo quedo examinando
sondeando las profundas tinieblas,*

vacilante y soñando desvaríos

que nadie antes soñara...

Y sin que el silencio se turbase

ni en la oscuridad apareciese indicio alguno...

sin escuchar ninguna otra palabra

que la susurrante palabra: «¡Leonor!»

murmuro esta tan sólo

devuelta por el eco; «¡Leonor!»

tan sólo esta y no otra más.



De nuevo en mi estancia

con todo mi espíritu enardecido

de nuevo un golpe escucho

algo más fuerte ahora.

«Seguramente» exclamo, «seguramente

algo hay en mi celosía...

*Preciso es que vea...
que explore este misterio
que tranquilo por un momento mi corazón,
este misterio explore...*

Tal vez el viento sea... y nada más...



*Y he aquí que al abrir con fuerza la ventana,
con gracioso aleteo
lánzase desde ella un magnífico Cuervo
de los santos días de otro tiempo...*

*Y sin salutación alguna
sin vacilar, sin antes detenerse,
y con todo el aspecto de un ser humano
se encarama sobre la puerta de mi estancia...
se coloca en el busto de Pallas
que está sobre la puerta de mi estancia,*

se posa... y nada más...



*Ante esta figura de ébano, que devuelve
la sonrisa á mi pálido semblante
con la extraña y severa
arrogancia de su aspecto
yo exclamo: «Aunque tu cresta parece arrancada,
tu no eres seguramente cobarde...
¡Oh fantástico, siniestro y antiguo Cuervo
llegado de las riberas de la Noche...!
¡Hazme saber cómo es conocido tu señorial nombre
en las plutónicas riberas de la Noche!*

Dice el Cuervo: «¡Nunca más!»



*Mucho me maravilla escuchar de esta torpe
ave, expresión tan ingenua
pues aunque su respuesta inoportuna
apareciere de tan poco sentido
preciso es convenir
que ningún otro mortal
fué tan aventurado que contemplase
tan extraño pájaro sobre la puerta de su estancia,*

*tan extraña ave ó bestia sobre el esculpido
busto de su puerta
con un nombre como el de: «Nunca más».*



*Pero el Cuervo, posado solitariamente
sobre el plácido busto, tan solo pronuncia
esta palabra única, como si en ella
todo su espíritu pusiese...
Nada, fuera de ella, pronuncia,
ni una pluma agita...
mientras que yo murmuro:
«Antes que él, otros compañeros volaron...
él, también me abandonará mañana
como mis esperanzas de otros días...»
Pero el ave responde. «¡Nunca más!»*



*Turbado mi silencio
por una réplica tan oportuna
«Sin duda» me digo «él muestra
su única riqueza y tesoro
aprendido de algún infortunado dueño
á quien el inexorable Desastre
persiguió con encono, cada vez con más encono
hasta que sus canciones tuvieron este único estribillo...
¡Hasta que las endechas de su Esperanza perdida
tuvieron como único estribillo:
«¡Nunca.... nunca más!»*



*Mas aunque el Cuervo calma
toda la tristeza de mi espíritu,
rápidamente cambio mi almohadillado cojin
frente al Cuervo, al busto y la puerta
y hundiéndome en el terciopelo
quedo absorto... enlazando
fantasía sobre fantasía... meditando
lo que este ominoso Cuervo de otros tiempos
siniestro, fantástico,
y ominoso Cuervo de otros tiempos
quisiera expresar repitiendo: «Nunca más»*



*Esto trataba intensamente de adivinar,
sin pronunciar palabra
ante el pájaro cuyos encendidos ojos
abrasaban ahora el fondo de mi corazón..
Esto y más, intentaba adivinar
suavemente hundido
en el aterciopelado almohadón
sobre el cual caía la luz de la lámpara..
¡Sobre el violáceo terciopelo, iluminado,
donde ella no reposará ya más ¡ay! ¡nunca más!*



*Parecíame que el aire se densificaba
como perfumado por algún incensario invisible
mecido por Seraphines cuyos pasos se deslizasen
sin rozar apenas el suelo labrado...
«¡Desventurado!» me digo, «Dios te envía...
por medio de estos ángeles te envía
tregua—tregua y bálsamo
para los recuerdos de Leonor!
¡Bebe, bebe del dulce bálsamo
y olvida á la perdida Leonor!
Pero el Cuervo responde: «¡Nunca más!»*



*«¡Profeta!» añado «¡creación satánica...
profeta, sí, pájaro diabólico!
Si el Tentador te envía...
si la tempestad te arrojó
abandonado y osado
sobre esta desierta tierra encantada...
sobre esta costa habitada por el Horror
dí, en verdad, yo te lo imploro:
¿existe, hay algún bálsamo en esa prometida Galilea?
¡dime, dímelo, lo imploro!»
Responde el Cuervo: «Nunca más».*



*«¡Profeta!» añado, «¡creación satánica...
profeta, sí, pájaro diabólico...!
¡Por esos cielos que se extienden sobre nosotros!
¡Por ese Dios que los dos adoramos!*

*¡Di á este espíritu sumido en el dolor
si en el distante Eeden
estrechará en sus brazos algún día á la santificada virgen
á quién los ángeles llamaran Leonor...!
¡á la extraordinaria y resplandeciente virgen
á quien los ángeles llamaran Leonor!»*

Responde el Cuervo: «¡Nunca más!»



*«¡Sea entonces nuestra despedida esa palabra,
pájaro ó monstruo!» yo grito, «¡parte...
retrocede hacia la tempestad...
hacia las plutónicas orillas de la Noche!
¡Nada dejes de tu negro plumaje...
nada que recuerde la falsedad que oculta tu espíritu!
¡Abandona mi soledad interrumpida!
¡Huye del busto de mi puerta!
¡Arranca tu pico del fondo de mi corazón!
Y huye, aléjate de mi puerta!»*

Responde el Cuervo: «¡Nunca más!»



*Y el Cuervo, inmóvil,
aun permanece... siempre permanece
sobre el pálido busto de Pallas
que está en la entrada de mi cámara...
Sus ojos parecen
los de un demonio que estuviere soñando...
Detrás del soñador, la lámpara
proyecta su sombra sobre el suelo...
Y mi espíritu, de esta sombra
que yace flotando sobre el suelo
no se levantará ya más ¡ay! ¡nunca más!*

EDGARD POË.

Traducción de Viriato Díaz-Pérez.

LOS LIBROS

BROWNING • • ESSAY ON
SHELLEY • PUBLISHED BY
MORING • INTRODUCCIÓN
DE K. GARNETT, LONDON, 1904

Yo he contemplado en Oxford, con tristeza honda, un viejo y amarillento infolio de las tragedias de Sófocles, que el poeta del «Alastor» tenía entre sus manos crispadas al arrojar las olas su cadáver en las desoladas playas del Golfo de Spezia.

Yo he visto en un cementerio de Roma la blanca lápida sombreada por bosquejo de mirtos que recuerda el desgraciado fin del bardo del «Prometeo», y me he estremecido al pensar en la tragedia dolorosa que terminó la agitada existencia de Percy Bioshe Shelley.

En las estrofas del «Adonais», que á la muerte de Keats dedica, he leído siempre el presentimiento de la suya propia, la lucha contra el sino fatal, misterioso y extraño, que oscureció su vida; la atracción irresistible que sobre su espíritu ejerció siempre el mar, de cuyas ondas veía acaso surgir envuelta en tristes cendales la imagen de su primer amor, de la desgraciada Harriet, que sepultó en ellas su desesperación por el abandono del poeta.

Browning, en un ensayo recientemente publicado, penetra con visión de artista en la imaginación de Shelley, comparándola con la Bruja del Attas, que tiene «esencias de sueños de belleza, encerradas en redomas de misterio y de lágrimas», que «forja de nieve y fuego un amante soñado, y para girar con él en ese mundo en que la armonía, la luz de la luna y el sentimiento se confunden en un solo fulgor.» Browning considera la obra poética de Shelley como un ensayo fragmentario, pero sublime, de correspondencia y armonía del Universo con la Divinidad, de lo natural con lo espiritual, de lo actual y vivido con lo ideal y soñado.

Acaso tenga razón el ilustre Browning, pero yo creo ver en el Panteísmo de Shelley, en la rebelión misma de su espíritu

agobiado é inquieto, algo más que simples tendencias intelectuales y filosóficas.

«*Sweet Heaven forgive weak thoughts! If there should be*

»*No God, no Heaven, no earth, in the void world*

»*The wide gray, lampless, deep, unpeopled, world...»*

hace exclamar el poeta á Beatriz Cenci..., condensando en un gemido dolorosísimo y sublime, el horror de su espíritu ante la idea de una eternidad vacía, y su aspiración constante al Infinito supra-esencial.

Y tal fué la pasión dominante que palpita en sus más ardientes raptos de lirismo. Quiso levantar el velo que «los que viven llaman vida», y al intentarlo perdió el amor á la vida misma, sin llegar por ello al paraíso que forjó su extraviado misticismo panteísta.

Se desprendió del mundo real sin penetrar en el espiritual único y verdadero, y su espíritu rebelde é incierto quedó siempre flotando en moradas intermedias y oscuras, agitado como en las terribles iniciaciones del Osiris Egipcio por huracanes de fuego y hielo, agobiado por mortales ansias y aspiraciones sin cuento, y viendo caer al abismo uno tras otro los peldaños de su escalera ideal.

C. NAVARRO LAMARCA.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS • •

EL PORVENIR DE PACO TUDELA

MADRID, 1903 • • • • •

POR un fenómeno de óptica moral suele á las veces darme Madrid sensación de *bloqueo*, en que tipos, para mí desconocidos, y cosas, por mí no amadas, se combinan y funden, en medio de la vulgaridad ambiente, bajo un solo aspecto, cual paisaje en sombra. Y entonces mi alma se siente agena á Madrid, ó sola en él, como en un desierto, que es el peor de todos, porque es un desierto de muchos: de muchos—seres y cosas—que me rodean y me envuelven... pero que no rompen su silencio conmigo.

Tal el estado en que me pilló la primer novela madrileña de López Roberts, *Las de García Trix*, y del que las *Trices* me sacaron, rompiendo su mutismo de desconocidas con mi alma.

Ya al reconocer á las dos hermanas (porque resultó que yo las había visto brujulear por Madrid, aunque sin parar jamás la atención en ellas) y al oirlas hablar y expresarse, dejaron, para mí, de ser fragmentos de una masa común...

Después su historia prendió fuego de amistad, que aun perdura, en mi pecho: las vi mutiladas físicamente por el tiempo, que les había ido borrando las rosas de sus mejillas, arrugándoles la epidermis, hundiéndolas los ojos, encorvando sus figuras hacia la tierra, pero, á pesar de los años y de las desgracias, ingenuas é inocentes como dos chiquillas, el espíritu siempre en flor; las seguí muchos días durante el crepúsculo, á través de las calles, desde la silenciosa del Almendro hasta la Carrera, á cuyo brillo acudían como «dos mariposas viejas», y, por último, presencié el revivir de su pasado, que surgía por un capricho de la suerte, ví como pasado y presente, saltando el primero por una laguna de años, vacíos de pasiones, se enlazaban súbitamente, y como, en fin, aquella primavera, que parecía volver por artes de milagro, era para Clara, para la mayor de las *Trices*, una primavera de flores secas...

Y aconteció que gozando y sufriendo estos sucesos, no sólo hallé que adquirirían movimiento de vida sus protagonistas, sino que el *bloque* del Madrid que vieran mis ojos de artista algo rural y muy nostálgico, se entreabría y se disgregaba al paso de ellas y que cada tipo, cada cosa y cada paisaje recobraba su independencia, tomaba su color peculiar, lucía su propia fisonomía.

Así también ahora, merced á Paco Tudela, á su madre, á Castita, á todos los personajes de la nueva obra de López Roberts.

Veo enhebrarse sus figuras como las de las *Trices* por entre la multitud de figuras y sus almas por entre la multitud de almas, y al contacto con ellas, que tienen realidad de vida y de sentimientos, paréceme que lo adquieren todas, como si ya no lo tuvieran antes.

Y es que el arte de López Roberts es un arte inspirado en la verdad, y que una vez más se ha verificado en mí, como en tantos, el milagro de no poseer la verdad, sino por el medio del arte.

Gracias á él he vuelto á contemplar sin tedio, con un encanto nuevo, lugares cien veces recorridos y escenas cien veces presenciadas con los ojos puestos en otra parte: la calle Ancha con su aspecto y su aderezo provincianos; los rincones de la Moncloa, donde los estudiantes hacen novillos en las mañanas de invierno; El Círculo de la Unión Mercantil en plena efervescencia político-regeneradora; la casa rebrillante de los García Mocejón; el hemiciclo del Congreso en día de interpelación sobre la última crisis; la estación del Norte con excursionistas en bandada; el Frontón Central con los incidentes pintorescos, ridículos, ó crueles de un *meeting* popular.

Yo creo, no obstante, que, en conjunto, la última novela de López Roberts está escrita con menos amor que la primera y,

desde luego, mis simpatías se inclinan del lado de *Las de García Trix*. Domina en ésta la emoción, constantemente oreada por una ironía tierna y algo piadosa, que la avalora extraordinariamente. Por el contrario en *El Porvenir de Paco Tudela* la ironía es la que impera, una ironía helada que suele perjudicar á la emoción. Por eso yo prefiero en esta obra ó las páginas puramente irónicas ó los, por desgracia, escasos fragmentos en que la ironía no turba la dulzura é intensidad del sentimiento, como aquellas cuatro líneas en que parece verse desaparecer sobre el libro, cual una sombra, la vida de la madre de Castita á la luz vaga de un crepúsculo, y sin la menor vacilación cambiaría todas las escenas de amor, menos parte de la que se desarrolla junto á doña Irene enferma, por la pintura de la sesión á que asiste Paco en el Congreso, por algunas de las descripciones del Círculo Mercantil y, sobre todo, por la del *meeting* del Frontón, que es una agua fuerte hecha con arte de maestro.

No faltan, sin embargo, en *El Porvenir de Paco Tudela*, tipos que también hemos visto por ahí, aunque acaso sean menos originales que las *Trices*. Tales, sin contar á los protagonistas, el elocuente Mocejón, Mostense, *Espartero* y otros mas secundarios.

De algunos el autor pinta tan solo un rasgo, pero es suficiente para reconocerlos. Yo espero encontrármelos en este desierto de muchos, y aunque al hallar con su saludo reintegrada mi alma por unos momentos al lugar en que moramos susciten en ella, merced al arte que los ha creado, no solo cariño de amigo, sino también un sentimiento de afectuosa reconciliación hacia las otras almas hermanas de las suyas, hacia los demás tipos y cosas, que, silenciosamente, tejen sus actos y riman su presencia con los míos en los días ordinarios de la vida madrileña.

LUIS LOPEZ-BALLESTEROS •

• JUNTO A LAS MÁQUINAS •

LUIS MOROTE • EL PULSO

DE ESPAÑA • MADRID, 1904

OLVIDO algún drama de la escuela de Echegaray, ó, si se quiere, algún «fondo» dialogado con tema amoroso ó de la vida, en lugar de político, y reconozco que López-Ballesteros es uno de los periodistas que más sentido literario poseen,

No tiene su estilo la pompa meridional y el relampagueo del de Burell, por ejemplo; pero es menos campanudo y declamatorio.

Olvido también—es la única ventaja de lo malo, que se olvida pronto—las críticas literarias de Morote, jefe, como si dijéramos, de esos críticos momentáneos, que surgen en cuanto Blasco Ibañez publica una novela; y Morote se me aparece como el más diestro, culto y brillante de los *reporters* españoles. Acaso el tamaño de sus informaciones sea «un tanto» excesivo; pero por ellas corre aire nuevo, *européo*.

¿Quiere esto decir que los libros en que uno y otro han coleccionado, según he oído, algunos de sus artículos periodísticos deban leerse?

Schopenhauer, que despreciaba la historia, ha llamado á los periódicos los segunderos de ésta. Y luego ha añadido: «La exageración de toda clase es esencial á la manera de escribir en la prensa... Todos los periodistas son alarmistas á causa del oficio; ese es su único modo de interesar... En general el periódico es un cristal de aumento, y esto en el mejor caso, porque con frecuencia es solamente una sombra chinesca.»

Y después de Schopenhauer ha dicho Eça de Queiroz, entre burlas y veras: «El periódico ejerce hoy todas las funciones malignas del difunto Satanás, de quien heredó la ubicuidad, y es, no sólo padre de la mentira, sino también de la discordia...»

Y, por fin, Ganivet, en el secreto de una carta íntima, ha escrito: «El periodismo vive en medio de la calle, y, por ser más convenido, es más estimado de los ignorantes y más despreciado de las personas de juicio...» Y más adelante: «Para el que es artista, ó quiere serlo, ó para el que respeta el arte, el periódico es y debe ser una forma inferior aplicada, de la que se debe huir como de un escollo peligroso...»

Sí, pues, no ha de considerarse el trabajo periodístico como la mejor pieza literaria de sus autores, ni como obra de elevada virtud pública, ni como veraz documento histórico, ¿qué es lo que puede movernos á hojear libros como éstos? ¿El recuerdo algo angustioso de los juicios, que, al pensar en el público, nos inspiraron en su día los artículos en ellos coleccionados, ú otros semejantes? ¿No sería, en general, más grato para estos casos tener tan sólo en cuenta la valía del autor, con independencia del oficio, ó soñar con los beneficios que dentro de éste podría reportar su labor, si en ella quisiera, ó le fuera permitido, emplear la tal valía?

Porque en la misma maldad de la prensa está la medida de lo buena que podía ser.

...Yo quisiera para mi país, no una prensa perfecta, ya que, á lo que parece, eso es imposible, sino que todos los hombres que ésta tiene á su servicio fueran capaces de comprender y sentir la grandeza de la obra que podían llevar á cabo, aquí, donde más que en pueblo alguno, porque somos más incultos, se discurre con el cerebro del periodista.

¡Qué hermosa empresa la de utilizar patrióticamente la falta general de cultura! ¡Qué noble empeño el de la prensa que tratase de establecer una divisoria de altos ideales entre la ignorancia del pueblo y las artes mezquinas de los politiquillos, en lugar de aprovechar la primera para secundar las segundas!...

Y mientras que aquello no acontezca, mientras que, en general, no se pueda reconocer al periodista esos méritos, ¿qué otro, por grande que sea, podrá conquistar nuestros aplausos?

¿La habilidad, por ejemplo, con que defienden las más opuestas ideas, según lo mande el interés del partido, del personaje ó de la empresa á cuyas órdenes estén? Ya ha llovido y han caído ministerios desde que Rousseau dijo que, si alguien se hubiese propuesto negar la propiedad del cuadrado de la hipotenusa, habría hallado argumentos para ello.

¿El arte, *verbi gratia*, de indignarse y de glorificarse luego á sí mismos cuando alguien se atreve á decirles lo que de ellos piensa todo el que posee cabeza propia?... No es tan grande que venza á la realidad, y ellos mismos saben que, después de estas glorificaciones, á «tanto» el cubierto y discurso libre y aun, á pesar del efecto que en el público, en su público, produzcan, se puede seguir pensando, aunque nadie se tome la molestia de repetirlo, lo que el personaje de Rojas dice á su hijo, el príncipe fraticida, aclamado por el populacho:

El vulgo es tu rey y padre.

López-Ballesteros, Morote...

Yo creo haber unido alguna vez los de estos dos á la lista de los entendimientos, que, libres de malas influencias y cubiertos de luz, habían de nutrir con su esfuerzo esa prensa bienhechora de grandes ideales, que quisiera para mi país, tan necesitado de una orientación culta y recta.

J. RUIZ-CASTILLO,

LAS REVISTAS

Lectura y Arte publica un notable artículo de Sanin Cano, titulado *Núñez de Arce, poeta de la duda*. Sanin Cano, distinguido escritor de Colombia, sin haber salido jamás de su país, conoce á fondo las literaturas europeas, tanto clásicas como modernas. Viviendo en tierras tan distantes de nosotros, donde aún perduran condiciones medioevales de la vida material, su espíritu vive toda la vida contemporánea, animada por amplio cosmopolitismo, libre de preocupaciones de raza ó de nacionalidad. No son las letras su ocupación primera: la vida le aparta de éste que sería el campo de las más altas manifestaciones de su espíritu; escribe, sin dejarse arrastrar por apasionamientos de bandería, en las épocas más agitadas y entenebrecidas por la pasión, él siempre sereno, diciendo mensajes de regiones más altas, recordando á sus paisanos, con sus estudios de arte y de sociología, que hay mundos hermosos más allá de las luchas políticas y de sus odios ciegos. He aquí un extracto de dicho artículo:

«En la poesía castellana de los treinta últimos años Núñez de Arce ocupó un lugar encumbrado y hubo una generación que usó las poesías del maestro como piedra de toque para las capacidades declamatorias. Sus endecasílabos sonoros y su prosa magnífica causaron tanto placer á la generación que fué joven hace veinte años, que hay manifiesta ingratitud en pretender revaluar ahora lo que entonces tuvimos por grandes virtudes del estilo; aquí se trata solamente de disociar las dos ideas que forman el título de este escrito: *Núñez de Arce, poeta de la duda*; podría esto significar que él tuvo la conciencia de su escepticismo, y le amó, y podría también significar que habló de la duda sin haberla sentido, para condenar á los que por ella se dejaron influir ó á los que se complacieron perversamente en cultivarla.

Entendida del segundo modo la frase, es inútil la disociación de ideas, porque, en efecto, Núñez de Arce no era un escéptico; fué más bien, en sus versos se entiende, lo que se llama un desesperado que razona su desesparación. En su escepticismo no divaga; ha dejado impresas opiniones precisas como si las hubiera extendido ante notario.

El problema de mayor trascendencia para aquellos á quienes aflige la duda filosófica es el de la causa primera, tanto que sue-

len evadirle; Núñez de Arce tenía sobre esto sus ideas formadas, y en la expresión de ellas fué su lenguaje tan categórico que iba dejando de ser poético.

Otro de los problemas *eternos* es la bondad ó maldad esencial de la naturaleza humana; tampoco duda acerca de esto Núñez de Arce; dice en «La pesca»:

Oh humanidad tan pronta al sacrificio!
puede mancharte el vicio
y ofuscarte el error, pero eres buena!

Sobre el concepto de la libertad — esencialísimo también — tampoco vacila, como puede verse por sus estrofas políticas. Y no puede llamarse poeta de la duda á quien tiene formado concepto tan firme sobre los temas primordiales que está condenada á escudriñar sin descanso la razón de los hombres.

Y lo mismo sucede en los temas de menor importancia: sabe de dónde provienen ciertas formas del mal, y lo que importa hacer para nobilizar los sentimientos; no duda de la ciencia; la ha hallado insubsistente, perjudicial, soberbia. No ha traído al campo del arte ni modos nuevos de considerarle ni sentimientos inéditos ó de frescura evidente; su filosofía moral es de poco fondo: para él lo bueno es lo materialmente útil, en el sentido de Macaulay. La fisiología del estilo de Núñez de Arce revela también lo categórico de su espíritu: no se puede decir que su léxico sea pobre; sería injusticia ó sería ignorancia el declararlo caudaloso; no excede los límites de una decente medianía; como espíritu conveacido abusa de la forma simétrica en los períodos y coloca, á manera de figuras geométricas alrededor de un eje, frases de muy semejante composición; sus estrofas son como ecuaciones matemáticas. Núñez de Arce no duda: afirma ó niega, y su estilo es tan categórico como sus afirmaciones y sus negaciones.

Sophia, en su último número traduce de *The Theosophical Review* un estudio de Woodward sobre *El gran poeta teósofo Walt Whitmann*. Walt Whitmann, con Richard Jefferies, Edward Carpenter y los hoy ya populares Emerson y Carlyle representan los más conocidos matices del vigoroso espiritualismo anglosajón. Su idealidad y su mismo misticismo, aunque sin la intensidad y originalidad asombrosa que caracteriza al del gran Mæterlinck, tiene, sin embargo, admirables adivinaciones. Sus obras, como todas las de los místicos actuales, son audaces. Walt Whitmann, dice Woodward «viene en una época de inmensa prosperidad material, como zapador gigantesco, abriendo rudamente camino á través de la selva de imposturas,

hipocresías y vicios de la vida moderna. No es ciertamente un arquitecto, no es un perfecto constructor, es más bien un preparador de una raza futura...» El mérito especial de su obra, consiste, en efecto, en cierta rudeza llena de belleza ingenua y primitiva. Su belleza es la que los enamorados de la naturaleza, como Emerson, encuentran *sub divo* y no «en los templos de la humana fábrica». Observando el cosmos por sí mismo y valuando de nuevo los méritos, no llega á las negaciones del gran Transmutador de los Valores, antes al contrario, sumerge su espíritu en todos los consuelos olvidados. «Habiendo contemplado los objetos del universo—dice—no encuentro ni uno, ni una partícula de uno que no tenga relación con el alma.» Es verdaderamente curioso observar cómo todos los que hoy representan las grandes corrientes de la energía intelectual, coinciden en éstas que pudieran considerarse como confesiones de íntimo espiritualismo. En Whitmann se observa verdadera aversión á los moldes generales, hasta no ha mucho, del positivismo seco y sin horizontes. Whitmann dice:

*Extraña y grande es esta paradoja verdadera que digo,
lo grande y lo invisible tienen un alma.*

Nada para él tan deprimente como la tendencia del materialismo vulgar á no dar importancia á otros hechos, ni á otras vidas que á las tangibles. En *Thauks in old Age* y *The Calming Thought of All* afirma la bondad de haber vivido y comprendido y muerto en la certidumbre de que «las silenciosas leyes vitales de la redonda tierra, así como sus hechos y modos, *continúan...*» En *Song of Prudence*, que es interesante según Woodward comparar con *Compensation*, de Emerson, condensa aún más este pensamiento. Su fe en la supervivencia *postmortem* le lleva al teosofismo más completo, á la afirmación de una continuidad del esfuerzo y aun de una continuidad de la existencia *postmortem* en mundos misteriosos. Sus frases tienen, tratando estos puntos, la tosquedad á la vez que la energía de los dogmas y de la fe:

*Todo lo que una persona realiza, dice ó piensa, tiene consecuen-
nadie puede ejecutar un movimiento que le afecte [cia;
en un día, en un mes, en cualquier momento de su vida ó en la
[hora de su muerte,
sin que iguales afecciones interiores ó exteriores
se reproduzcan á través de la vida, más allá de la vida.*

Y más adelante:

*Creo que todos los que han poblado las innominadas tierras
existen en el presente, aquí ó en otra parte, invisible para nos-
[otros,*

*y guardando relación con lo que se perfeccionaran en vida...
con lo que hicieron, sintieron, amaron, pecaron, fueron en la
[vida.*

El misticismo de Whitmann, aun hoy no estudiado, tiene á veces puntos de contacto con el de su contemporáneo el cantor de *Story of my Heart*, el exquisito Jefferies. Como éste y como Mæterlinck, Whitmann cree que: «En el presente están fluyendo desde lo invisible, sobre la inmensa tierra, emanaciones, ondulaciones de un medio más sutil, ondulaciones llenas de mensajes é inteligencias» (1) Y con la fe de todos los que alguna vez experimentaron en el fondo de su corazón el silencio místico, canta la que él cree eterna verdad, el eterno retorno de las cosas, el antiguo fluir y refluir de la naturaleza, que aquel olvidado filósofo-poeta de los griegos, que se llamó Heraclito, nos decía en su πάντα ῥεῖ, lleno siempre de verdad á través de los siglos.

LA composición artística en la industria tipográfica como fuente de perfeccionamiento. La **Revista Gráfica** publica con este título un bien pensado estudio de Pablo Salvat, que extractamos á continuación, por creerle de verdadero interés.

«El sentimiento de lo bello innato en el hombre, produce sensaciones varias, tantas como son las relaciones de equilibrio que podemos establecer entre la multitud de aspectos inherentes al carácter humano y á sus complementarios.

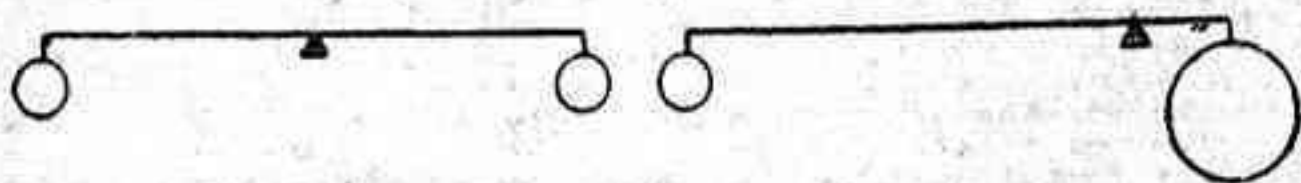
De aquí la variedad en las formas del arte, único en su esencia, nacido podríamos decir—merced á una licencia mitológica—de la conjunción feliz entre el Trabajo y la Verdad. De estos dos elementos, Trabajo y Verdad, si predomina el primero, surge el arte romántico ó barroco; si el segundo, el arte realista; el arte *bello* sólo resulta del perfecto equilibrio de ambos.

Las leyes para la creación de la obra de arte, sólo existen en la obra misma, y en el genio de quien la produce: sólo la bien entendida libertad da por resultado la obra de arte perfecta: cuando son apreciables los cánones á que hubo de sujetarse el artista — tal las obras egipcias — la belleza de la manifestación artística padece; el arte griego es incomparable porque las reglas á que se sujetó, sólo existían en la potencialidad de un pueblo intelectual; por eso al contemplarlas experimentamos esa placidez del espíritu que se siente halagado por una mani-

(1) JEFFERIES: *Story of my Heart* (Historia de mi corazón), capítulo II.

festación externa que coincide con su propia naturaleza. La ciencia necesita de reglas; el arte marcha siempre á la vanguardia de sus propias leyes. Si las reglas han de ser para el artista auxiliares y no guías, en cambio los elementos primordiales son fijos y hay que atender á ellos cuidadosamente. Estos son: el *material*; la *técnica* ó procedimiento; el *objetivo* ó fin de la obra y el *carácter*: entre todos ha de buscarse la armonía perfecta, y en cada uno de ellos la mayor perfección: perfección de material, perfección de procedimiento y utilidad, — en el alto y noble sentido de la palabra — en el objeto ó fin. En este sentido toda obra útil, es obra artística siempre que perfectamente responda al fin propuesto. El *carácter* se logra por medio de la expresión, la cual consigue el artista, merced al estudio de la naturaleza.

La composición se halla siempre basada en una relación de equilibrio, que puede ser simétrica y asimétrica. He aquí un ejemplo de dos relaciones de equilibrio, una simétrica y asimétrica la otra; pero ambas estáticas:



la primera, como más fácil de resolver, predomina en las manifestaciones primitivas ó elementales creadas por el hombre.

A este principio elemental debe acomodarse la compaginación de un libro, tanto en su texto como en su ilustración: por ejemplo: sería de mal gusto que una lámina suelta encarada á una página de texto no dejara un margen blanco mayor que el de aquella, porque la página formada por líneas, no tiene la importancia de la lámina, ni en conjunto, ni acaso en color, y es necesario dejar mayor espacio en blanco, para que se cumpla la relación de equilibrio.

En títulos, cabezas, portadas y viñetas, hasta en las páginas de composición usual, ha de procederse con arreglo á la misma ley, dentro de la cual cabe una libertad en cierto modo absoluta, y otro tanto sucede con el color. Todos los colores caben en la composición artística como notas en acorde; sólo es necesario que el artista halle el conjunto de notas complementarias.

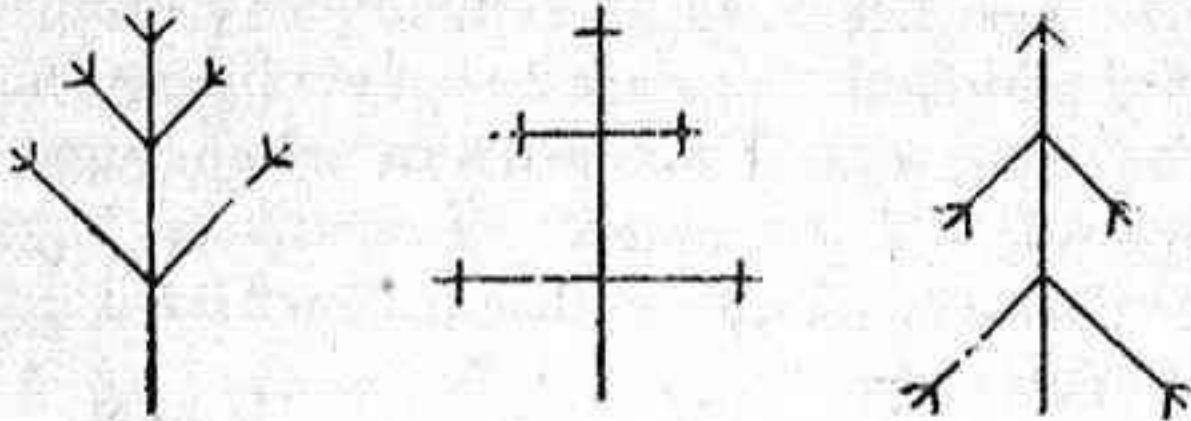
La impresión en negro sobre blanco, es una relación armónica; para lograrla sobre rojo, el negro sería ineficaz, puesto que la tonalidad complementaria reside en un tono verde.

Para la expresión nos ofrece la naturaleza una escala infinita de relaciones varias: he aquí tres expresiones que corresponden

á la alegría, á la placidez y á la tristeza, dentro de la forma simétrica, y por consiguiente perfectamente equilibrada.



Otras tres, arrancadas de la naturaleza, y corresponden á la vida, á la madurez y á la muerte.



Otras, arrancadas al sonido y cuya expresión corresponde á las anteriores.



Las manifestaciones de alegría, son siempre expansivas, abiertas; las de melancolías, siempre cerradas.

Una cubierta de periódico debe llenar todo el *format*; para un libro, y mas si es científico puede bastar con la simple enunciación del título.

La relación entre impresos y blancos, producirá un efecto semejante á la que existe entre huecos y macizos en la forma arquitectónica: un gran cuerpo de composición—tipo ó grabado—mostrará tendencia á la vida externa: una gran cantidad de blanco acusa el enunciado de una idea á que el autor da gran importancia.

Las formas del libro no perduran, sino en cuanto son racionales y útiles.

El empleo de tipos ha de guardar perfecta armonía con el carácter del texto: y es bien para esto fijarse en las ideas de la época clásica, cuando fueron creados en armonía con su fin.

Esta es la idea primordial que ha de ser guía en trabajos de esta índole. Libertad completa siempre que se conserve la armonía. Y para poder gozar de esa libertad, es preciso educar el sentimiento, y esto se logra principalmente con el estudio de las manifestaciones del clasicismo en sus diversas formas, comprobando en él esos principios generales.

• • • HELIOS • • •
 • AÑO II • TOMO III •
 • • • 1904 • • •

ÍNDICE DE AUTORES

	<u>Páginas.</u>
FRANCISCO ACEBAL	
Dolorosa.	299
S. Y J. ALVAREZ QUINTERO	
La Zagala. — <i>Comedia en cuatro actos</i> , (una escena).	170
MIGUEL ASÍN	
Los libros.. . . .	360
JACINTO BENAVENTE	
La casa de la dicha.— <i>Drama en un acto</i>	369
RAFAEL CANSINO	
Umberto Saffioti.	113
Los libros.	357
JOSÉ CARNER	
Llibre dels poetas.	336
JULIO CEJADOR	
El mitógrafo D. Estanislao Sanchez Calvo.	100
MATEO CONGOSTO	
Los libros...	250 y
RUBEN DARÍO	
Á Roosevelt.— <i>Poesía</i>	140
Tierras solares.— <i>En Barcelona</i>	340
La tristeza andaluza.— <i>Un poeta</i>	439
VIRIATO DÍAZ PÉREZ	
Notas y ensayos sobre una traducción de «El Cuervo» de Egard Poë.. . . .	347
ANGEL GANIVET	
Epistolario.	160 y 385

	<u>Páginas.</u>
RAMÓN DE GODOY	
Elegiacas.— <i>Poesías</i>	423
URBANO GONZÁLEZ SERRANO	
La sociabilidad.	293
ANGEL GUERRA	
Eugenio de Castro.. . . .	129
Angelo de Gubernatis.. . . .	425
HELIOS	
Glosario del mes.. . . .	76, 196, 322 y 433
JUAN R. JIMÉNEZ	
Jardines lejanos.— <i>Poesías</i>	9
Pastorales.— <i>Poesías</i>	380
MAURICIO LÓPEZ ROBERTS	
El porvenir de Paco Tudela.	185
ANTONIO MACHADO	
Poesías.. . . .	183
MANUEL MACHADO	
Nuestro París.— <i>El amor y la muerte</i>	32
J. MARTÍNEZ RUIZ	
Los buenos maestros.— <i>Montaigne</i>	5
G. MARTÍNEZ SIERRA	
Antonio Azorín.. . . .	277
Meditación de Abril.	417
Los libros.	250 y 356
JOSÉ M. MATHEU	
La protesta del libro.	108
Aprendizaje.	447
CARLOS NAVARRO LAMARCA	
De mi diario.— <i>Sábado</i>	26
De mi diario.— <i>Martes</i>	178
Los libros.	364 y 463
F. NAVARRO Y LEDESMA	
Angel Ganivet.	45
J. ORTIZ DE PINEDO	
Del libro de una vida.. . . .	234

EMILIA PARDO BAZAN	
La nueva generación de novelistas y cuentistas en España.	257
RAIMUNDO DE PEÑAFORT	
Los libros.. . . .	366
RAMÓN PÉREZ DE AYALA	
Almas paralíticas.— <i>Poema.</i>	58
El poema de tu voz.	271
Espíritu recio.. . . .	396
SANTIAGO PÉREZ TRIANA	
Don Marcelino.	36
Guerra en el extremo Oriente.	204
Lo de Panamá.	208
El peligro amarillo.. . . .	331
Los libros.. . . .	242
EDUARDO POSADA	
Crepúsculo.	355
EMILIANO RAMÍREZ	
Los libros.. . . .	366
MIGUEL A. RÓDENAS	
Los libros.. . . .	124
SALVADOR RUEDA	
Luz.— <i>Comedia en tres actos.</i> . . . 12, 142 y	309
J. RUIZ CASTILLO	
Los libros.	240 y 464
CONCEPCIÓN SAIZ	
Urbano González Serrano.	284
EMILIO SALA	
La ejecución.. . . .	222
PABLO SALVAT	
La instrucción y la educación desde el punto de vista social.	86 y 212
MANUEL UGARTE	
Silueta de un crítico.	230
SAMUEL VELASQUEZ	
Prisión de colores.	117

INDICE POR MATERIAS

	<u>Páginas.</u>
<u>Crítica.</u>	
Los buenos maestros. Montaigne, por <i>J. Martínez Ruiz</i>	5
Angel Ganivet, por <i>F. Navarro y Ledesma</i>	45
El mitógrafo Don Etanislao Sánchez Calvo, por <i>Julio Cejador</i>	100
Eugenio de Castro, por <i>Angel Guerra</i>	129
La nueva generación de novelistas y cuentistas en España, por <i>Emilia Pardo Bazán</i>	257
Antonio Azorín, por <i>G. Martínez Sierra</i>	277
Urbano González Serrano, por <i>Concepción Saiz</i>	284
Angelo de Gubernatis, por <i>Angel Guerra</i>	425
<u>Poesía.</u>	
Jardines lejanos, por <i>Juan R. Jiménez</i>	9
Almas paráliticas, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i>	58
A Roosevelt, por <i>Ruben Darío</i>	140
Poesías, por <i>Antonio Machado</i>	183
El poema de tu voz, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i>	271
Pastorales, por <i>Juan R. Jiménez</i>	380
Elegiacas, por <i>Ramón de Godoy</i>	423
<u>Teatro.</u>	
Luz.— <i>Comedia en tres actos</i> , por <i>Salvador Rueda</i>	12, 142 y 309
La zagala.— <i>Comedia en cuatro actos (una escena)</i> , por <i>S. y J. Alvarez Quintero</i>	170
La casa de la dicha.— <i>Drama en un acto</i> , por <i>Jacinto Benavente</i>	369
<u>Novela.</u>	
Don Marcelino, por <i>Santiago Pérez Triana</i>	36
Dolorosa, por <i>Francisco Acebal</i>	299
El Porvenir de Paco Tudela, por <i>Mauricio Lopez-Roberts</i>	185
Espíritu recio, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i>	396
Aprendizaje, por <i>José M. Matheu</i>	447
<u>Epistolaric.</u>	
De <i>Angel Ganivet</i>	160 y 385

	<u>Páginas.</u>
Varia.	
De mi diario. Sábado, por <i>C. Navarro Lamarca.</i>	16
Nuestro París. El amor y la muerte, por <i>Manuel Machado.</i>	32
De mi diario. Martes, por <i>C. Navarro Lamarca.</i>	178
Meditación de Abril, por <i>G. Martínez Sierra.</i>	417
Estudios sociales.	
La instrucción y la educación desde el punto de vista social, por <i>Pablo Salvat.</i>	86 y 212
La sociabilidad, por <i>Urbano González Serrano.</i>	293
Apuntes internacionales.	
Por <i>Santiago Pérez Triana.</i>	
Guerra en el extremo Oriente.	204
Lo de Panamá.	208
El peligro amarillo.	331
Pintura.	
La ejecución, por <i>Emilio Sala.</i>	222
Glosario del mes.	76, 196, 322 y 433
Información literaria.	
Umberto Saffioti, por <i>Rafael Cansino.</i>	113
Tierras solares. En Barcelona, por <i>Ruben Darío.</i>	340
Notas y ensayos sobre una traducción de «El cuervo» de Edgard Poë, por <i>Viriato Díaz Pérez.</i>	347
Mi visita á Sidney Lee, por <i>C. Navarro Lamarca.</i>	95
La tristeza andaluza. Un poeta, por <i>Ruben Darío.</i>	439
La vida literaria.	
La protesta del libro, por <i>José M. Matheu.</i>	108
Siluetta de un crítico, por <i>Manuel Ugarte.</i>	230
Del libro de una vida, por <i>J. Ortíz de Pinedo.</i>	234
Llibre del poetas, por <i>José Carner.</i>	336
Letras de América.	
Prisión de colores, por <i>Samuel Velásquez.</i>	117
Crepúsculo, por <i>Eduardo Posada.</i>	355

Los libros.

La caravana pasa, por <i>Ruben Dario</i>	123
La catedral, por <i>Vicente Blasco Ibañez</i>	124
Arias tristes, por <i>Juan R. Jiménez</i>	240
Hernando de Soto, por <i>R. B. Cunnighame Graham</i> ..	242
The renascence of english drama, por <i>Henry Arthur Jones</i>	247
America in literature, por <i>George Edward Woodberry</i>	248
Le droit des vierges, por <i>Paul Hyacinthe Loyson</i> . .	249
El dulce enemigo, por <i>Alejandro Larrubiera</i>	250
Sully, por <i>Armando de L'Iniers</i>	250
Llibre dels poetas, por <i>José Carner</i>	356
La barca, por <i>Apeles Mestres</i>	357
Al sol, por <i>Angel Guerra</i>	358
Historia de la filosofía del siglo XIX, por <i>Alberto Gómez Izquierdo</i>	360
El affaire Nozaleda, por <i>Severino Aznar</i>	364
Espronceda, por <i>Enrique Piñeyro</i>	366
Dolorosas, por <i>J. Ortíz de Pinedo</i>	366
Essay on Shelley, por <i>Browning</i>	463
El Porvenir de Paco Tudela, por <i>Mauricio López Roberts</i>	464
Junto á las máquinas, por <i>Luis López-Ballesteros</i> . .	466
El pulso de España, por <i>Luis Morote</i>	466
<u>Las revistas</u>	127, 253, 255 y 469